

Universidad Nacional de Mar del Plata
Facultad de Psicología

Titulo del proyecto:

*“Dr. Jekyll y Mr. Hyde. Su relación con el Dualismo pulsional
freudiano: Eros-Pulsión de muerte y su incidencia en la sociedad.”*

Informe Final del Trabajo de Investigación correspondiente al requisito curricular conforme
OCS 143/89

Alumna: Leila Curi

Matricula: 4416/98

DNI: 23956978

Supervisor: Dr. Héctor López

Co-supervisor: Lic. Hugo Martinez Alvarez

Cátedra de radicación: Desarrollo del Psicoanálisis

Fecha de presentación: 22 de Septiembre de 2010



N° CLASIFICACION:	ADQUISICION:
t-ps. c	1022
	N° INVENTARIO:
	2226

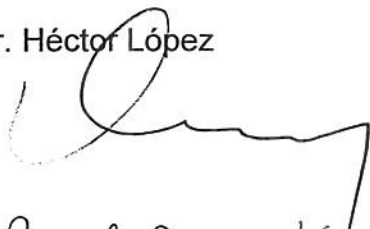
Este informe corresponde al requisito curricular de investigación y como tal es propiedad exclusiva de la alumna Curi, Leila Daniela de la facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Mar del Plata y no puede ser publicado en un todo o en sus partes o resumirse, sin el previo consentimiento escrito del autor.



El que suscribe manifiesta que el presente Informe Final ha sido elaborado por la alumna Curi, Leila Daniela matricula N° 4416/98 , conforme los objetivos y el plan de trabajo oportunamente pautado, aprobando en consecuencia la totalidad de sus contenidos, a los Veintidos dias del mes de septiembre del año 2010

Supervisor: Dr. Héctor López

Firma:



Aclaración:

Prof. Dr Héctor P. López

Sello:

Co- supervisor : Lic. Hugo Martinez Alvarez

Firma:



Aclaración:

Lic. Hugo Martinez Alvarez

Sello:

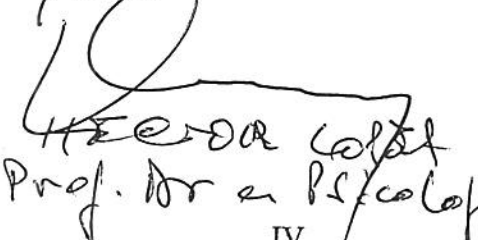


Evaluación del Supervisor y Co-supervisor:

Esta tesis significa una valiosa investigación sobre la dimensión funcional que habita en toda existencia humana y sobre la lucha interna de todo sujeto para conciliar las fuerzas contradictorias que lo habitan, cuya dinámica se sintetiza en las palabras de Freud que Heidegger cita de "Consideraciones sobre la muerte y el sueño": "No hay exterioridad del ser."

La tesis, a mi entender cumple con los requisitos formales y de contenido para ser aprobada y pasar a la siguiente instancia, luego de un prolongado y profundo trabajo realizado por la autora bajo mi asesoramiento y dirección.

MAD. 22/09/2010



Heidegger Collet
Prof. Dr. en Psicología
IV


El trabajo se presenta indagando de manera original el modelo pulsional freudiano en el contexto cultural de su época estableciendo relación con el texto literario "Dr. Jekyll y Mr. Hyde" de Stevenson. El análisis cultural se lleva a cabo y los implicados recíprocos literarios/psicoanalíticos son fructíferos vía de futuros trabajos, constituyendo una excelente referencia en el campo mencionado.

lic. Ana Beatriz A.

Atento al cumplimiento de los requisitos prescriptos en las normas vigentes, en el día de la fecha se procede a dar aprobación al Trabajo de Investigación presentado por la alumna Curi, Leila Daniela Matrícula N° 4416/98

Calificación = 9 (mucha)


Martin H.


Martina A. Hugo

Firma y aclaración de los miembros integrantes de la Comisión Asesora.

Fecha de Aprobación: 20/10/10

Universidad Nacional de Mar del Plata

Facultad de Psicología

Investigación de Pregrado

Plan de trabajo

NOMBRE Y APELLIDO: Leila Curi

MATRICULA Y AÑO: 4416/98

CATEDRA DE RADICACION: Desarrollos del Psicoanálisis

SUPERVISOR: Dr. Héctor López

CO-SUPERVISOR: Lic. Hugo Martínez Álvarez

TITULO DEL PROYECTO: "Dr. Jekyll y Mr. Hyde. Su relación con el Dualismo pulsional freudiano: Eros-Pulsión de muerte y su incidencia en la sociedad.

DESCRIPCION RESUMIDA:

Este trabajo tiene como eje principal la novela de Robert Louis Stevenson "Dr. Jekyll y Mr. Hyde" en donde se analizarán a los dos personajes principales de la obra como una expresión de la dualidad presente en los humanos. Se relacionará esta concepción dual con la teoría freudiana tomando como eje la dualidad pulsional Eros- Pulsión de muerte. Finalmente se esbozarán

relaciones posibles de esta dualidad en el establecimiento de lazos sociales, y las vicisitudes en su dimensión agresiva o destructiva, y en su dimensión amorosa o cohesiva.

PALABRAS CLAVE: Dr. Jekyll y Mr. Hyde- Eros –Pulsión de muerte- Lazo social.

DESCRIPCION DETALLADA:

El pensamiento occidental se ha caracterizado por la dualidad excluyente que podría ilustrarse con la letra "o" (bueno o malo). Stevenson en 1886, a través de su obra *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* considera al hombre constituido por una dualidad inclusiva que podríamos representar tomando la letra "y", considerando al hombre en su tendencia negativa y positiva. Esta dualidad también puede encontrarse en Freud tiempo después en su última teoría pulsional, en la cual postula la existencia de dos pulsiones que conviven en el hombre: Eros y pulsión de muerte.

Se aborda la incidencia que estas pulsiones pueden ejercer en el establecimiento de lazos sociales.

La lectura de la obra de Stevenson *Dr. Jekyll y Mr. Hyde* motivo el pensamiento de que había algo profundamente humano en ella, algo que representaba a todos los seres humanos por igual.

En la obra, Dr. Jekyll es un doctor reconocido, dedicado en sus últimos años a la ciencia prestigioso, proveniente de una clase social elevada, muy bien



conceptuado por sus logros científicos y por sus dotes altruistas. Educado, amable y elegante, posee todas las virtudes que un caballero de la época victoriana debe tener y que son consideradas esenciales de una sociedad evolucionada. Es solitario y vive en una mansión con poco personal de servicio pero que ya conoce sus costumbres. Con el paso del tiempo algo comienza a cambiar en sus actitudes cotidianas. Lo notan en la casa y unos pocos amigos. Se sabe que pasa cada día más tiempo en su laboratorio y se ha vuelto más ermitaño. El Dr. Jekyll a través de una droga descubierta por él ha logrado algo jamás imaginado: crear, una corporeidad puramente maligna (Mr. Hyde), en contraposición a otra puramente benigna, el mismo. Es así que por las noches el Dr. Jekyll se transforma al ingerir su droga en otro, oculto como su nombre indica Mr. Hyde y en ese cuerpo desata sus instintos más viles, cobrando víctimas a su paso, regocijándose. Por la mañana, droga de por medio, vuelve a ser el Dr. Jekyll con las marcas de lo sucedido. Pero algo comienza a cambiar, Mr. Hyde comienza a apoderarse de él, a tener el control, la droga ya no funciona para volver a ser él y decide suicidarse dejando una confesión firmada en la que dice, entre otras cosas memorables: "el también era yo."

En un pasaje de su confesión final dice: "El hombre no es en verdad uno, sino en verdad dos."...."Fue en el terreno moral y en mi propia persona que aprendí a reconocer la cabal y primitiva dualidad del hombre. Ví que yo era las dos naturalezas que peleaban en el campo de mi conciencia....Si cada uno, pudiera colocarse en diferentes entidades, la vida podría liberarse de todo lo que fuera indeseable, liberado de las aspiraciones y remordimientos de su más correcto mellizo y el justo podría caminar inmutable y seguramente en el camino recto...Fue maldición de la humanidad que estos incongruentes manojos

fueran colocados juntos, que en el agónico útero de la conciencia, esos mellizos enfrentados estén en pelea constante...”

Freud escribió inmerso en su época, dejándose implicar por ella y sus pensamientos nos sirven hoy para poder analizar o tratar de entender los horrores con los que se conviven y que afectan cotidianamente a la humanidad.

Así, sus obras como *El malestar de la cultura*, *Reflexiones sobre la guerra y la muerte*, *El porqué de la guerra* y *Mas allá del principio de placer*, abren un panorama fundamental para este análisis, considerando la dualidad constitutiva del hombre y el precio que la sociedad impone por vivir dentro de ella, que es la represión de una de las tendencias que lo componen.

En 1915 Freud escribe *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*, analizando la decepción que la guerra trajo aparejada, tanto por su extremada crueldad, como por lo inimaginable de la misma: ¿Cómo seres blancos, europeos, cultos, hombres evolucionados tan diferentes de los animales, podrían producir una guerra tan cruel, tan sin cuartel?

La evolución de la sociedad consiste en que las malas inclinaciones del hombre son desarraigadas de él y sustituidas, bajo el influjo de la educación y de la cultura por inclinaciones al bien.

La sociedad, así, contiene elevadas normas morales a las cuales se debe ajustar la conducta si se quiere participar de ella, planteando una autolimitación y una renuncia a la satisfacción pulsional, ya que la civilización ha sido conquistada por obra de esta renuncia y exige de todo nuevo individuo la repetición de este gesto.

La desilusión se debe a una ilusión creada ya que no es que los hombres hayan caído tan bajo como se creía. Infringir las normas morales ha sido

destrucción del mundo exterior alivia al ser viviente...”Así sería inútil el propósito de eliminar las tendencias agresivas del hombre, pero se puede intentar desviarlas al punto de no necesitar expresarse en la guerra, apelando al antagonista de ese instinto: el Eros....”

OBJETIVOS GENERALES:

-Analizar la noción de la dualidad pulsional Eros-Pulsión de muerte en los textos freudianos y su relación con la dualidad presente en la novela “El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde” de R. L. Stevenson.

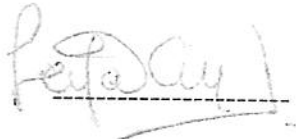
OBJETIVOS PARTICULARES:

1. Analizar la novela de Robert Louis Stevenson *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* a la luz de la teoría pulsional freudiana.
- 2- Establecer un análisis buscando punto en común entre la dualidad pulsional freudiana Eros –Pulsión de muerte y la dualidad presente en la novela *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*.
- 3- Analizar la relación entre la dualidad pulsional freudiana Eros –Pulsión de muerte y la agresividad en el lazo social

HIPOTESIS: En tanto el presente es un trabajo cualitativo de tipo exploratorio no se considera pertinente la formulación de hipótesis.

TECNICAS:

Búsqueda bibliográfica



Leila Curi

Alumna



Dr. Hector Lopez

Supervisor



Lic. Hugo Martinez Alvarez

Co-Supervisor

Proyecto Aprobado



MARTINEZ H.

9/12/09

INDICE GENERAL

1-	Introducción.....	Pág. 1
2-	Capítulo 1: Un extraño caso	Pág. 9
	- Descubriendo a Henry Jekyll.....	Pág. 14
	- Una droga	Pág. 18
	- La visión.....	Pág. 19
3-	Capítulo 2: Desde Freud	Pág. 22
4-	Capítulo 3: Una Relación posible	Pág. 37
5-	Conclusiones	Pág. 46
6-	Bibliografía.....	Pág. 50
9-	Agradecimientos	Pág. 53
10-	Anexo: <i>El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde</i>	Pág. 54

Introducción

Este trabajo toma como punto de partida una obra literaria, a través de la cual se intentara un acercamiento a conceptos psicoanalíticos.

La relación existente entre la literatura y el psicoanálisis esta poblada desde sus orígenes de múltiples referencias hechas por Freud a diferentes escritores entre ellos, Goethe, Shakespeare, Dostoievsky. Pareciera recurrir a ellos a modo de fuente, de ejemplificación, y también como disparador para poder pensar, a partir de esa obra literaria, su teoría. Así lo demuestran sus producciones en las que tomó como referencia al cuento *El Arenero* de Hoffman, *La Gradiva* de Jensen o su utilización de la mitología greco-romana.

Freud ya había subrayado que la formación del analista requería del aporte de otras disciplinas que podían enriquecerla, esa fue su recomendación plasmada en su escrito *Sobre la enseñanza del psicoanálisis en la Universidad*, de 1918 :
“ Al investigar los procesos psíquicos y las funciones mentales , el psicoanálisis se ajusta a un método particular, cuya aplicación en modo alguno está limitada al campo de las funciones psíquicas patológicas , sino que también conciernen a la resolución de los problemas artísticos, filosóficos o religiosos, suministrando en tal sentido múltiple enfoques nuevos y revelaciones de importancia para la historia de la literatura, la mitología , la historia de las culturas y la filosofía de las religiones.” (Freud, 1918)

“Por consiguiente, dicho curso general habría de ser accesible asimismo a los estudiantes de tales ramas de la ciencia. Es evidente que la estimulación de estas últimas por las ideas analíticas contribuirá a crear, en el sentido de la

Universitas litterarum, una unión mas estrecha entre la ciencia medica y las ramas del saber que corresponden al ámbito de la filosofía.” (Freud, 1918)

La importancia dada a la literatura parece recaer en el hecho de que el poeta podría lograr un acercamiento directo a profundidades de la psiquis humana. Aquellos dignos de ese nombre, al decir de Freud, toman como su misión la descripción de la vida psíquica de los hombres. Así no pocas veces han llegado a ser precursores de la ciencia psicológica.

“ Cuando en los años siguientes al 1893, nos entregamos a tales investigaciones sobre la génesis de las perturbaciones anímicas , no se nos había ocurrido, ciertamente buscar en la obra de los poetas una confirmación de los resultados que obteníamos y, por tanto, fue muy grande nuestra sorpresa cuando al leer la *Gradiva* , publicada en 1903, vimos que el autor basaba su creación en aquellos mismos datos que nosotros suponíamos alumbrar por vez primera de las fuentes de la experiencia medica. ¿Cómo pudo entonces el poeta llegar a idéntico conocimiento que el médico o, por lo menos, a conducirse como si dicha identidad exigiera?” (Freud ,1906)

Es por eso que ha de considerárseles como aliados valiosos, ya que caminan por bordes, “beben de fuentes” a los que la ciencia quizás aun no ha podido acceder.

La valía de este arte, la admiración demostrada por Freud, alienta a la búsqueda, al acercamiento que en mas de una ocasión lleva a la sorpresa al reconocer un lenguaje que se hace propio.



Es conveniente considerar en aquello que se encuentra, al ojo que lo mira, a la mirada que busca, y que en ocasiones, encuentra, y en otras lo adjudica, forzándolo. “Cuan fácil es hallar lo que uno busca y de lo cual uno mismo rebosa.”(Freud, 1906)

Pero quizás pueda tratarse de un intento por interrogar al texto, tomándolo como un disparador.

La obra literaria elegida es la novela de Robert Louis Stevenson, *El extraño Caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Fue escrita en 1885 mientras se hallaba en la ciudad balnearia de Bournemouth donde se había instalado con su familia siguiendo el consejo de sus médicos, debido a una enfermedad pulmonar.

En una carta de marzo de 1886 dirigida al Psicólogo Myers escribió: “Jekyll fue concebido, escrito, re-escrito, re-reescrito e impreso en diez semanas”.

Stevenson relata que una noche los Castañitos (duendecillos invisibles que a los dichos de Stevenson, solían comunicarse con él en sueños) le suministraron valiosas claves de un relato, pero en el escenario de una pesadilla.

En palabras de Stevenson: “Hacia mucho tiempo que estaba intentando escribir un cuento sobre este asunto, de dar con un cuerpo, un vehículo para ese intenso sentido del doble ser del hombre que por fuerza le sobreviene a veces, abrumándola, a la mente de toda criatura pensante. ...Luego vino una de esas fluctuaciones financieras...Por dos días estuve exprimiéndome el cerebro para dar con alguna suerte de trama, y a la segunda noche soñé la escena de la

ventana, y la escena, posteriormente escindida en dos. El resto lo hice despierto y conscientemente, aunque creo que puede rastrearse en mucho de ello el estilo de mis Castañitos". (Stevenson, 1888).

Al parecer Stevenson dedicó los tres días siguientes a la noche del sueño a elaborar el manuscrito de Jekyll y Hyde. Ante las críticas de su mujer lo arrojó al fuego y en otros tres días inmerso en un "trance literario" escribió el texto definitivo.

Son múltiples las referencias que Stevenson realiza a cerca de los "castañitos".

En el ensayo escrito por él dos años después de Jekyll y Hyde *Un capítulo sobre los sueños* apela al poder creador de los sueños. "No son otra cosa que mis Castañitos ¡Dios los bendiga! Que hacen para mi la mitad de mi trabajo mientras duermo a pierna suelta y que, con toda la verosimilitud humanamente posible, igual hacen para mi también el resto cuando estoy bien despierto y orgullosamente supongo haberlo hecho por mi mismo"

Así, Stevenson es habitado por otros seres que conviven con él e incluso lo gobiernan, pudiendo ser esta no solo una anécdota del nacimiento de Jekyll y Hyde, sino algo central en la obra.

Continúa el escritor en dicho ensayo : "El significado del cuento (*Dr. Jekyll y Mr. Hyde*) es por tanto mío y había pre- existido largamente en mi jardín de adonis, intentando tomar cuerpo una y otra vez en vano. A mi cargo corre, ciertamente, casi todo lo que concierne a la moralidad, mala suerte!- pues mis castañitos no tienen el mas leve rudimento de lo que llamamos conciencia"

Una de las fuentes que inspiraron a Stevenson según los dichos de su esposa Fanny Osbourne, fue el artículo que leyó en una revista francesa sobre el subconsciente el cual combinado con los recuerdos del Diacono Brodie originó el germen de la idea que luego sería desarrollada. El Diacono Brodie era un respetable carpintero y consejero cívico de Edimburgo, que por las noches desarrollaba su pasión por el juego, las mujeres y las riñas de gallo encontrando por esto en 1788, a los 50 años (al igual que Jekyll) la muerte en la horca Esta historia formó parte del folklore del lugar llegándole a Stevenson desde su infancia.

La elección de la obra se basa en considerarla de una profundidad “metafísica”, al decir de Borges, compleja y de una cercanía tal que ha posibilitado su atemporalidad, su vigencia a través de los años.

No obstante, lleva la marca de su tiempo, con la luz y la oscuridad del tercer periodo de la época victoriana, (1870-1901) describiendo una Inglaterra que asiste al otoño de ideas fuertemente arraigadas, permitiendo así, su cuestionamiento.

Algunas de estas ideas giran en torno al valor moral, vinculado con la prosperidad material de la burguesía. Los valores éticos burgueses se convirtieron en la única escala de valores aceptable socialmente sosteniendo el autoritarismo patriarcal en la familia; la condena hipócrita de cualquier hecho relacionado con la sexualidad o “pensamientos indignos”, el puritanismo en las costumbres; la huida de cualquier referencia a lo desagradable de la vida y en general la defensa del orden establecido basándose en el respeto. Estas

resultaban ser las claves de la vida social que se resistió duramente a aceptar cualquier tipo de cambio o innovación que alterase alguno de aquellos valores. A su vez las profesiones de la clase burguesa entre ellos, abogados, médicos, fueron figuras sociales privilegiadas que mantenían y controlaban el orden apoyándose en su prestigio profesional y en relaciones de amistad con sus colegas, formando, así, una brecha social entre esta élite y los excluidos de ella.

La ciencia toma un lugar privilegiado. Los científicos pasan a ser considerados los nuevos sacerdotes. Entre ellos Darwin que con su teoría de la evolución del hombre y las especies marca una nueva concepción del hombre, ya que este no sería ya una especie en sí misma, independiente del reino animal, sino el producto de un proceso evolutivo en estrecha relación con el reino animal, estando así, unido con las otras formas naturales del planeta.

Darwin afirmó en *El origen del hombre* (1871): “El hombre, con todas sus nobles cualidades, con su compasión hacia los que siente desarraigados, con su benevolencia no sólo hacia los otros hombres sino hacia la más humilde criatura; con su intelecto, que parece divino y ha penetrado en los movimientos y la formación del sistema solar –con todos estos elevados poderes todo hombre sigue cargando en su condición corporal el sello indeleble de su modesto origen”

Además de haber resultado un golpe al narcisismo del hombre esta teoría impregnó mucho de los escritos realizados por pensadores de esa época. La idea de la evolución de las especies se arraigó y se popularizó aun hasta hoy.

Stevenson es coetáneo de Freud. Han escrito inmersos en una misma época, y han podido percibir profundamente el efecto de la restricción moral, y a su vez algo que se entrama con la vida y con la muerte, ligado a cierta esencia, a cierta naturaleza. ; una concepción del hombre sufriente, maniatado que debe vérselas con una división intrínseca y con otros, que a su vez la soportan. Una mirada que desafía la ignorancia poniendo de manifiesto aquello, que más allá de los más altos valores culturales, se es.

Y con ello habría que vivir.

En el transcurso de éste escrito se intentara a partir de la novela *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, analizar una relación posible entre los personajes descritos por Stevenson (Henry Jekyll y Edward Hyde), con sus características e implicaciones , y los conceptos de pulsión de vida y de muerte postulados por Freud .

En el capítulo siguiente se abordará dicha novela analizando sus aspectos relevantes, su estilo literario, sus personajes y su alegoría subyacente que remite a una dualidad humana de bondad y maldad, una dualidad que cohabita y a la que no es conveniente separar.

Esa idea servirá como hilo conductor hacia el segundo capítulo en el que se indagará en la teoría freudiana a cerca de su último modelo pulsional integrado por el dualismo Eros-pulsión de muerte; sus vicisitudes, y efectos en la humanidad y el lazo social.

Finalmente se buscará plasmar una relación anticipada en donde se integren los conceptos planteados ,bajo la creencia de una estrecha vinculación entre

los personajes y el dualismo pulsional freudiano considerando así a la novela como un antecedente de la idea del dualismo pulsional y del malestar del hombre en la cultura que Freud postularía años más tarde.

Capítulo 1 :

“Un extraño caso”

“Con ésta te envío un gnomo gótico...; un gnomo interesante, pienso yo, salido de una mina honda, donde guarda la fuente de las lágrimas. Su nombre es Jekyll & Hyde, creo que te darás cuenta de que igual hubiera podido responder al nombre de Low o al de Stevenson.”

Robert L. Stevenson

La novela de Stevenson, es una obra compleja que contiene en su interior diversos movimientos, ideas y estilos que se combinan entre si.

Se la ha considerado una novela gótica, un relato policial, una alegoría.

La novela Gótica surge en Inglaterra a fines del siglo XVIII y se prolonga durante el siglo XIX y se caracteriza por presentar escenas de misterio, de horror, en una atmosfera oscura. Cuenta con la sensación de deseos prohibidos que generalmente al estar expresados por agentes sobrenaturales, permitían sortear la censura de la época.

En los relatos policiales clásicos el componente característico es la existencia de un enigma a descifrar, el cual solo se logra esclarecer al final del relato. A

través de ese enigma se enfrentan un personaje que cumple el papel de investigador y un criminal que finalmente es descubierto. El lector posee indicios pero es el investigador quien descifra las pistas con agudeza, presentando una explicación perfectamente lógica, sorpresiva.

La alegoría es, en su acepción amplia, una comparación que implica dos sentidos, uno literal y uno metafórico. Expresa una cosa y significa otra. Es propio de escritos con una finalidad ligada a lo moral, a cierta moraleja.

En la obra, desde su inicio se parte de un enigma que genera dudas y sospechas. Dos de los personajes, Utterson y Enfield mantienen una conversación en la que se desprende que algo extraño está ocurriendo, comentando los acontecimientos que lo llevaron a sus sospechas. Utterson se convierte así en un detective recopilando y relatando los distintos indicios que podrían llevarlo a la verdad. Carga en sus hombros una investigación que surge de la necesidad de saber la verdad ya que el enigma se construye alrededor de su entrañable viejo amigo Henry Jekyll.

En palabras de Utterson: "Si él es "el Señor que se oculta yo seré "el Señor que lo busca" (Stevenson, 1986)

Así, la esencia misma de la novela está constituida por un misterio a develar. Un crimen se hace presente: el asesinato del Sir Danvers Carew. Pero la historia no gira alrededor de este delito sino que sigue su curso en busca de poder saber qué relación es la que une a Jekyll con Edward Hyde. Ese es el propósito principal de Utterson.

El posterior testimonio de Lanyon contribuye a aclarar lo que todavía no podía saberse, accediendo a la verdad de lo ocurrido.

Esta atmósfera detectivesca puede, entonces encontrarse en los primeros ocho capítulos. Un hombre frío, metódico, un abogado bien establecido se ve implicado en un extraño caso.

Quizás la clave de la respuesta a la pregunta de la relación de Jekyll y Hyde con el género policíaco se encuentre en las palabras "Extraño caso". En la segunda de ellas, usual en la jerga criminológica, se alude a los momentos detectivescos del relato: el enigma de Hyde, al asesinato de Carew., la búsqueda y el acoso del delincuente.

Pero el adjetivo "extraño" devela la intención gótica de la novela, destruyendo la lógica habitual de los relatos policiales en el cual lo sobrenatural no tiene lugar.

Esto es lo que puede develarse en los dos últimos capítulos que sirven como documentos cuya lectura produce un giro en la lógica del género policial esclareciendo el misterio, tornándose una alegoría.

J, Symonds amigo de Stevenson en una carta escrita hacia el, el 3 de marzo de 1886 comentó al respecto: "El hecho es que considerada como una alegoría, afecta a uno demasiado profundamente. La inmensa mayoría de nosotros hemos estado, en alguna época de nuestras vidas, a punto de desarrollar un Mr. Hyde"

Borges, a su vez, consideró a la novela como un relato alegórico que finge ser un cuento policial.

El mismo escritor, declarado entusiasta de Stevenson, y en particular de *Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, consideraba que la clave de la novela ya se encontraba enunciada en el título, ya que éste lleva a pensar en la existencia de dos personas diferentes y que en el transcurrir del relato se describen con apariencias distintas, con actitudes y comportamientos claramente opuestos. Se habla de dos. Y nada hay en la novela que pudiera hacer pensar que se trata de la misma persona. Ese es el salto, la innovación, la sorpresa, lo imposible.

El relato comienza en torno a una puerta: "La historia de la puerta". En varias ocasiones a lo largo de la novela se mencionara este elemento. La puerta que al abrirse, lleva a dos espacios. La casa posee dos puertas, una delantera, otra trasera. Por esta última es por donde ingresa Hyde a la casa de Jekyll, oculta como su nombre. Luego por más cerrojo que Jekyll quisiera instalar en la puerta de su laboratorio, resultaría ineficaz. La puerta ya había sido abierta. Dos accesos a lo mismo, dos caras del mismo.

Nabokov, en su ensayo acerca de Stevenson subrayó la importancia de la configuración de la casa: Las relaciones entre los dos se encuentran simbolizadas en la casa de Jekyll, que es mitad Jekyll y mitad Hyde. "Del mismo modo que Jekyll es una mezcla de bien y de mal, su vivienda también es una mezcla, simboliza de manera muy clara la relación entre Jekyll y Hyde."(Nabokov, 1983)

Puede decirse, continuando con la división, que en la obra hay dos relatos en uno. El primero relata los acontecimientos, lo que puede verse, lo que va sucediendo, teniendo como protagonista a Utterson, quien va relatando los sucesos, mostrando también sus pensamientos.

El segundo se relaciona con dos voces: La de Lanyon y la del propio Henry Jekyll. Ellos dan cuenta de la profundidad que esos hechos tenían ; develan, confiesan, volviéndose un relato paralelo, oculto también

Desde lo manifiesto diferentes sucesos delictivos fueron sucediéndose y en cada uno de ellos se encontraba implicado un hombre que respondía al nombre de Hyde y del cual no podía negarse una extraña vinculación con el Dr. Henry Jekyll, que incluso en su testamento lo había nombrado como heredero de sus bienes.

El entorno de Jekyll fue apreciando cambios en la manera de comportarse del doctor, volviéndose con el tiempo taciturno, y ermitaño profundizando el misterio que ya se había gestado entorno a su persona y la de su protegido.

La escena de la ventana aportó un dato crucial a la extraña situación. Una súbita transformación experimentada en la expresión del rostro de Jekyll mientras se encontraba hablando con Utterson y Enfield desde la ventana de su casa. Una expresión de terror, de espanto que lo llevó a apartarse de la vista de sus amigos, dejándolos en una pasmada confirmación de un mal que no podía enunciarse.

Una noche el mayordomo de Jekyll fue en búsqueda de la ayuda de Utterson ya que su patrón hacía días que se encontraba encerrado en su laboratorio pero la voz que se escuchaba detrás de la puerta no era la de él.



Al derribar la puerta, ante su sorpresa, encontraron en el piso al cuerpo de Edward Hyde de cuya mano se desprendía el aroma del veneno.

En la mesa del laboratorio se halló un sobre dirigido a Utterson que contenía dos cartas, además del testamento en el que Hyde ya no figuraba como heredero.

El primer sobre correspondía a una carta de Lanyon, otro amigo personal de Hyde, en el que relataba un acontecimiento que involucraba tanto a Hyde como a Jekyll, y que dió como resultado su propia muerte.

El sobre restante era un testimonio escrito de puño y letra por Henry Jekyll en el que cuenta desde su propia voz cuales fueron sus vivencias, sus motivos y su tormento y en el que confiesa una verdad sorprendente: Henry Jekyll y Edward Hyde eran un solo hombre.

Descubriendo a Henry Jekyll:

El Dr. Jekyll nació en el seno de una familia adinerada y conforme a los cánones de la sociedad de la época se erigió como un encumbrado médico, científico. En su casa construyó un laboratorio en el que podía realizar sus investigaciones.

Vivía solo en esa mansión rodeado, si, de un gran número de sirvientes.

Su vida era tranquila, transcurría entre las reuniones con sus amigos profesionales como el, en las que disfrutaban del vino y las charlas, las obras de caridad, y su laboratorio.

El prestigio y la admiración pública eran un bien preciado para él, pero junto a ellos sentía inclinaciones que por ser irreconciliables con los cánones previstos debía mantener ocultos, llevándolo a una duplicidad de vida, no sin pesar.

Sus investigaciones científicas que se orientaban hacia lo trascendental lo llevaron al descubrimiento que habría de cambiarlo para siempre: el hombre no es verdad uno, sino dos.

En su propia persona pudo reconocer esa dualidad primitiva, como naturalezas peleando en su conciencia. Una maldición de la humanidad llevó a que esos incongruentes manojos fueran colocados juntos, "peleando en el útero de la conciencia." (Stevenson 1886)

En su laboratorio trabajaba en busca de un alivio del sufrimiento y fue allí donde pudo inteligir que quizás si pudiera lograr la disociación de estas dos tendencias que habitaban en él, colocándolas en diferentes identidades, su vida podría ser diferente

Vislumbró que la materia, la corporabilidad podía ser flexible. Tras una combinación de sales pudo crear una formula que probaría en si mismo.

Un su confesión expresa: "Estas potencias podrían ser destronadas de su supremacía, mientras aquel era sustituido por una segunda forma y semblante no menos naturales para mi por ser la expresión y portar el sello de los elementos inferiores de mi alma" (Stevenson, 1886)

Así lo que había estado oculto logró materializarse, tomar forma, encarnarse en un cuerpo comandado por las sensaciones y percepciones de su piel, joven, ágil, potente. Su fisonomía era diferente. Su vello era negro y tupido, y por sus

rasgos y su forma de caminar podía asemejarse a un simio. Su estatura era pequeña, en relación con su falta de ejercitación. Tendría un nombre y se llamaría Hyde. Un extraño, el mismo.

Al verse en el espejo, y contemplar “el horrible ídolo que le devuelve el espejo” que es Hyde, lo recibió con júbilo diciendo: Ese también era yo”.

Se reconoció. Algo natural y humano había en él.

Esta transformación en principio pareció ofrecer garantías de control de la situación y del experimento. En ella Jekyll encontró una oportunidad de vivenciar todo aquello que siempre había querido pero sin tener que responder por las consecuencias, y si bien compartían la memoria, su conciencia se fue acallando a medida que Hyde iba cometiendo los crímenes. Hyde era el culpable, no Jekyll quien impávido seguía su rutina diaria.

La convivencia consistía en una suerte de servicio mutuo, Hyde podía ocultarse en Jekyll y Jekyll en Hyde.

Para replegarse en Hyde, Jekyll solo necesitaba ingerir la droga y para volver a ponerse en la piel del viejo doctor, solo tenía que volver a tomarla.

Esta rutina pareció funcionar por un tiempo, pero los crímenes que iba cometiendo Hyde iban complicando la situación judicial de Hyde y el anonimato de Jekyll.

A su vez, el control comenzó a fallar.

Jekyll había abierto la puerta a lo desconocido. La droga había sellado un pacto que presagiaba una tragedia: El arreglo con el mal siempre es desigual.

Una mañana, luego de una andanza nocturna, Jekyll se despertó en otro lugar.

Su mano no era la de él.

El equilibrio de su naturaleza podía alterarse definitivamente, anticipando su desintegración.

“El digo, pues no puedo decir yo”. La identificación se había roto. Iba percatándose que estaba siendo tomado; su yo, recordando a Rimbaud, pronto sería otro.

Debía escoger entre las dos naturalezas.

Pareciera haber un amo y un esclavo, y Jekyll estaba perdiendo.

Unirse a Hyde implicaba condenar a muerte un millar de intereses y aspiraciones y convertirse, de la noche a la mañana y para siempre, en alguien despreciado y sin amigos.

Escogió su mejor parte, pero no tenía fuerzas para sostenerla. La abstinencia, la lucha de Hyde por liberarse lo llevó a tomar la pócima una vez más. Cometió un crimen que ya no podía encubrirse. Cayó el velo de la autoindulgencia. Su memoria desplegaba las imágenes de lo cometido. Hyde debía morir. La condena social lo esperaba. Jekyll intentó compensar el daño hecho, intentando redimirse brindando servicios a otros, caritativamente

Pero había un final para todas las cosas. El animal dentro de él seguía empujando, hasta que lo tomó. La droga ya no surtía efecto. Se convirtió en “una criatura devorada y vaciada por la fiebre, debilitado lánguidamente en cuerpo y mente y ocupado por un solo pensamiento: el horror de mi otro yo” (Stevenson, 1886)

Hyde crecía ante la debilidad de Jekyll. Con Jekyll se trataba de un instinto vital Hyde no solo era lo demoniaco, era lo inorgánico. “La muerte ocuparía el lugar de la vida” (Stevenson, 1886)

Jekyll no logró producir la droga que realizaba, las sales con las que fabricaba la pócima no pudieron ser conseguidas, firmando el epitafio.

Jekyll pone fin a su vida.

Hubo “un solo hombre, muerto y enterrado”, al decir de Chesterton, y sobre él recayó la carga y la condena de su vida.

Una droga:

¿Si no hubiera sido por la droga, hubiera delinquido? De haber podido seguir con su ingesta ¿se habría suicidado?

La droga pareciera representar el pacto fáustico con el diablo que lleva encerrada una trampa. Pero en manos de la ciencia., que falla., las sales no pudieron volver a conseguirse, y aquello que permitía la transformación, veneno y antídoto al mismo tiempo, dejó de hacer efecto, catapultando el fin.

La metamorfosis tiene así una impronta científico positivista cuyo representante es el fármaco. Jekyll había compuesto una droga por la que tomaría otra forma , un semblante que reflejaría los componentes mas malignos de su alma.

Pero Jekyll aclara: No se trataría de la droga, ella era neutral, el problema radicaría en sus componentes mas profundos y sinceros, en lo que él era, que estaba antes de la droga. No seria la causa de sus crímenes sino que estos se relacionarían con su persona, con su singularidad.

Jekyll no se describe a si mismo como puro bien. A través de Hyde es que puede catapultar sus indignos placeres. Y Jekyll es quien lo libera, quien lo descubre y alimenta.

El peso de sus tendencias ahogadas que pugnaban por realizarse dio con la posibilidad de una vía por la cual acallar la conciencia, y gozar con la realización de los crímenes. Lo posibilitaba, lo clamaba y lo adormecía., sustrayéndolo del horror de sus crímenes. El artificio de la droga lo ayudaba a suprimir el dolor que podría sentir por la realización de sus crímenes.

Luego, cada vez más inerme frente a la intrusión de Hyde, de sus tendencias demoníacas, fue debilitando su voluntad, como un alcohólico frente a un goce imposible de renunciar.

Los actos de Hyde (el atropello de la niña y el asesinato de Carew), no se caracterizan por la sexualidad sino por la crueldad. Afirma Borges que el mal no estaba en lo sexual si no en la crueldad.

En la carta escrita por Stevenson e a John Paúl Boccock en 1887 expresaba que Hyde no era un simple voluptuoso; nada malo había en la voluptuosidad ni en la inmoralidad. "El mal estaba en Jekyll por ser hipócrita, no porque le gustaran las mujeres, ya que eso era lo que el se decía a si mismo.

El hipócrita da rienda suelta a Hyde –que no es mas sexual que cualquier otro , pero sí es la esencia de la crueldad , la malicia , el egoísmo y la cobardía, y estas son las cualidades diabólicas del hombre- no el pobre deseo de amar a una mujer del que tanto se escandalizan nuestros semejantes”

La visión:

El hombre que se atreve a escrutar sus abismales profundidades al parecer, debe pagar un costo.

Uttersson, Lanyon, y Jekyll sufren el acercamiento a la verdad develada.

Como si la visión tuviera un costo doloroso, un costado sombrío y horroroso, que petrifica cual medusa una vez que se la mira a los ojos.

Este enfrentamiento, esta mirada, esos ojos, impulsados por una sed de conocimiento, de revelación, de transformación marcan un antes y un después que sugiere que no puede salirse indemne. Que el conocimiento, la visión conlleva un precio. Un encuentro traumático.

Mr. Hyde, con la pócima en la mano invita a Lanyon a una elección: Si prefería abrirse a un conocimiento nuevo tomaría el contenido del vaso delante suyo, si no, se iría con el brebaje quedando el tal como estaba antes, "ni mas rico ni mas sabio". Lanyon jurando que nada de lo que fuera a ver seria revelado eligió presenciario. Hyde bebió la fórmula y seguido de un grito y de alteraciones físicas se dio la transformación ante los ojos atónitos de Lanyon. Allí estaba el Dr. Jekyll, su amigo

Luego, en palabras de Lanyon "He tenido una intensa impresión, jamás me recuperaré de ella. Es cuestión de semanas. Bien, la vida ha sido hermosa, he disfrutado de ella, sí, señor, me había habituado a disfrutarla. Pero pienso a veces que si supiéramos todo lo que ella encierra nos sentiríamos más alegres de abandonarla." (Stevenson, 1886)

La caja de Pandora, el pacto fáustico, el descender a los infiernos, el tomar una pócima, el buscar la verdad aunque se presuma siniestra. Algo empuja a mirar, se sabe del borde, de su fragilidad y es el peligro de muerte lo que lo empuja.

Freud, maestro de la sospecha, volteando su mirada hacia el hombre, también lo hizo.

Saber sobre el mal que habita al hombre tiene su costo.

Abismos, aguas en las que se refleja, y se ve.

Capítulo 2:

“Desde Freud “

“Que el hombre propende a edificar y trazar caminos es indiscutible. Pero, ¿por qué se parece también hasta la locura por la destrucción y el caos?

Dostoyevski

(Memorias del subsuelo)

Sigmund Freud (1856-1939) fue un hombre de ciencia. Inmerso en los paradigmas de su época, logro ir mas allá de lo evidente, indagando en los confines del mundo anímico humano.

Sumergido en esa búsqueda y dejándose afectar por sus hallazgos abrió una puerta que modifico la visión y la forma de entender al hombre.

Su acercamiento reflexivo, lúcido, llevo a intentar explicaciones frente a lo inexplicable yendo mas allá de lo cómodo y lo seguro, en el dolor y la muerte.

Una aproximación guiada por su “deseo de analista”, en un encuentro sufriente que inauguro, creando algo diferente con aquello que vio, con aquello que escucho.

Vivió tiempos de guerra.

La primera Guerra mundial, “La guerra de las guerras” se extendió desde 1914 a 1918 produciendo más de 10 millones de muertes.

Esta vidriera siniestra que la humanidad ofrecía sobre sí en esos tiempos, no le fue ajena.

Su reflexión no lo llevo a un lugar tranquilo e indulgente expresando aquello que creía necesitaba ser dicho. Pudo plasmarla en su escrito *Consideraciones sobre la guerra y la muerte* en 1915. Enuncia allí una decepción. El género humano no había evolucionado tanto como se creía.

Si el animal primitivo, el resistido punto de origen del hombre, había quedado atrás, y los hombres europeos, blancos, cultos pudieron realizar tantos progresos y habían sido capaces de crear tanta belleza, de amar y construir ¿cómo era posible semejante atrocidad? Se asistía una guerra en la que no se quería creer.

Ya no un pensamiento abstracto, algo en el pasado, la guerra en un aquí y ahora, un hecho concreto. Muerte, odio, separación, destrucción. Hechos a los que le faltaba palabras, que la razón no abarcaba, algo inentendible que dejaba perplejos a quienes lo observaban desde el dolor del descenso, de la pérdida de una condición digna, de respeto de la que hacia gala el hombre.

Sería, quizás que lo que se pretendía era demasiado frente a lo que se podía dar.

De allí la decepción. Toda decepción implica una espera, una creencia, un anhelo, tal vez.

Y también una ilusión, una imagen fallida.

El crecimiento, el mantenimiento del género humano, que no siempre había habitado el planeta resulto ser trabajoso, penoso, pesado para lo que se estaba capacitado para soportar.

La guerra estalló, un freno había fallado, una evitación imposible.

Para el año 1932 en Europa se vivía un clima inquietante. Hitler estaba logrando terreno hasta que en 1933 el presidente Reich le designara Canciller del Reich al frente de un gabinete mayoritariamente conservador. Eran los primeros pasos para la Segunda guerra Mundial que se desataría en 1938 hasta 1945 y con ella, la persecución y exterminio del pueblo judío.

Intelectuales de la época, científicos, poetas, pintores se movilizaron.

Albert Einstein inmerso en la búsqueda de una palabra que pueda nombrar lo innombrable le escribe una carta a Freud. Presentía que quizás podría haber algo en el hombre que hiciera posible esos hechos, un odio.

La contestación de esa carta fue realizada en 1932, desde Viena y fue publicada bajo el título *El por que de la guerra*.

En ella Freud entiende que pocas cosas prácticas puede ofrecer, si su pensamiento al cual encuentra en una línea parecida a la esbozada por Einstein:

"Nosotros creemos en la existencia de semejante instinto....Nosotros aceptamos que los instintos de los hombres no pertenecen mas que a dos categorías: o bien son aquellos que tienden a conservar y a unir (Eros) o bien son los instintos que tienden a destruir y a matar: instinto de destrucción."

Freud había transitado por el dolor de la perdida de su hijo, el cáncer había hecho su aparición en su vida y asistía a la persecución del pueblo judío, entre los que se encontraba. Su familia, sus amigos, su mundo se transformaba.



En *Análisis terminable e interminable* (1937) continua: “Los dos principios fundamentales de Empédocles amor y discordia, son tanto por su nombre como por su función, los equivalentes de nuestras pulsiones originarias, Eros y destrucción, el primero de los cuales se dirige a combinar lo que existe en unidades cada vez mayores, mientras que el segundo aspira a disolver esas combinaciones y a destruir las estructuras a las que han dado lugar”

Freud comienza a desarrollar su primer modelo pulsional alrededor del 1905. En ese año en *Tres ensayos sobre una teoría sexual* aparece por primera vez la palabra pulsión (Trieb) considerándola un concepto límite entre lo psíquico y lo somático, como representaciones de exigencias somáticas planteadas a la vida psíquica, una fuerza que actúa de manera constante, de la cual no se podría huir. Su esencia radica en su perentoriedad y tiene por fin la satisfacción.

Tomando como primer punto de apoyo un aforismo de Schiller (“El hambre y el amor hacer girar al mundo”) consideró que podía entender al hambre como representante de los instintos que llevan a conservar al individuo y al amor, como tendiente a conservar la especie. Reconoció así la existencia de dos pulsiones: de autoconservación y sexuales.

Para el año 1914, en *Introducción al Narcisismo*, Freud plantea otra polaridad conformada por la libido yoica, siendo aquella que se encuentra localizada en el yo y la libido objetal, según la libido se encuentre localizada en el objeto.

En 1920 contaba con 64 años de edad y casi 40 de práctica clínica. A través de los observables clínicos se topa con dificultades de la tarea analítica que requieren de nuevos desarrollos teóricos para ser comprendidas, como el tema de la repetición, los sueños traumáticos, punitorios y lo conducen a reconstruir y modificar su edificio teórico.

A su vez la idea de la existencia de tendencias agresivas, de componentes destructivos lo impulsaba, preocupándolo.

Tras 25 años de trabajo intenso, en su obra *Mas allá del principio del placer* (1920) Freud introduce, a través de paralelismos biológicos y no sin resistencia, la pulsión de muerte, que junto al Eros integraran su último modelo pulsional. Los fenómenos vitales podrían ser explicados por la interacción y antagonismo de ambos.

Allí expresa: "Nuestra concepción era dualista desde un principio y lo es ahora aun mas desde que denominamos la antitesis, no ya instintos del yo e instintos sexuales, sino instintos de vida e instintos de muerte."

El instinto de muerte obra en todo ser viviente ocasionando la tendencia de llevarlo a su desintegración, de reducir la vida al estado de la materia inanimada. Por eso merecería la designación de instinto de muerte, mientras que los instintos eróticos representan las tendencias hacia la vida. "La meta de toda vida es la muerte y retrospectivamente: lo inanimado estuvo ahí antes de lo vivo" (Freud, 1920)

No se trataría así, de dos términos reductibles a uno, dado que no podría existir uno, sin el otro.

Se unirán, amalgamarán, mezclarán.

“Cualquiera de estos instintos es tan imprescindible como el otro y de su acción conjunta y antagónica surgen las manifestaciones de la vida. Nunca pueden actuar aisladamente...” (Freud, 1932)

En 1930, en el Malestar en la cultura Freud agrega: “Las dos variedades de pulsiones rara vez –quizás nunca- aparecían aisladas entre sí, sino que se ligaban en proporciones muy variables, volviéndose de ese modo irreconocibles para nuestro juicio.

A su vez en *El problema económico del masoquismo (1924)* sostiene: “Se producen una mezcla y una combinación muy vastas y de de proporciones variables, entre las dos clases de pulsión, así, no debemos contar con una pulsión de muerte y una de vida puras”

“Por efecto de ciertos factores, a una mezcla de pulsiones puede corresponderle una desmezcla.” (Freud, 1924)

.El yo podría separar las pulsiones de vida y de muerte, tomando la primera para sí y liberando la pulsión de muerte al exterior.

La pulsión de muerte actuaría silenciosamente, hasta expresarse en el exterior, estallando en la guerra, como su máxima expresión.

A su vez, es en la guerra donde podría encontrarse un ejemplo de dicha mezcla pulsional: se necesitaría un cierto ideal unido a la destrucción para poder ser capaz de matar.

En 1916 cuando Alemania ve su debilitamiento en la guerra, se incrementaron notablemente las neurosis de guerra. Los hospitales alemanes trataban dichas neurosis con choques eléctricos. Resulto curioso observar como frente a un resultado alentador en la guerra para Alemania esos tratamientos eléctricos expresaban una alta efectividad, ya que con un poco de electricidad el soldado ya podía curarse y volver al frente. Por el contrario, cuando Alemania comenzó a perder su prestigio y el ideal de luchar por la nación decayó, aumentaron las neurosis de guerra.

Esto le llevo a Freud a pensar en *La electroterapia en las neurosis de guerra* que la electroterapia no era lo fundamental sino el peso de los ideales.

Sosteniendo un ideal patriótico o social es posible luchar y matar al enemigo en nombre de ese ideal, uniendo el proyecto de vida al de muerte.

La pulsión de muerte puede ser tratada de diversas maneras en el individuo. Como sostuvo Freud en *El Yo y el Ello (1923)*, podrían tornarse inofensivas al mezclarla con componentes eróticos, desviarlas en parte hacia fuera como agresión o seguir su camino sin ser obstaculizadas.

Así, el instinto de muerte, se torna instinto de destrucción cuando con la ayuda de órganos especiales, es dirigido hacia fuera, hacia los objetos. El ser viviente protege en cierta manera su propia vida destruyendo la vida ajena, aliviándolo.

Pero una parte del instinto de muerte se mantiene activa en el interior del ser. Es imperecedero.

Por ello Freud deriva en una conclusión: Serían inútiles los propósitos para eliminar las tendencias agresivas del hombre.

Habría que renunciar a los cuentos de hadas. “Quienes creen en cuentos de hadas no les agrada oír mentar la innata inclinación del hombre hacia lo malo” a la agresión, a la destrucción, a la crueldad” (Freud, 1930)

En el Malestar en la cultura (1930) expresa: “Progrese algo más, aceptando que una parte de este instinto se orienta contra el mundo exterior, manifestándose entonces como impulso de agresión y destrucción. De tal manera el propio instinto de muerte sería puesto al servicio del Eros, pues el ser vivo destruiría algo exterior, animado, o inanimado, en lugar de destruirse a sí mismo. Por el contrario al cesar esta agresión contra el exterior tendría que aumentar por fuerza la autodestrucción.”

En “*Tótem y tabú*” (1912), a través del mito de la horda primitiva, Freud explica el nacimiento de la Cultura. Habría una marca de nacimiento basada en el crimen y la devoración.

Al crimen le seguirá una ley: No matarás. A partir de allí surgirán los lazos fraternos.

Se deberá vivir con otros y esto acarreará, una fuente de sufrimiento y de agresividad.

El culto dionisiaco liberador de instintos, aquel en el que el hombre podría perder su racionalidad, entregándose al mundo instintivo, embriagado tiene como su opuesto al sofocamiento y la sujeción, a las ataduras que la sociedad impone, originando un malestar y un pesar en la vida.

Pero es por esa sofocación de los instintos primarios, que naturalmente surgen del hombre, que puede realizarse la cultura. El dionisismo nietzscheano debe estar sujetado. El cogito cartesiano a través del pensamiento hecho razón, hecho sociedad burguesa, sofocando sus instintos. Así, la cultura se basa en la represión y con ella, el retorno de lo reprimido.

Freud comprende que la cultura implica la transformación de la naturaleza y la regulación de los vínculos y que ésta debe edificarse sobre una compulsión y una renuncia de lo pulsional. Renuncia, que no es voluntaria.

En 1940 Adorno analiza en "*La dialéctica del iluminismo*" la parábola de Odiseo: Odiseo sabe que su barco, en su viaje de retorno a su hogar deberá pasar donde podrá escucharse el canto de las sirenas y éste sería embriagador, enloquecedor.

Es por eso que decide encerrar los oídos de aquellos que debían remar para que el barco avance y ordena a su vez, ser maniatado, entregando su voluntad. Escucharía, así, el canto de las sirenas pero sin poder ir hacia ellas.

Ese sería el hombre de la cultura moderna, que pide ser atado para no permitirse enloquecer entregándose a sus instintos. El hombre no es libre.

Si se levantaran las prohibiciones y se pudiera realizar todo cuanto se quisiese, sin importar las consecuencias, ni los costos ocasionados a los

demás, quizás la vida podría despojarse del malestar que la renuncia conlleva, pero existiría el problema de que los otros también poseerían esas libertades conduciendo a la destrucción, al caos.

En el mundo anterior al Leviatán los hombres vivían en un estado de guerra en la que el hombre podía ser considerado el lobo del hombre. Un lobo, un animal.

Por ello le entrega al Estado su voluntad. El contrato consistiría en una regulación a través del Estado, portador de la decisión sobre sus miembros. El estado burgués que Hobbs delinea, surge de este modo, sometiendo, maniatando a los hombres regulando la relación entre ellos.

Los conflictos de intereses entre los hombres en su desarrollo cultural fue tornando en su solución, de la fuerza al derecho, a través de la unión, de una unidad del grupo permanente y duradera. La comunidad, debe ser conservada a través de las leyes.

Esa es la razón de todos sus mandamientos, organizaciones e instituciones.

A su vez, la civilización fue impuesta a una mayoría por una minoría que supo apoderarse de los medios de poder y de coerción.

Freud considera que la superación de la violencia esta en relación a la cesión del poderío a una unidad mas amplia, que se mantiene por esos vínculos gregarios que se han realizado entre ellos. Pero considera que la paz que podría aportar esta comunidad es teórica ya que ésta esta formada en base de un poder desigual, que lleva a que los vencedores sean vencidos, a amos y esclavos.

Las leyes así, serán hechas por y para los dominantes, tratando los subyugados de recobrar su poderío, con un derecho en el que también puedan verse amparados y esta búsqueda puede traducirse en lucha, y terminar en violencia.

Siempre habrá diferencia, siempre habrá guerra. Es por eso que el éxito del contrato social, no puede estar garantizado.

Pero la coerción exterior que ejerce el Estado no sería la principal causa de la renuncia instintual sino una herencia cultural. La estructura del aparato psíquico que conlleva la tendencia a la descarga y la satisfacción posible no se abandonaría si no fuera a obtenerse algo a cambio.

La renuncia tendría así una relación con el interior del sujeto, una necesidad de amor. Ser amado sería lo que se obtendría por tal renuncia., el amor del Padre.

Habría un mecanismo por el cual la cultura podría derivar la inclinación agresiva del individuo manteniéndolo vigilado en su interior.

Se iría dando en la humanidad una transformación paulatina de la coerción externa en coerción interna por la acción de una especial instancia psíquica del hombre, el superyo, que va acogiendo la coerción externa entre sus mandamientos.

La agresión así, pueda ser introyectada, internalizada, dirigida contra el propio yo, incorporándose a una parte de este, el cual en calidad de super-yo, se opone a la parte restante, asumiendo la función de conciencia moral,

desplegando la misma agresividad frente al yo que éste hubiera tenido para con otros extraños.

”La agresión es la tensión entre el severo super yo y el yo subordinado al mismo, la calificamos de sentimiento de culpabilidad, se manifiesta bajo la forma de necesidad de castigo”. (Freud, 1930)

Si bien “no hay exterminio del mal” ya que tiene en su esencia su imposibilidad de perecer, es posible desviarlas al punto de no necesitar expresarse en la guerra, apelando a su antagonista, Eros, fortaleciendo, nutriendo, desarrollando la cultura, que proporciona un freno a lo pulsional, posibilitando la convivencia a través de una costosa renuncia. Pueden transformarse por el erotismo, por la necesidad humana de amor y por la educación.

Es de recordar que la pulsión puede encontrar otras vías de realización, como ser la sublimación. El arte puede ser uno de las vías privilegiadas para ello.

En el *Porvenir de una ilusión* (1927) Freud expresa: “El arte ofrece satisfacciones sustitutivas compensadoras de las primeras y mas antiguas renunciaciones pulsionales impuestas por la civilización al individuo, y de este modo es lo único que consigue reconciliarle con sus sacrificios.”

A su vez las creaciones de arte intensifican los sentimientos de identificación, necesarios para toda civilización.

Un modo para poder mitigar el malestar que conlleva el vivir en la cultura

Así todo lo que establezca vínculos afectivos entre los hombres debe actuar contra la guerra.

Pero Freud advierte: “Es difícil pensar en molinos que muelen tan despacio que uno se moriría de hambre antes de tener harina “(Freud ,1932), “

“Un psicólogo que no se engaña a si mismo “tuvo siempre en cuenta “la inmensa dificultad de adaptarse tolerablemente a este mundo” (Freud, 1927)

Tanto para la Humanidad en su conjunto como para el individuo la vida es difícil de soportar. Un eterno malestar.

“Solo nos queda esperar que la otra de ambas “potencias celestes” el eterno Eros, despliegue sus fuerzas para vencer en la lucha con su no menos inmortal adversario. ¿Más quién podrá augurar el desenlace final? ” (Freud ,1932)

Capítulo 3:

“Una relación posible”

“El hombre no es mas que
amalgama y mezcolanza”

Michael de Montaigne

El recorrido realizado en los capítulos anteriores de éste trabajo puso de manifiesto una idea de dualidad que no se corresponde con la mentada dualidad excluyente sino con una idea de dualidad que contempla a dos términos que se implican y conviven.

Ya se había mencionado que durante el transcurso de la novela Jekyll y Hyde aparecen como dos personas distintas y que nada implica, aunque pueda intuirse, su relación (tal vez del mismo modo en el que se ha tratado éste escrito).

Pero Jekyll y Hyde eran una misma persona, y en ello radica la alegoría de la novela a cerca de la dualidad humana.

Stevenson se sumerge en el conflicto humano, en una escisión inconveniente pero intrínseca que afecta a la imagen que se pretendía tener a cerca de lo que el género humano es.

Grandes esfuerzos se han hecho para poder separar a estos “gemelos” al decir de Stevenson, llevando a dualidades totalizantes, a hombres buenos contra hombres malos, a cielos e infiernos como resultados de los mismos. Una diferencia excluyente con consecuencias que se evidencian en la sociedad.

El hombre, que como los castañitos que habitan y toman a Stevenson, se encuentra poblado por tendencias primitivas que pulsán hacia fines antagónicos pero que conviven y que incluso pueden gobernarlo. Ese fue el descubrimiento al que arribó Jekyll y pagó el precio de querer separarlas. Ya se habló del error de pretender un hombre pura bondad o pura maldad, Al decir de Freud, el hombre es raras veces completamente bueno o malo Y he ahí el inconveniente.

Pero Freud aclara en *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte* (1915) "La esencia más profunda del hombre consiste en impulsos instintivos de naturaleza elemental, iguales en todos y tendentes a la satisfacción de ciertas necesidades primitivas. Estos impulsos no son en sí ni buenos ni malos. Los clasificamos, y clasificamos así sus manifestaciones, según con las necesidades y las exigencias de la comunidad humana. Debe concederse, desde luego, que todos los impulsos que la sociedad prohíbe como malos -los impulsos egoístas y los crueles- se encuentran entre tales impulsos primitivos"

Trazando una correlación imaginaria Freud enuncia una dualidad que estaría integrada por la pulsión de muerte y la pulsión de vida.; Stevenson da vida a Edward Hyde y a Henry Jekyll.

Freud analiza la imposibilidad de la satisfacción pulsional en la cultura y Jekyll la encarna y la padece.



Si bien se tratan de personajes ficticiales, de una creación surgida desde la producción inconsciente de Stevenson, de su pesadilla, asombra encontrar en ellos, en el, problemáticas tan actuales y concretas.

“Un peso que el hombre debe cargar sobre sus espaldas”.

(Stevenson, 1886)

Jekyll representa a un hombre, como tantos, como todos, que más allá de la implicación de épocas, es un hombre en cultura que aprendió a renunciar a sus instintos más viles para poder ser amado, reconocido, y considerado un par respetado, incluido en lo más alto del escalafón humano. El representa así la evolución, el triunfo de la evolución por sobre la especie, en la que la razón se impondría a los intereses.

Pero Henry Jekyll es un hombre condicionado que padece los mandatos sociales internalizados ya, y que a su vez, sabe de su sumisión y de su rebeldía.

Su insatisfacción es lo que lo lleva a buscar algo que lo complete, algo que le permita develarse.

También podría pensarse que es por una falta de resignación ante una completud pretendida e imposible.

Freud posteriormente hablaría de ese hombre en malestar ya que toda la civilización debe basarse sobre la coerción y la renuncia de sus instintos.

Una coerción que se internaliza, pasando de ser una coerción externa a una interna, a una observación, a un juzgamiento interior, a través de una instancia

psíquica, el super yo, por la cual la agresión que podría manifestarse hacia el exterior se dirige contra el yo.

Así, el hombre, Jekyll, lleva en si una escisión, como postula Freud, un hombre dividido en agentes que contienden entre si, donde el peso de las normativas se hacen sentir. Y ese es el peso que el hombre debe cargar sobre sus espaldas. Jekyll lo expresa: "He aprendido que la carga y la condena de la vida de cada hombre están atadas para siempre a sus espaldas, y que intentando sacudírnoslas no logramos mas que hacerlas volver sobre nosotros con un peso más extraño y más abrumador" (Stevenson, 1886)

Y aquello que se reprime retorna.

Jekyll es apremiado por los mandatos superyoicos y sus rigores morales y a su vez por sus tendencias primitivas. Un gran y pesado esfuerzo debió realizar durante años para mantenerse en los carriles de la respetabilidad social.

Luego de su invento, luego de poner en evidencia esa doble entrada que tenia su casa en si mismo, y gozarla, la culpa y el castigo tomó el lugar que su ser neurótico reclamaba, pagando con su muerte el precio de la trasgresión.

"Con Jekyll se trataba de un instinto vital, Hyde no solo era lo demoniaco, era lo inorgánico. La muerte ocuparía el lugar de la vida". (Stevenson, 1886)

Era de extrañar por aquellos años (1886) que desde la altura cultural alcanzada se descendiera a la especie. Luego, en 1914 Freud describe la misma sorpresa ante la decepción que la guerra produjo sobre el género humano, y llega a una conclusión similar a la de Stevenson: Se lleva en sí a la muerte, se lleva en sí a Hyde, aunque intente desconocérselo y esté "oculto". Aquello que no tiene nombre, aquello que se encuentra fuera del lenguaje, un Hyde que llevo a Utterson a decir: "Si tan solo pudiera ponerle un nombre". (Stevenson ,1886)

Jekyll padeció el alto costo de satisfacer lo que pugnaba en sí, y con un artificio se escindió. Puede pensarse esa escisión como otra identidad y he ahí el recurso literario, pero también puede considerarse como una forma de representar al dualismo pulsional freudiano, encarnando en Jekyll aquello que tendería a una cohesión, a una vida en sociedad, a la vida y la creación, a los lazos de amistad y comunidad mientras un Hyde, subyacente, en silencio toma vida y sale al exterior en agresión, en muerte y destrucción.

Freud sostuvo hasta el fin de sus días el dualismo pulsional que iba esbozando y que comenzó a nombrar en *Más allá del principio del Placer*. Dualismo que como anteriormente fue desarrollado, es aquel integrado por la pulsión de vida y la de muerte las cuales se diferencian según los propósitos a los que tienden. Antagónicamente Eros tendería a la conservación, a la unión, a la creación, y en ellas englobaría las de autoconservación, mientras que la pulsión de muerte tendría como fin la muerte, la destrucción, el volver a ese estado inorgánico y "este instinto permanece mudo y solo se manifiesta una vez dirigido hacia fuera, como instinto de destrucción" (Freud, 1938)

Los dos elementos integrantes de la dualidad mantienen una convivencia, se nutren y se complementan, aunque puedan aparecer como separados.

Jekyll pudo experimentar desde su propio cuerpo las fronteras poco claras entre ser Jekyll y ser Hyde, porque aun cuando dejada desde su corporalidad de tener sus rasgos característicos, Jekyll continuaba vivo dentro de Hyde y se unía gozosamente al dolor que Hyde podía infringir a otro ser humano.

Es en su creación donde Jekyll se encuentra con el goce que lo consume, donde se enfrenta a aquello que tiende a regresar al estado anterior de la vida, a lo inorgánico a la muerte.

A través de Hyde, Jekyll actúa su agresión volviéndose luego, penosamente hacia el, hacia esa parte de él que ajena ya, debe morir.

La celebración del encuentro integrativo que unió a Jekyll y a Hyde dio paso a la pesadilla.

"Y sin embargo cuando vi. Reflejado en el espejo a aquel horrible ídolo, no tuve consciencia de sentir repugnancia, sino algo así como un sobresalto de bienvenida. Ese también era yo. Parecía natural y humano. A mis ojos poseía una imagen mas viva del espíritu, parecía más singular y definido que aquella imperfecta y dividida semblanza que hasta entonces yo me había acostumbrado a llamar mía. "(Stevenson, 1886)

Una integración, una precipitación, una visión completa quizás. Un conocimiento. Un reconocimiento. Un reencuentro.

Pero otro reflejo pudo verse que no causó el mismo júbilo. Un día fue al espejo y vio que ya no tenía control. Fue un vaticinio: Su mano no era la suya. Una diferencia.

El peligro de dejar de ser, de desintegrarse, de desaparecer se hacia presente.

Hyde se había ejercitado, se había nutrido y ahora lo amenazaba. El otro ya se le aparecía como alguien ajeno, diferente que clamaba por ocupar su lugar, por tomarlo.

Ahora expresa: "El digo, pues no puedo decir yo. Aquel hijo del infierno no tenia nada de humano." (Stevenson, 1886)

La perdida del control, a manos de Hyde, que puede ser leída como consecuencia de una falla en la composición de la droga, puede pensarse motivada en un debilitamiento en los diques que se le oponían a lo que pugnaba en el, tomándolo. Una intrusión de pulsión de muerte que se volvió irrefrenable y el placer encontrado en un principio, se tornó en desborde y disolución.

El mal, como se lo nombra en la obra, tomaba su piel, un mal que se identifica con la crueldad y ese era un elemento que no surgió en Jekyll gracias a algo externo, gracias a Hyde, ni por una droga, sino que era un elemento que se encontraba en el y que pudo llevarlo a reconocerlo y a hacerlo propio. Y en ese reconocimiento terminaba con su más pretendida ignorancia.

Luego el arrasamiento pulsional fue grande y la unión que había podido darse entre las dos pulsiones, entre Jekyll y Hyde, comenzó a ceder teniendo como final un acto, un suicidio. Esos movimientos pudieron verse en Jekyll. Su agresión se torno al exterior, y luego hacia el.

Es un punto a considerar desde la obra el hecho de que el cadáver hallado oliendo a almendras es el de Hyde. Puede considerarse como un recurso para demostrar su unión, una vez más, para evidenciar el grado de mezcla que podía darse entre ellos y que después de todo, era un solo cuerpo el que se compartía. La unión era tal que la muerte de uno podría equivaler a la muerte del otro, porque la corporabilidad, el elemento que prestaba sustento a ambos, era una. Repitiendo a Chesterton: Un solo hombre muerto y enterrado”.

Un solo cuerpo habitado y en el se desarrollaba el conflicto de la pugna devastadora entre la muerte y el enclenque dique que intentaba oponérsele, vanamente.

Una perenne guerra de miembros, al decir de Freud.

Por ello, la frase que se desprende de la pluma de Stevenson “Con Jekyll se trataba de un instinto vital, Hyde no solo era lo demoniaco, era lo inorgánico. La muerte ocuparía el lugar de la vida” (Stevenson, 1886) es nodal para la relación que se intenta establecer. Y la muerte ocupó el lugar de la vida. Hyde tomó el lugar de Jekyll, la pulsión de muerte se impuso.

Es llamativo, a su vez, como Hyde, fervoroso de crueldad y de sangre pugnó por vivir. Jekyll que había sido la cueva donde se escondía, le permitía un sustento, una oposición, aunque fuera desestimada.

Y una “vida eterna” existe: No hay exterminio del mal.

Evidencia una vez más la amalgama, el vestigio de la vida en la muerte.

Y de eso se trataría: de la muerte en la vida y de la vida en la muerte.

"Malo es desatar los lazos que por decreto de dios unen...".

(Stevenson, 1886)

En un gesto desesperado Jekyll, transcurrido un tiempo de anoticiarse que la comunión con Hyde lejos estaba de ser pacífica y controlada, intentó acrecentar las obras de bien, las obras de caridad hacia la comunidad, pensando quizás que así podría neutralizar a Hyde o reparar los males hechos, reforzando los lazos sociales, lazos que como dice Stevenson al dar comienzo a la novela "es malo desatar "

Quizás así podría sujetar a Hyde.

Más allá de la impregnación religiosa o moral que la frase elegida por Stevenson puede connotar, puede ser leída a través de considerar las consecuencias que la pérdida del lazo social, del quebrantamiento de la ley cultural acarrea, ya su vez, la inconveniencia de una desmezcla pulsional ya no por decreto de dios sino por los decretos que los mismos hombres pactan para vivir.

Es parte a su vez, de la apuesta que Freud realiza diciendo "Todo lo que obre a favor de la cultura obrará en contra de la guerra" (Freud, 1932)

Pero la fascinación que el mal ejerció pudo más y sus intentos de acallarlo dieron lugar a un acto, melancólico, por el cual Jekyll entregaría, finalmente, su propia existencia a su verdugo.

Conclusiones.

“Hombre soy, nada de lo
humano me es ajeno.”

Terencio

Tanto Freud como Stevenson se asomaron a una visión del espanto pero no reconociéndola como algo ajeno sino como algo propio, constitutivo que habita.

Los dos autores han indagado en la dualidad humana y los conflictos que esta conlleva.

Que Stevenson haya podido acercarse a estos pensamientos en 1885, anticipándose a los postulados freudianos avala la recomendación de Freud acerca de la *Universitas litterarum* y la importancia de tener presente la apertura y la indagación de fuentes que lejos de considerarse impertinentes, nutren y colaboran con la teoría psicoanalítica.

El acercamiento a estas cuestiones implica una imposibilidad de ingenuidad, una mirada más profunda del hombre, más honesta en la que se pueda aceptar la siempre presencia y efecto de la pulsión de vida y de muerte, de amor y de destrucción como pertenecientes, como inherentes al ser hombre.

Un reconocimiento de un hombre sujetado, habitado por fuerzas a las que no puede nombrar.

Es un conocimiento incomodo, acerca del cual nada se quiere saber.

Podría ser oportuno recordar a Jung: "si el hombre se siente tranquilo sin su sombra es precisamente por desconocerla. Pero aquel que conoce su sombra sabe que no está a salvo."

La hipocresía que Stevenson denunció en Jekyll también fue desenmascarada por Freud apelando a decir y reconocer que no se es una criatura tierna y que junto a las bondades, incluso en ellas se encuentra el mal.

La dificultad, la conveniencia de la negación, del desconocimiento quizás se deba que puede resultar difícil vivir sin una ilusión ¿cómo soportar la verdad? Pero se debe considerar aquello a lo que Freud arribó, que la ilusión pierde todo valor cuando estorba, cuando se vuelve perjudicial al intento de sobrellevar la vida.

Un cierto pesimismo invade tanto en la novela de Stevenson como en los escritos de Freud. ¿Qué esperanza podría tenerse sobre la humanidad, sobre el mundo?

El mito de Pandora remite a una vasija que contenía todos los males del mundo y que al destaparse, por la curiosidad de Pandora, estos invadieron el mundo quedando en ella, solamente la esperanza. ¿Podría ser la esperanza entonces, un mal también?

Walter Benjamin, que vivió los horrores del nazismo sostuvo que la desesperanza era un lujo que los humanos no podían darse. Que era por el amor a los desesperados que debía conservarse un anhelo de bienestar, algo más que eso, una esperanza.

(Aquella que quizás terminó para él, el día en que se frustró su escape de la gestapo al cerrarse la frontera española, suicidándose)

En palabras de Freud (1917) : "Adéntrate en ti, desciende a tus estratos mas profundos y aprende a conocerte a ti mismo. Solo entonces podrás llegar a comprender porque puedes enfermarse y acaso también a evitar una enfermedad " .

"Desatar las voces, desensoñar los sueños: escribo queriendo revelar lo real maravilloso, y descubro lo real maravilloso en el exacto centro de lo real horroroso de América.

. En estas tierras, la cabeza del dios Eleggúa lleva la muerte en la nuca y la vida en la cara. Cada promesa es una amenaza; cada pérdida, un encuentro.

De los miedos nacen los corajes; y de las dudas, las certezas. Los sueños anuncian otra realidad posible y los delirios, otra razón.

. Al fin y al cabo, somos lo que hacemos para cambiar lo que somos. La identidad no es una pieza de museo, quietecita en la vitrina, sino la siempre asombrosa síntesis de las contradicciones nuestras de cada día.

. En esa fe, fugitiva, creo. Me resulta la única fe digna de confianza, por lo mucho que se parece al bicho humano, jodido pero sagrado, y a la loca aventura de vivir en el mundo".

Eduardo Galeano.

"El libro de los abrazos".

Robert Louis Stevenson

*EL EXTRAÑO CASO DEL
DR. JEKYLL Y MR. HYDE*

Traducción de Valeria Joubert

Titulo original: *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde.*
Publicado por primera vez en 1886.



A Katherine de Mattos¹.

*Es malo desligar los vínculos decretados por Dios;
sin embargo nosotros seremos los hijos del brezo y del viento;
aun lejos de casa, para mí y para ti
la retama florecerá con fuerza en el país del norte.*

¹ Katherine es prima de Stevenson. Se casó con un ateo de Cambridge, luego se divorció, y él la dejó con hijos y sin plata. Su primo, al morir, le dejó ayuda de su patrimonio. Había sido una huésped bienvenida en Skerryvore, Inglaterra, donde Stevenson escribió la novela. Los *vínculos* a los que se refiere bien pueden ser los del matrimonio, ya que el propio Stevenson se había casado con una mujer divorciada. En cuanto a "*lejos de casa*" y "*en el país del norte*" son claras alusiones a Escocia, la patria de ambos.

La historia de la puerta

Mr. Utterson, el abogado, era un hombre de rostro severo, que jamás iluminaba una sonrisa; frío, parco y vergonzoso en la conversación; retraído en los sentimientos; enjuto, alto, indefinido, melancólico, y aun así amable. En las reuniones de amigos, y cuando el vino era de su gusto, algo eminentemente humano brillaba en su mirada; algo que por cierto jamás tenía cabida en sus palabras, pero que no sólo hablaba en esos silenciosos símbolos de su cara de sobremesa, sino más a menudo y con mayor evidencia, en los actos de su vida. Era austero consigo mismo: debía ginebra cuando estaba solo, para controlar el gusto por los buenos vinos, y aunque le gustaba el teatro, no había atravesado la puerta de ninguno desde hacía veinte años? Pero tenía una gran tolerancia hacia los demás; a veces admiraba, casi con envidia, la gran presencia de ánimo involucrada en sus malas acciones, y en cualquier circunstancia se inclinaba más por ayudar que por condenar.

—Me inclino por la herejía de Calín?— solía decir con extravagancia—. Dejo que mi hermano se dirija hacia el mal por su propio camino.

A este carácter se debía frecuentemente el hecho de que fuera la última relación respetable y la última buena influencia en la vida de los hombres descartados. Y con aquellos que así eran, mientras siguieran acudiendo a su casa, jamás cambiaba en lo más mínimo su proceder.

Sin duda esta proeza resultaba fácil a Mr. Utterson, pues no era de mostrativo en absoluto, y hasta sus amistades parecían estar fundadas en una universalidad semejante a la bondad natural. Es marca del hombre modesto aceptar el círculo de amistades dispuesto por las manos

² El teatro era considerado inmoral por su falsedad y por la baja extracción social de los actores.
³ Se refiere a la herejía gnóstica del siglo II.



del destino; y este era el estilo del abogado. Sus amigos eran los de su misma sangre, o aquellos que conocía desde hacía más tiempo; sus afectos, como la hiedra, crecían con el tiempo, no dependían de la aptitud de su objeto. Tales eran, sin duda, los lazos que lo unían a Mr. Richard Enfield, su pariente lejano, hombre muy conocido en la ciudad. Era un misterio por develar qué podía ver uno en el otro, o qué tema podían encontrar en común. Contaban quienes se los encontraban en sus caminatas de los domingos que no decían nada, que parecían singularmente aburridos, y que habrían celebrado con evidente alivio la aparición de un amigo. A pesar de esto, ambos ponían las mayores expectativas en esos paseos, los contaban entre los momentos más preciosos de cada semana, y no sólo dejaban de lado ocasiones de diversión, sino que también se resistían a los llamados de las obligaciones para poder disfrutarlos sin interrupción.

Sucedió que, en uno de esos paseos, su recorrido los condujo hacia una callejuela de un barrio comercial de Londres. La calle era pequeña y hasta parecía tranquila, pero durante los días hábiles se veía animada por el ajetreo comercial. A los vecinos les estaba yendo bien al parecer, y todos esperaban competitivamente seguir mejorando e invertían el beneficio de sus ganancias en coquetería. Tanto es así que las vidrieras de las tiendas se alineaban a lo largo de las veredas con un aire sugestivo, como hileras de sonrientes vendedoras. Incluso los domingos, cuando se velaban sus encantos más floridos y estaba en comparación vacía de transeúntes, la calle contrastaba con su barrio deslucido, como un fuego en el bosque, y con sus contraventanas recién pintadas, sus bronce lustrados, su limpieza general y su toque alegre, instantáneamente cautivaba y complacía a los ojos del paseante.

Dos puertas pasando cierta esquina, yendo hacia el este por la mano izquierda, la línea se quebraba con la boca de un callejón sin salida; y justo en este punto la mole siniestra de un edificio tendía su alero sobre la calle. Tenía dos pisos; no había ventanas, sino tan sólo una puerta en la planta baja y un frente ciego de descolorida pared en la planta alta, y llevaba en cada detalle las marcas de una prolongada y

sórdida negligencia. La puerta, que no tenía campanilla ni aldabón, estaba picada y desteñida. Los vagabundos se repantigaban bajo la entrada y frotaban fósforos contra sus paneles, los niños vendían cosas en los escalones, los colegiales habían probado sus cuchillos sobre las molduras, y casi por una generación, nadie había aparecido para ahuyentar a estos visitantes ocasionales o para reparar sus estragos.

Mr. Enfield y el abogado estaban en la vereda de enfrente del callejón; pero cuando se acercaron a su boca, aquel alzó el bastón y, apuntando, preguntó:

—¿Te has fijado alguna vez en esa puerta? —y cuando su compañero respondió afirmativamente, agregó—: Está asociada en mi mente con una historia muy extraña.

—¿En serio? —dijo Mr. Utterson, con un leve cambio en la voz—. ¿Y de qué se trata?

—Bien, fue así —continuó Mr. Enfield—. Estaba regresando de quién sabe dónde a casa, a eso de las tres de una oscura noche de invierno, y debía atravesar una parte de la ciudad donde literalmente no se veía nada, sino lámparas de gas. Calle tras calle, y todo el mundo dormía —calle tras calle, todas iluminadas como para una procesión y todas vacías como iglesias—, hasta que finalmente me encontré en ese estado de ánimo en que un hombre escucha y escucha, y comienza a buscar a un policía. De pronto vi dos figuras: una, la de un hombre pequeño que caminaba renqueando hacia el este a buen paso y la otra, la de una niña de unos ocho o diez años que corría a más no poder hacia la bocacalle. Pues bien, señor, fueron a dar uno con otro en la esquina; y entonces ocurrió la parte horrible del asunto, pues el hombre saltó como si nada por encima del cuerpo de la niña y la dejó gritando en el suelo. Contado no es nada, pero verlo fue espantoso. No parecía un hombre: parecía un maldito Juggernaut⁴.

”Pegué un grito, me eché a correr, agarré del cuello a mi caballero y lo traje de vuelta al lugar donde ya se había formado un grupo alrededor de la niña que seguía gritando. Él estaba perfectamente calmo y no opuso

⁴ *Juggernaut* es el nombre de una divinidad hindú cuya estatua se paseaba, en ciertas ceremonias, en una carreta gigantesca bajo cuyas ruedas se arrojaban algunos fanáticos para ser arrollados.

tos de mi historia, pero era un nombre por lo menos muy conocido y que, a menudo, aparece en la prensa. La suma era alta; pero la firma, de ser auténtica, era un gran aval. Me tomé la libertad de advertir a mi caballero que todo el asunto parecía apócrifo, y que no es común que un hombre atraviese la puerta de una casa a las cuatro de la mañana y salga con un cheque de casi cien libras firmado por otro hombre. Pero él seguía completamente desentusado y burlón. "No se preocupe", dijo, "me quedaré con usted hasta que los bancos abran, y cobraré yo mismo el cheque". Entonces todos, el doctor, el padre de la niña, nuestro amigo y yo, nos dispusimos a pasar el resto de la noche en mi casa; y al día siguiente, después de desayunar, fuimos como un solo hombre al banco. Yo mismo entregué el cheque y dije que tenía sobradas razones para creer que era falso. Nada de eso. El cheque era auténtico.

—Ajá—dijo Mr. Uterson.

—Veo que piensas como yo—dijo Mr. Enfield—. Sí, es una historia fea, porque mi hombre era un tipo con el que nadie podía tener nada que ver, un hombre verdaderamente detestable; y la persona que firmó el cheque es un modelo de civilidad, de renombre también, y lo que es peor, uno de esos hombres que hace todo como debe ser. Un chantaje, supongo; un hombre honesto que paga con un ojo de la cara un pecado de juventud. La Casa del Chantaje, así es como llamo yo, desde entonces, a la casona de la puerta. Aunque esto, sabes, está lejos de explicar todo—agregó, tras lo cual se sumió en sus cavilaciones.

Salí de ellas cuando Mr. Uterson, de repente, le preguntó:

—¿Y no sabes si el que firmó el cheque vive aquí?

—Lindo lugar, ¿no?—repuso Mr. Enfield—. Pero sucede que me enteré de su dirección; vive en no sé qué calle.

—¿Y jamás preguntaste por la... casa de la puerta?

—No, señor; tuve esa delicadeza—fue su respuesta—. Tengo una postura firme en cuanto al hecho de preguntar; participa mucho del estilo del Juicio Final. Uno lanza una pregunta, y es como lanzar una piedra. Uno se sienta tranquilamente en la cima de la colina, y la piedra rueda, empujando a las demás; y en un momento golpea en la cabeza a algún

resistencia, pero me dirigió una mirada tan desagradable, que sentí brotar el sudor como durante la carrera. La gente que había acudido eran familiares de la niña y enseguida apareció el doctor, en cuya búsqueda iba ella. Bien, según el "matasanos", la chica no tenía nada salvo un susto. Y debes suponer entonces que acá se termina todo. Pero tuvo lugar un curioso episodio. Yo había tomado aversión por mi caballero en cuanto lo vi. Lo mismo le sucedió a la familia de la chica, lo que es natural. Pero lo que me sorprendió fue la actitud del doctor. Era un típico boticario, de edad y color indefinidos, con un fuerte acento de Edimburgo, y tan emotivo como una gaita. Pues bien, señor, él estaba como nosotros; cada vez que miraba a mi prisionero, veía yo que el "matasanos" empalidecía de las ganas que tenía de matarlo. Sabía en qué estaba pensando, tanto como él sabía en qué estaba pensando yo, y dado que matarlo estaba fuera de discusión, hicimos lo mejor que nos quedaba por hacer. Le dijimos al hombre que podíamos y éramos capaces de provocar tal escándalo por lo ocurrido, que lograríamos que su nombre cayera en desgracia de una punta a otra de Londres. Y si tenía amigos o reputación, nos encargaríamos de que los perdiera. Y mientras, a la vez que lo hostigábamos, rojos de ira, apartábamos a las mujeres tanto como nos era posible, porque es-

taban furiosas como arpas.

"Jamás vi un círculo de caras tan odiosas, y en el medio estaba el hombre, con una expresión de sombra y burlona calma—asustado también, puede verlo—pero soportándolo todo, señor, realmente como Satanás. "Si decidieron hacer rentable este accidente", dijo, "naturalmente estoy indefenso. Un caballero haría cualquier cosa para evitar un escándalo. Ponganle un precio". Bien, lo presionamos para que ofreciera 100 libras para la familia de la niña; seguramente le hubiera gustado escabullirse, pero había algo amenazante en la mayoría de nosotros, y finalmente cedió. El paso siguiente era conseguir el dinero, y adónde crees que nos condujo sino a esta misma puerta? De repente sacó una llave, entró y al rato, volvió con diez libras en oro y un cheque del banco de Courts por el resto de la suma, al portador, y firmado con un nombre que no puedo mencionar, aunque este sea uno de los pun-

pobre diablo (el último que uno hubiera imaginado) en su jardín, y la familia tiene que cambiar de nombre. No, señor, yo hice de esto mi regla: cuanto más sospechoso parece algo, menos pregunto.

—Una regla muy buena, en verdad —dijo el abogado.

—Pero estudié el edificio por mi cuenta —continuó Mr. Enfield—. Apenas parece una casa. No hay ninguna otra puerta, y nadie entra por ella ni sale de esta salvo, muy de vez en cuando, el caballero de mi aventura. Hay tres ventanas que dan al patio en el primer piso; abajo ninguna; las ventanas están siempre cerradas, pero limpias. Y además hay una chimenea que está generalmente encendida; por lo tanto, alguien debe vivir aquí. Pero tampoco es demasiado seguro, porque los edificios están tan pegados entre sí a la altura del patio, que es difícil decir dónde termina uno y empieza otro.

Ambos siguieron caminando en silencio por un momento. Entonces Mr. Utterson dijo:

—Enfield, es una buena regla la tuya.

—Sí, ya lo creo —repuso Enfield.

—Pero a pesar de eso —continuó el abogado— hay un aspecto sobre el cual te quiero hacer una pregunta. Quiero preguntarte el nombre de la persona que atropelló a la niña.

—Bueno —dijo Mr. Enfield—, no veo qué daño podría causar. Era un hombre llamado Hyde.

—Mm —dijo Mr. Utterson—. ¿Qué aspecto tenía el hombre?

—No es fácil de describir. Hay algo anormal en su apariencia; algo desagradable, algo sumamente detestable. Nunca vi a un hombre tan repugnante, y apenas sé por qué. Debe ser deforme en alguna parte; provoca una fuerte sensación de deformidad, aunque no podría especificarlo. Es un hombre extraordinariamente llamativo, y así y todo no puedo encontrar en verdad las palabras para definirlo. No, señor, no puedo expresarlo; no puedo describirlo. Y no es una cuestión de memoria, pues me parece estar viéndolo ahora mismo.

Mr. Utterson, que caminaba sumido en un silencio reflexivo, preguntó por fin:

—¿Estás seguro de que usó una llave?

—Mi estimado señor... —comenzó a decir Enfield, sorprendido.

—Sí, ya sé —dijo Utterson—. Sé que debe parecer extraño. La verdad es que, si no te pregunto el nombre de la otra parte interesada, es porque lo conozco. Ya ves, Richard, tu historia dio en el blanco. Si no has sido preciso en algún punto, sería mejor que lo rectificaras.

—Creo que tendrías que haberme avisado —repuso el otro con ligero malhumor—. Pero he sido exacto hasta la pedantería, como dices tú. El tipo tenía una llave; y lo que es más, aún la tiene. Lo vi usarla no hace una semana.

Mr. Utterson suspiró profundamente, pero no pronunció palabra; y el joven reaccionó de inmediato.

—Esta es una nueva lección sobre cómo no hablar de más

—dijo—. Estoy avergonzado de mi lengua larga. Hagamos un trato y no hablemos nunca más de esto.

—Con mucho gusto —dijo el abogado—. Trato hecho, Richard.

En busca de Mr. Hyde

Aquella noche, Mr. Utterson regresó a su casa de soltero con ánimo sombrío y se sentó a cenar sin apetito. Era su costumbre del domingo, una vez terminada la cena, sentarse junto al fuego, con un volumen de árida teología en el atril, hasta que el reloj de una iglesia vecina diera las doce, momento en que iba a la cama satisfecho y gratificado. Esa noche, sin embargo, tan pronto como se cambió de ropa, tomó una vela y se dirigió a su escritorio. Una vez allí abrió su caja fuerte y sacó de su parte más privada un documento en cuyo sobre se leía "Testamento del Dr. Jekyll", y se sentó con el ceño fruncido a estudiar su contenido. El testamento era holográfico, pues aunque Mr. Utterson se había hecho cargo de él cuando estuvo listo, se había negado a prestar la menor asistencia a su ejecución; no sólo disponía que en caso de muerte de Henry Jekyll, M.D., D.C.L., L.L.D., F.R.S., etc., todas sus posesiones debían pasar a manos de su "amigo y benefactor, Edward Hyde", sino también que en caso de "desaparición o ausencia inexplicada que exceda un período de tres meses" del Dr. Jekyll, el ya mencionado Edward Hyde se convertiría de inmediato en poseedor de todos sus bienes, libre de toda carga u obligación, fuera del pago de pequeñas sumas legadas a los domésticos del doctor.

Esse documento había sido durante mucho tiempo algo ofensivo para el abogado. Lo ofendía en tanto abogado y en tanto hombre amante de los aspectos razonables y comunes de la vida, para quien la extravagancia era falta de modestia. Y si hasta aquel momento había sido su ignorancia sobre Mr. Hyde lo que aumentaba su indignación, ahora, por un súbito vuelco, era el hecho de conocerlo. Si ya todo oía mal cuando el nombre no era más que un nombre sobre el cual no podía saber nada, tanto peor fue todo cuando comenzó a revesitirse de detestables atributos. Y por encima de las presunciones, de la sutil bruñma que durante tanto tiempo había velado su mirada, se alzó la súbita y definida imagen de un ser nefasto.

⁶ Un testamento *holográfico* es un testamento escrito por puño y letra del testador.
⁷ M.D.: doctor en Medicina; D.C.L.: abogado; LL.D.: doctor en Letras; F.R.S.: miembro de la Sociedad Real.

-Pensé que era locura -dijo-, mientras guardaba el aborrecible papel en la caja -y ahora comienzo a temer que sea deshonra. Tras lo cual apagó la vela, se puso un sobretodo y se dirigió hacia Cavendish Square, la ciudadela de la medicina donde su amigo, el gran Dr. Lanyon, tenía su casa y recibía a sus numerosos pacientes.

-Si alguien sabe algo, debe ser Lanyon -pensó.

El solenne mayordomo lo conocía y lo recibió, no lo hizo esperar, sino que lo condujo directamente de la puerta al comedor, donde el Dr. Lanyon estaba solo, sentado con su copa de vino. Era un hombre cordial, sano, enérgico, de rostro sonrosado, de abundante cabello precordialmente canoso, y de gestos alborotados y decididos. Al ver a Mr. Utterson, se levantó de la silla y lo saludó extendiéndole las manos. La cordialidad del doctor resultaba un poco teatral a primera vista, pero estaba fundada en un sincero afecto. Eran viejos amigos, compañeros de colegio y de universidad, ambos respetuosos de sí mismos y del otro y, lo que no siempre se sigue necesariamente de ello, eran hombres que disfrutaban por completo de la compañía del otro.

Después de unas palabras de saludo, el abogado fue directamente al tema que lo preocupaba de un modo tan desagradable.

-Supongo, Lanyon -dijo-, que tú y yo debemos de ser los amigos más viejos que tiene Henry Jekyll.

-Ojalá fuéramos amigos más jóvenes -dijo Lanyon riendo-. Pero supongo que sí. ¿Y qué hay con eso? Lo veo poco ahora.

-¿En serio? -exclamó Utterson-. Pensé que tenían un montón de intereses en común.

-Teníamos -fue su respuesta-. Pero hace ya más de diez años que Henry Jekyll se volvió demasiado extravagante para mí. Comenzó a desvariar y, a pesar de que por supuesto me sigo interesando en él, por los viejos tiempos, como se dice, lo veo y lo he estado viendo muy poco. Esos disparates pseudocientíficos... -agregó el doctor, entrojeciéndose de golpe-... habrían separado a Dáimon y Pítas⁷.

Esse pequeño artranque de cólera alivió un poco a Mr. Utterson.

⁷ Dáimon y Pítas eran dos filósofos griegos del siglo IV a.C., célebres por la amistad que los unía.



—Han diferido solamente en algún asunto científico —pensó. Y por ser un hombre que carece de pasión por la ciencia (con excepción de los casos de escrituras de traspaso), siguió pensando—: ¡Entonces, no es nada grave!

Dio unos segundos a su amigo para recobrar la compostura y entonces, hizo la pregunta por la que había ido a verlo.

—¿Has tenido alguna ocasión de encontrarte con un *protégé*⁸ suyo... un tal Hyde? —preguntó.

—¿Hyde? —repitió Lanyon—. No. Nunca oí nada de él. Tampoco cuando frecuentaba a Jekyll.

Esa fue toda la información que el abogado pudo llevar a su cama grande y oscura, donde dio vueltas hasta las primeras horas de la mañana. Fue una noche de poco descanso para su mente agobiada en la profunda oscuridad y asediada de preguntas.

Sonaron las seis en el campanario de la iglesia que se encontraba oportunamente cerca de la vivienda de Mr. Utterson, y todavía se afanaba en el problema. Hasta aquí lo había afectado sólo en el aspecto intelectual, pero ahora también su imaginación se veía comprometida o más bien cautivada; y mientras permanecía acostado, dando vueltas en la inmensa oscuridad de la noche y del cortinado dormitorio, el relato de Mr. Enfield desfilaba por su mente en una sucesión de vívidas imágenes. Podía ver la gran franja de lámparas en una ciudad nocturna; luego, la silueta de un hombre caminando con prisa; luego, la de una niña corriendo a lo del doctor; y luego ambos se encontraban, y aquel Juggernaut humano atropellaba a la niña y seguía de largo sin cuidado de sus gritos. O si no, otras veces veía la habitación de una rica casa donde su amigo dormía, soñando y sonriendo en sueños; y luego la puerta de esa habitación se abría, las cortinas de la cama se corrían⁹, el hombre dormido era despertado, ¡y ahí se encontraba cara a cara con la persona a la que le había cedido todo su poder!, por quien incluso a

⁸ *Protégé* significa 'protegido'. En francés, en el original (N. de la T.).

⁹ Las camas de la gente acomodada del siglo XIX tenían dosel con cortinas para atenuar el frío de los grandes ambientes (ver la cabina del Titanic, en *Cuarto de herramientas*).

altas horas de la noche debía levantarse y obedecer. La figura, en estas dos secuencias, obsesionó al abogado durante toda la noche y, si en algún momento se adormecía, no era sino para verla deslizarse más furtivamente entre las casas somnolientas, o moverse aún más y más rápido, hasta el vértigo, a través de los amplios laberintos de una ciudad iluminada por las lámparas, y en cada esquina atropellar a una niña y dejarla gritando.

Y la figura aún no tenía un rostro por el cual pudiera reconocerla; tampoco en sus sueños tenía rostro, o sí, pero entonces era un rostro que lo desconcertaba y que se disolvía ante sus ojos; y fue así como surgió y creció en la mente del abogado una curiosidad particularmente intensa, casi delirante, por ver los rasgos del verdadero Mr. Hyde. Si pudiera fijar la mirada sobre él tan sólo una vez, pensaba, el misterio se aclararía y quizás se desvanecería, como suele ocurrir con las cosas misteriosas cuando se las examina bien. Podría vislumbrar una explicación a la extraña preferencia o esclavitud (llámelo como guste) de su amigo, e incluso para las sorprendentes cláusulas del testamento. A lo sumo, se trataría de un rostro digno de ser visto, un rostro al que sólo le bastó mostrarse para provocar en la mente del impertérrito Enfield tan perdurable aversión.

A partir de entonces, Mr. Utterson comenzó a rondar la puerta de la calle de las tiendas. A la mañana, antes del horario de oficina; al mediodía, cuando el trabajo era agobiante y el tiempo escaso; a la noche, bajo la luna de la brumosa ciudad, bajo todas las luces y a todas las horas, de soledad o ajeteo, podía encontrarse al abogado en su puesto señalado.

—Si él es Mr. Hyde —pensó—, yo seré Mr. Seek¹⁰.

Y, por fin, su paciencia fue recompensada. Era una hermosa noche, no lloviznaba y estaba fresco. Las calles brillaban como el piso de un salón de baile; las lámparas, que el viento no sacudía, dibujaban formas parejas de luz y sombra. Hacia las diez, cuando las tiendas ya

¹⁰ *Hide* significa en inglés 'esconder' y se pronuncia igual que Hyde; *seek* es 'buscar'. "Hide and seek" es el juego de la escondida (N. de la T.).

habían cerrado, la calle quedó desierta y muy silenciosa, a pesar del envolverte y lejano murmullo de Londres. Se oían algunos ruidos. Los ruidos domésticos que provenían de las casas eran claramente audibles desde cualquier vereda de la calle, y el rumor de los transeúntes que se acercaban llegaba mucho antes que ellos. Hacía varios minutos que Mr. Utterson se hallaba en su puesto, cuando oyó unos pasos irregulares y ligeros que se aproximaban. A lo largo de sus guardias nocturnas, se había acostumbrado al curioso efecto con que los pasos de una sola persona, mientras se encuentra aún distante, se distinguen de pronto del ruido y del vasto zumbido de la ciudad. Pero nunca antes su atención se había detenido con tal precisión y certeza, y movido por un firme y superstitioso presentimiento de triunfo, se ocultó en la entrada del callejón.

Los pasos se acercaban rápidamente, y crecieron de pronto al doblar la esquina. El abogado, asomándose desde la entrada, pudo ver de inmediato con qué clase de hombre tendría que habérselas. Era bajo y vestía con sencillez, y su mirada, aun a esa distancia, dio de lleno en el ángulo del observador. Pero fue directamente hacia la puerta, cruzando la calle para ganar tiempo y, mientras andaba, sacó una llave de su bolsillo, como quien se aproxima a su casa.

Mr. Utterson se adelantó y le tocó el hombro cuando pasó.

—Mr. Hyde, supongo?

Mr. Hyde retrocedió con un silbido en la respiración. Pero su temor fue sólo momentáneo y, a pesar de que no miraba al abogado a la cara, respondió con bastante naturalidad:

—Así me llamo. ¿Qué desea?

—Veo que va a entrar—respondió el abogado—. Soy un viejo amigo del Dr. Jekyll, Mr. Utterson, de Gaunt Street. Debe de haber oído mi nombre, y al encontrarlo tan oportunamente, pensé que podría dejar-me pasar.

—No encontrará al Dr. Jekyll; no está en su casa—respondió Mr. Hyde, soplando sobre la llave. Y luego, de repente, pero sin alzar la cabeza, preguntó:

—¿Cómo me ha reconocido?

—¿A cambio, me hará un favor?—insistió Mr. Utterson.

—Con gusto—respondió el otro—. ¿De qué se trata?

—Me deja verle la cara?—preguntó el abogado.

Mr. Hyde pareció vacilar, y luego, como decidido por una súbita reflexión, lo enfrentó con una mirada de desafío, y se clavaron los ojos uno al otro durante unos segundos.

—Ahora podrá reconocerlo nuevamente—dijo Mr. Utterson—. Puede ser útil.

—Sí—respondió Mr. Hyde—. Es bueno que nos hayamos encontrados; y a *propos*, debo darle mi dirección. —Y le dio un número de una calle de Soho.

“¡Por Dios!—pensó Mr. Utterson—. Será posible que el también haya estado pensando en el restamento?”

Pero se guardó esta reflexión y simplemente le agradeció por la dirección.

—Y ahora—dijo el otro—, ¿cómo me ha reconocido?

—Por una descripción—fue la respuesta.

—¿Qué descripción?

—Tenemos amigos en común—dijo Mr. Utterson.

—¿Amigos en común?—repitió Hyde, algo crispado—. ¿Quiénes?

—Jekyll, por ejemplo—respondió el abogado.

—El nunca le dijo nada—gritó Mr. Hyde, en un acceso de ira—. No creí que usted pudiera mentirme.

—Vamos—repuso Mr. Utterson—, esas no son formas de hablar.

El otro gruñó una salvaje carcajada y, al instante, abrió la puerta y desapareció dentro de la casa con extraordinaria rapidez.

El abogado permaneció de pie por un rato después de que Mr. Hyde lo dejara convertido en la imagen viva de la inquietud. Luego comenzó a remontar la calle lentamente, deteniéndose cada uno o dos pasos y apoyando la mano en la frente, como un hombre sumido en la perplejidad.

¹¹ *A propos* es una expresión francesa que significa 'a propósito, de paso' y aparece así en el original (N. de la T.).



La clase de problema en que se debatía mientras caminaba era de esos que raramente se resuelven. Mr. Hyde era pálido y pequeño, daba una impresión de deformidad sin tener una malformación a la que se pueda dar nombre, se había dirigido al abogado con una especie de violenta mezcla de timidez y grosería, y hablaba con una voz ronca, susurrante, y a la vez quebradiza: estos aspectos estaban en su contra, pero todo junto no alcanzaba para explicar la aversión, la repugnancia y el temor singular con que Mr. Utterson lo consideraba.

—Debe de haber algo más —pensó el perplejo caballero—. Ha de haber algo más, si tan sólo pudiera encontrarle un nombre a eso. ¡Dios, apenas parece humano! Parece algo troglodita¹², ¿o se trata de un caso como el de la vieja historia del Dr. Fell¹³? ¿O es la mera irradiación de un alma impura que transpira y transfigura su molde de barro? Esto último, creo. Porque, ¡oh, mi pobre y viejo Harry Jekyll!, si alguna vez he leído la firma de Satanás en un rostro, ha sido en el de tu nuevo amigo.

A la vuelta de la esquina había unas casas antiguas y elegantes, en su mayor parte ya venidas a menos de su alto nivel, dispuestas en departamentos o cuartos para hombres de toda clase y condición: grabadores de mapas, arquitectos, abogados de causas dudosas y agentes de oscuras empresas. Una de ellas, sin embargo, la segunda pasando la esquina, seguía ocupada por entero; y ante su puerta, que ostentaba aires de riqueza y bienestar, a pesar de que se encontrara entonces sumergida en una oscuridad casi total, a no ser por la luz de los montantes, se detuvo y golpeó Mr. Utterson. Un sirviente bien vestido y ya mayor abrió la puerta.

—¿Está el Dr. Jekyll, Poole? —preguntó el abogado.

—Voy a ver, Mr. Utterson —dijo Poole, y mientras conversaban lo hizo pasar a un amplio y confortable salón de techo bajo, pavimentado

¹² Un troglodita es un hombre de las cavernas.

¹³ El Dr. John Fell (1625-1686), obispo de Oxford, popularmente fue reconocido como ejemplo de esa clase de hombres que resultan espontáneamente antipáticos sin que se tenga ninguna razón concreta que lo explique. Hay una adaptación de un verso latino hecha por el escritor inglés del siglo XVII Thomas Browne: *[Usted] No me gusta, Dr. Fell, pero yo no sé por qué; sólo sé muy bien que no me gusta, Dr. Fell.*

de baldosas, calentado (a la manera de las casas de campo) con un luminoso fuego de chimenea y amoblado con valiosos armarios de roble—. ¿Espera aquí junto al fuego, señor, o le enciendo la luz en el comedor?

—Espero aquí, gracias —respondió el abogado, que se acercó a la chimenea y se apoyó en su alta reja.

El salón en el que ahora se encontraba solo era el orgullo de su amigo el doctor, y el mismo Utterson solía decir que era el más acogedor de Londres. Pero esa noche sentía un escalofrío en el cuerpo. El rostro de Hyde se había fijado en su memoria. Sentía (lo que era raro en él) náuseas y hastío por la vida, y desde las tinieblas de su ánimo, parecía leer una amenaza en los reflejos vacilantes de las llamas sobre los lustrados armarios y el inquietante sobresalto de la sombra en el suelo. Se avergonzó de su alivio cuando Poole volvió al cabo de un rato a anunciarle que el Dr. Jekyll había salido.

—Vi a Mr. Hyde entrar por la puerta de la vieja sala de disección, Poole —dijo—. ¿Es normal cuando el Dr. Jekyll está fuera de casa?

—Perfectamente normal, Mr. Utterson —respondió el sirviente—. Mr. Hyde tiene una llave.

—Tu amo parece depositar un alto grado de confianza en ese joven, Poole —continuó el otro, pensativo.

—Sí señor, así es, en efecto —dijo Poole—. Todos tenemos orden de obedecerlo.

—Creo no haberme encontrado nunca con el señor Hyde —insistió Utterson.

—Oh, por supuesto que no, señor. Nunca cena aquí —respondió el mayordomo—. Además, lo vemos muy poco en esta parte de la casa; él sale y entra mayormente por el laboratorio.

—Bien, buenas noches, Poole.

—Buenas noches, Mr. Utterson.

Y el abogado salió de la casa con el corazón apesadumbrado.

—Pobre Henry Jekyll —pensó—, ¡tengo la sospecha de que anda en dificultades! Era loco de joven, hace mucho tiempo, por cierto, pero en la ley de Dios no hay reglamento de limitaciones. Ah, debe de ser

Dr. Jekyll estaba en perfecta calma

Dos semanas después, por un feliz azar, el doctor ofreció una de sus agradables cenas a cinco o seis de sus mejores amigos, hombres inteligentes y de reputación, y todos catadores de buen vino; y Mr. Utterson se las ingenió para quedarse después de que los otros hubieran partido. No era algo nuevo, pues lo mismo había sucedido en muchas otras ocasiones. Donde Utterson era apreciado, era muy apreciado. A los anfitriones les gustaba retener al adusto abogado, cuando los menos reservados y los conversadores tenían ya un pie en el umbral; les agradaba sentarse por un momento en su discreta compañía, practicando la soledad, desembragando sus mentes en el rico silencio de aquel hombre después del desgase y de la tensión del alborozo. El doctor Jekyll no era una excepción a esa regla; y cuando este hombre de cincuenta años, alto, apuesto, de rostro proporcionado, con cierto aire de reserva tal vez, pero con todos los signos de la inteligencia y la bondad, se sentó junto al fuego, podía verse en su mirada que sentía por Mr. Utterson un sincero y cálido afecto.

—Quería hablarle, Jekyll —empezó diciendo el abogado—. ¿Te acuerdas del testamento?

Un observador atento habría notado que el tema resultaba desagradable, pero el doctor lo manejó con humor.

—Mi pobre Utterson, no tienes suerte con un cliente así. Nunca he visto a un hombre tan preocupado como tú a propósito de mi testamento, a no ser ese pedante irreducible de Lanyon, preocupado por lo que llama mis herejías científicas. Oh, ya sé que es un buen tipo, no pongas esa cara, un tipo excelente, y quisiera verlo más a menudo. Pero nunca me decepcionó un hombre tanto como Lanyon.

—Sabes que nunca lo aprobé —continuó Utterson, pasando por alto, no sin crueldad, el nuevo tema.

—¿Mi testamento? Sí, claro, lo sé —dijo el doctor, un poco abruptamente—. Ya me lo has dicho.

eso, el fantasma de algún viejo pecador, el cáncer de alguna vergüenza oculta: el castigo llega, *pede claudo*¹⁴, años más tarde, cuando la memoria ha olvidado y el amor propio ha perdonado la falta.

Y el abogado, atemorizado por este pensamiento, meditó entonces sobre su propio pasado, buscando a tientas en todos los rincones de la memoria, como en una caja de sorpresas, por si alguna vieja iniquidad saltaba a la luz. Su pasado era, sin duda, intachable. Pocos hombres podían leer en el libro de su vida con menos aprensión; aun así se abarata por las maldades que había cometido, y se aliviaba nuevamente en una grave y temerosa gratitud por todas aquellas que estuvo a punto de cometer y fueron evitadas. Y luego, volviendo a su preocupación anterior, vislumbró un resplandor de esperanza.

—Este señor Hyde, si se lo estudiara —pensó—, debe de tener sus propios secretos, según su aspecto, secretos en comparación de los cuales los peores del pobre Jekyll parecerían un sol. Las cosas no pueden seguir como están. Me da escalofríos pensar en esa criatura como un ladrón junto a la cama de Harry; ¡pobre Harry, qué despertar! Y el pedigo de esto, porque si Hyde sospecha la existencia del testamento, ¡puede impacientarse por heredar! Ay, debo hacer algo, si Jekyll me deja —y agregó—: si tan sólo Jekyll me dejara.

Porque, una vez más, vio ante sus ojos, claras como transparencias, las extrañas cláusulas del testamento.



—Bueno, te lo digo de nuevo —insistió el abogado—. Me he enterado últimamente de algunas cosas del joven Hyde.

El hermoso rostro del Dr. Jekyll empalideció, y sus ojos se ensombrecieron.

—No necesito escuchar más —dijo—. Creo que habíamos quedado en no tocar más ese asunto.

—Lo que oí es abominable —dijo Utterson.

—No puedo cambiar nada. No entiendes mi situación —repuso el doctor, con cierta incoherencia en su comportamiento—. Me encuentro en una situación penosa, Utterson; mi situación es muy extraña. Es una de esas cosas que no pueden remediarse hablando.

—Jekyll —dijo Utterson—, me conoces; soy alguien de confianza. Confiesa todo con franqueza; no tengo dudas de que te sacaré de esto.

—Mi querido Utterson —dijo el doctor—, es muy bondadoso de tu parte, es sumamente bondadoso de tu parte y no puedo encontrar las palabras para agradecerte. Te creo plenamente; confiaría en ti antes que en ningún otro hombre en el mundo, ay, antes que en mí mismo, si pudiera elegir. Pero no se trata de lo que imaginas, no es tan terrible, y para dejar en paz a tu buen corazón, te diré una cosa: en cuanto quiera, puedo deshacerme de Mr. Hyde. Te lo prometo y te agradezco una y mil veces. Y agregaré tan sólo unas palabras, Utterson, que estoy seguro de que tomarás bien. Se trata de un asunto privado, y te ruego que lo dejes así.

Utterson reflexionó unos instantes contemplando el fuego.

—No dudo de que tienes razón —dijo finalmente, poniéndose de pie.

—Bien, pero puesto que hemos tocado este asunto, y por última vez, espero —continuó el doctor—, hay algo que me gustaría que entendieras. Siento, en realidad, mucho interés por el pobre Hyde. Sé que lo has visto, me lo contó, y temo que haya sido grosero. Pero siento sinceramente mucho, muchísimo interés por ese joven, y si desaparezo, quiero que me prometas que serás indulgente con él y que harás valer sus derechos. Creo que lo harías si supieras todo, y me sacaría un peso de encima si me lo prometieras.

—No puedo hacerte creer que, alguna vez, vaya a agradarme —dijo el abogado.

—No te pido eso —suplicó Jekyll, apoyando su mano en el brazo del otro—. Sólo pido justicia. Sólo te pido que lo ayudes por mí, cuando ya no esté aquí.

Utterson dejó escapar un incontenible suspiro.

—Bueno —dijo—, te lo prometo.

Casi un año más tarde, en el mes de octubre de 18... Londres fue conmovido por un crimen de singular ferocidad, y que tuvo mayor repercusión dada la alta posición social de la víctima. Los detalles eran pocos y sorprendentes. Una sirvienta, que vivía sola en una casa no muy lejos del río, había subido a la cama a eso de las once. Aunque la bruma cubrió la ciudad en la madrugada, la noche había estado despejada, y la calle a la cual daba la ventana de la sirvienta estaba iluminada por el brillo de la luna llena. Parece que se puso romántica, porque se sentó en un baul que se encontraba justo bajo la ventana, y cayó en un estado de ensordecimiento. Nunca (solía decir, entre torrentes de lágrimas, cuando narraba lo sucedido), nunca se había sentido más en paz con los hombres ni había pensado con mayor bondad en el mundo. Y estando así sentada vio a un hombre apuesto, maduro, de cabello blanco, que se acercaba por la calle; y avanzando a su encuentro, otro hombre muy pequeño, a quien prestó menor atención al principio.

Cuando ya habían comenzado a hablar (lo cual sucedía justo bajo los ojos de la sirvienta), el hombre mayor se inclinaba y se dirigía al otro con elegante cortesía. No parecía que el tema que trataban tuviera gran importancia; en verdad, por esto mismo, daba la impresión de que sólo estuviera preguntando una dirección. Pero la luna iluminaba su rostro mientras hablaba, y la muchacha lo miraba con agrado, parecía respirar una bondad de carácter inocente y de viejo estilo, aunque también con la distinción que confiere una bien fundada satisfacción de sí mismo. Al rato, su mirada se desplazó hacia el otro, y se sorprendió al reconocer a cierto Mr. Hyde, que había visitado una vez a su amo y por quien ella había sentido antipatía. Tenía en su mano un pesado bastón, con el que estaba jugando; pero jamás respondió una palabra, y parecía escuchar con una mal contenida impaciencia. Y luego, de repente, estalló en un gran acceso de cólera, dando patadas, blandiendo el bastón y comportándose (así lo describió la sirvienta) como un loco. El anciano caballero dio un paso atrás con un gesto de gran sorpresa y

algo ofendido, y entonces Mr. Hyde perdió el control y lo golpeó con el bastón hasta tirarlo al piso. Y un momento después, con la furia de un simio, estuvo pisoteando a su víctima y lanzando una andanada de golpes, bajo los cuales podía oírse cómo los huesos se quebraban y el cuerpo rodaba hasta la calle. Ante el horror de tales escenas y sonidos, la sirvienta se desmayó.

Eran las dos cuando volvió en sí y llamó a la policía. El asesino se había ido hacía tiempo, pero allí estaba tendida su víctima, en el medio de la calle, increíblemente destrozada. El bastón con el que se había cometido el crimen, aun siendo de una madera rara, muy sólida y pesada, se había partido al medio bajo la violencia de aquella insensata crueldad, y una de las mitades astilladas había rodado hacia el desagüe—la otra, sin duda, se la había llevado el asesino—. Un monedero y un reloj de oro fueron encontrados junto a la víctima, pero no había tarjeta ni papeles algunos, salvo un sobre lacrado y sellado, que probablemente llevaba al correo, y en el que estaban escritos el nombre y la dirección de Mr. Utterson.

Le entregaron el sobre al abogado a la mañana siguiente, antes de que se levantara, y en cuanto lo vio y escuchó el relato de los acontecimientos, reaccionó con gravedad.

—No diré nada hasta no haber visto el cuerpo—dijo—. Esto puede ser muy serio. Tengan la amabilidad de esperarme mientras me visto.

Y con igual gravedad en su actitud, desayunó de prisa y se dirigió hacia la comisaría, adonde habían trasladado el cuerpo. Tan pronto como entró en la celda, asintió con la cabeza.

—Sí—dijo—, lo reconozco. Lamento decir que se trata de Sir Danvers Carew.

—¡Por Dios, señor!—exclamó el oficial—. ¿Es posible?—y al instante, su mirada se iluminó de ambición profesional—. Esto va a hacer mucho ruido—dijo—. Y tal vez, usted pueda ayudarnos a encontrar al hombre.

Brevemente le narró lo que la sirvienta había visto y le mostró el



Mr. Utterson ya se había estremecido al oír el nombre de Hyde, pero cuando tuvo el bastón delante de sí, no pudo dudar más. Roto y destrozado como estaba, reconoció al bastón que él mismo le había regalado muchos años antes a Henry Jekyll.

—¿Mr. Hyde es una persona de baja estatura? —preguntó.

—Particularmente baja y particularmente desagradable, es lo que dijo de él la sirvienta.

Mr. Utterson reflexionó, y luego, levantando la cabeza, dijo:

—Si tiene a bien acompañarme en mi coche, creo que puedo conducirlo a su casa.

Ya eran las nueve de una mañana cubierta con las primeras nieblas de la estación. Un gran manto de color chocolate descendía del cielo, pero el viento continuamente embestía y dispersaba esos vapores dispuestos como en un frente de batalla. Tanto es así que, mientras el coche rodaba de calle en calle, Mr. Utterson contemplaba una maravillosa cantidad de matices y colores crepusculares, porque había una oscuridad de noche cerrada. Allí, había un brillo de un rico y tenue marrón, como la luz de una extraña conflagración; aquí, por un momento, la niebla parecía abrirse, y un atrevido rayo de luz se deslizaba entre las espirales turbulentas. El miserable barrio de Soho¹⁵, visto bajo esas luces cambiantes, con sus calles embarradas, sus transeúntes sucios y sus lámparas, que nunca habían sido apagadas o encendidas de nuevo para combatir esa lúgubre invasión de la oscuridad, parecía a los ojos del abogado el barrio de alguna ciudad de pesadilla. Sus pensamientos, además, tenían los tintes más sombríos, y cuando echaba una mirada a su compañero de viaje, era consciente de esa especie de terror a la ley y a los oficiales de la ley que puede asaltar, a veces, al más honrado.

Cuando el coche se detuvo frente a la dirección indicada, la niebla se había levantado un poco y le permitía ver una calle sucia, una taberna,

¹⁵ Soho es un barrio londinense conocido como centro vital de los placeres del cuerpo y del espíritu desde que se creó, a finales del siglo XVII. Durante sus primeros cien años de existencia fue el lugar más elegante de Londres y sus residentes llamaban la atención por sus extravagantes fiestas. La zona es conocida hoy como la más permisiva de Londres, a pesar de que la prostitución callejera fue prohibida por una ley de 1959.

una casa de comida francesa de bajo nivel, una tienda de baratijas, niños harapientos apiñados en las entradas de las casas, y muchas mujeres de diferentes nacionalidades que salían, llave en mano, en busca de su copa de la mañana. Y un momento después la niebla se instalaba nuevamente sobre esta parte, oscura como el ocre, y lo apartaba de aquel entorno de desvergonzados.

Esa era la casa del favorito de Henry Jekyll, del presunto heredero de un cuarto de millón de libras esterlinas.

Una vieja mujer de rostro de marfil y cabello plateado abrió la puerta. Tenía un rostro malvado, atenuado por la hipocresía, pero sus modales eran excelentes. Sí, dijo, era la casa de Mr. Hyde, pero él no estaba, había llegado muy tarde esa noche, pero había salido de nuevo en menos de una hora; eso no era nada raro, sus costumbres eran muy irregulares, y se ausentaba a menudo; por ejemplo, ella había pasado casi dos meses sin verlo hasta esa madrugada.

—Muy bien, en tal caso, nos gustaría ver sus habitaciones —dijo el abogado, y cuando la mujer comenzó a declarar que era imposible, agregó—: Será mejor que le diga quién es esta persona. Es el inspector Newcomen, de Scotland Yard.

Una chispa de odiosa alegría se produjo en el rostro de la mujer.

—¡Ah —dijo—, se metió en problemas! ¿Qué hizo?

Mr. Utterson y el inspector intercambiaron una mirada.

—No parece ser un personaje muy popular —observó este último—. Y ahora, buena mujer, déjenos simplemente a este caballero y a mí echar un vistazo.

De toda la extensión de la casa que, sin contar a la vieja mujer, se encontraba vacía, Mr. Hyde sólo había dispuesto de un par de habitaciones, amobladas con lujo y buen gusto. Había una despensa con vino; los cubiertos eran de plata; la mantelería, elegante; de una de las paredes colgaba un buen cuadro, regalo de Henry Jekyll (supuso Utterson), que era un experto en la materia, y las alfombras eran mullidas y de colores agradables. En ese momento, sin embargo, las habitaciones tenían todas las señales de haber sido registradas a fondo recientemente y con prisa; la

ropa estaba tirada en el piso, con los bolsillos hacia afuera; los cajones estaban abiertos; y en el hogar había una pila de cenizas grises, como si se hubieran estado quemando muchos papeles. El inspector desenterró de los rescoldos la matriz de un talonario de cheques verde, que había resistido la acción del fuego; la otra mitad del bastón fue encontrada detrás de la puerta; y como esto confirmaba sus sospechas, el oficial se declaró satisfecho. Una visita al banco, donde se encontraron varios miles de libras depositadas en la cuenta del asesino, completó su gratificación.

—Puede quedarse tranquilo, señor —le dijo a Mr. Utterson—, lo tengo artrapado. Debe de haber perdido la cabeza, si no jamás hubiera dejado el bastón ni hubiera quemado, sobre todo, el talonario de cheques. Porque sin dinero es hombre muerto. No tenemos más que esperar en el banco y publicar la orden de arresto.

Esto último, sin embargo, no era tan fácil de realizar, dado que Mr. Hyde tenía muy pocos conocidos —el mismo amo de la muchacha lo había visto tan sólo dos veces—; su familia no podía ser ubicada; jamás había sido fotografiado, y los pocos que podían describirlo difícilmente notablemente, lo que es común con los testigos espontáneos. Sólo en un punto estaban todos de acuerdo, y era en la sensación recurrente de inexpresable deformidad con que el fugitivo marcaba a todo aquel que lo veía.

El incidente de la carta

Ya estaba bastante avanzada la tarde cuando Mr. Utterson se encontró frente a la puerta de la casa del Dr. Jekyll, donde Poole lo recibió de inmediato y lo condujo, a través de las dependencias de servicio y por un patio que alguna vez había sido jardín, hasta el edificio que se conocía indistintamente como el laboratorio o la sala de disección. El doctor había comprado la casa a los herederos de un famoso cirujano y como sus intereses eran más químicos que anatómicos, había cambiado el destino del inmueble que se levantaba al fondo del jardín. Era la primera vez que el abogado era recibido en esa parte de la vivienda de su amigo; miró con curiosidad la deslucida estructura sin ventanas, y al atravesar la sala de disección, colmada un día de afanosos estudiantes y ahora, solitaria y silenciosa, observó a su alrededor, con una desagradable sensación de extrañeza, las mesas cargadas de aparatos de química, el piso salpicado de embalajes y revuelto por la paja esparcida de los paquetes y la luz que caía débilmente a través de una cúpula brumosa. Al fondo, un tramo de escalera subía hasta una puerta tapizada de paño rojo, detrás de la cual se encontraba el gabinete del doctor, en donde por fin entró Mr. Utterson. Era una amplia habitación, provista de armarios con puertas de cristal, amoblada, entre otras cosas, con un espejo de cuerpo entero y un escritorio, y miraba al patio por tres polvorientos ventanales protegidos por barrotes de hierro. El fuego ardía en el hogar; sobre la repisa de la chimenea, había una lámpara encendida, pues hasta en el interior de las casas la niebla comenzaba a ponerse densa; y allí, junto al calor del fuego, estaba sentado el Dr. Jekyll, con el aspecto de un enfermo que agoniza. No se levantó a recibir a su visitante, pero le extendió una mano fría y lo saludó con voz alterada.

—Y bien —dijo Mr. Utterson en cuanto Poole los dejó a solas—, ¿has escuchado las noticias?

El doctor se estremeció.

—Las estuvieron gritando por la calle —dijo—. Las escuché desde el comedor.

—Una sola cosa —continuó el abogado—, Carew era cliente mío, pero tú también lo eres, y quiero saber qué estoy haciendo. ¿No habrás sido tan loco como para ocultar a ese tipo?

—Utterson, lo juro por Dios —gritó el doctor—, juro por Dios que jamás volveré a ponerle los ojos encima. Te doy mi palabra de honor que ya no tengo nada más que ver con él. Todo llegó a su fin. Y además, tampoco necesita mi ayuda; tú no lo conoces como yo. Está a salvo, completamente a salvo. Recuerda mis palabras, jamás volveremos a saber de él.

El abogado escuchaba sombríamente; no le gustaba su actitud febril.

—Pareces muy seguro de él —dijo—, y por tu bien, espero que tengas razón. Si se inicia un juicio, tu nombre podría aparecer.

—Estoy completamente seguro de él —respondió Jekyll—; tengo motivos para tal certeza que no puedo compartir con nadie. Pero hay algo en lo que puedes aconsejarme. Acabo de..., acabo de recibir una carta, y no sé si debo mostrársela a la policía. Me gustaría dejarlo en tus manos, Utterson; tú juzgarás con mayor prudencia, estoy seguro. Tengo una gran confianza en ti.

—¿Temes acaso que la carta pueda conducir a su pista? —preguntó el abogado.

—No —respondió el doctor—. No puedo decir que me preocupe lo que suceda con Hyde, no tengo nada más que ver con él. Estaba pensando en mi propio renombre, que este odioso asunto ha expuesto notablemente.

Utterson rumió sus palabras durante un instante, estaba sorprendido por el egoísmo de su amigo, aunque al mismo tiempo lo aliviaba. Finalmente dijo:

—Bien, déjame ver la carta.

La carta estaba escrita con una letra rara y ascendente, y firmada por "Edward Hyde". Decía, en resumen, que el benefactor del firmante, Dr. Jekyll, a quien tan ingratamente había retribuido su infinita generosidad, no tenía que inquietarse por su seguridad, pues disponía de medios para escapar en los cuales depositaba su total confianza. Al

abogado le gustó mucho esa carta, que modificaba las características de esa relación de la que tanto había sospechado, y se reprochó muchos de sus anteriores recelos.

—¿Tienes el sobre? —preguntó.

—Lo he quemado —respondió Jekyll—, antes de pensar todo esto. Pero no tenía sello del correo. La carta fue entregada en mano.

—¿Puedo guardármela y pensar en ella mañana? —preguntó Utterson.

—Quiero que decidas todo por mí —fue la respuesta—. Perdí la confianza en mí mismo.

—Bien, lo tendré en cuenta —repuso el abogado—. Y ahora, algo más: ¿fue Hyde quien dictó los términos en tu testamento acerca de tu desaparición?

El doctor pareció sufrir un principio de desvanecimiento. Apretó los labios con firmeza y asintió.

—Lo sabía —dijo Utterson—. Tenía la intención de matarte. Has tenido suerte en escapar.

—He tenido mucho más que eso —respondió el doctor solemnemente—. He recibido una lección. ¡Dios mío, Utterson, qué lección he recibido!

Y por un momento, se cubrió la cara con las manos.

Al salir, el abogado se detuvo e intercambió unas palabras con Poole, a quien preguntó:

—A propósito, hoy han entregado una carta en mano. ¿Qué aspecto tenía el mensajero?

Pero Poole estaba seguro de que nada había llegado sino por correo.

—Y sólo fueron circulares —agregó el mayordomo.

Tales noticias despidieron al visitante con renovados temores. Era evidente que la carta había llegado por la puerta del laboratorio; hasta posiblemente había sido escrita en el gabinete, y de ser así, todo debía ser juzgado de manera diferente, y manejado con la mayor precaución. Cuando salió, los vendedores de diarios gritaban por las calles con la voz ya ronca: "Edición especial. ¡Brutal asesinato de un miembro del Parlamento!". Esa era la oración fúnebre de un amigo y cliente,

Y no pudo impedir el temor de que el buen nombre de otro se viera involucrado en el remolino del escándalo. Debía tomar al menos una decisión delicada y, a pesar de ser un hombre seguro de sí mismo, comenzó a abrigar el deseo de un consejo. No debía pedirlo directamente, pero tal vez, pensó, podía sonsacarlo.

Poco después, estaba sentado en su casa a un lado de la chimenea con Mr. Gwest, su asistente, en el otro, y en el medio, a una distancia bien calculada del fuego, una botella de un selecto vino añejo que había permanecido hasta entonces en la oscuridad del sótano de su casa. La niebla dormía, como de costumbre, volando por encima de la ciudad sumergida, donde las lámparas brillaban como carbúnculos¹⁶; y a través del ensordecimiento y el ahogo de esas nubes caídas, la procesión de la vida en la ciudad seguía fluyendo por las grandes arterias con el sonido de un viento poderoso. Pero la luz del fuego alegraba la habitación. En la botella, los ácidos se hablan descompuesto durante años, el tinte dominante se había suavizado con el tiempo, como se enriquece el color en los vitrales, y el resplandor de las callidas tardes de otoño en las laderas de viñedos estaba listo para ser liberado y dispersar las nieblas de Londres. Imperceptiblemente, el abogado se fue ahogando. No había hombre con quien tuviera menos secretos que con Mr. Gwest, y no siempre estaba seguro de tener tantos como pretendía. Gwest había ido a menudo, por razones de trabajo, a lo del doctor, conocía a Poole; habría sido raro que no se enterara de la familiaridad de Hyde en la casa y podría haber sacado sus conclusiones. ¿No estaría bien, entonces, mostrarle la carta que echaría luz al misterio? Y, sobre todo, dado que Gwest era un gran estudioso y crítico de la grafología, ¿no era natural y necesario dar ese paso? El asistente, por otra parte, era hombre de opinar; difícilmente leería un documento tan extraño sin dejar caer una observación, gracias a la cual Utterson podría definir el futuro curso de las cosas.

—Es lamentable el caso de Sir Danvers —dijo.

—Sí, señor, ya lo creo. Ha tenido una gran repercusión entre la gente —respondió Gwest—. El hombre, por supuesto, estaba loco.

—Me gustaría escuchar tu punto de vista sobre algo relacionado con eso —continuó el abogado—. Tengo aquí un documento manuscrito; debe quedar entre nosotros, pues apenas sé qué hacer al respecto; en el mejor de los casos, no pasa de ser un asunto feo. Pero aquí está, para ti: el autógrafo de un asesino.

Los ojos de Gwest brillaron. Volvió a sentarse inmediatamente y lo estudió con pasión.

—No, señor —dijo—, no es un loco, pero sí una letra extraña. —Y se mire por donde se mire, de un puño muy extraño —agregó el abogado.

En ese preciso instante, entró un sirviente con una nota.

—¿Es del Dr. Jekyll, señor? —preguntó el asistente—. Me ha parecido reconocer la letra. ¿Se trata de algo privado, Mr. Utterson?

—Sólo una invitación a cenar. ¿Por qué? ¿Quieres verla?

—Sí, un momento. Gracias, señor —y el asistente extendió las hojas de papel y comparó sus contenidos detenidamente—. Gracias, señor —dijo por fin, devolviendo ambas—. Es un autógrafo muy interesante. Hubo una pausa, durante la cual Mr. Utterson se debatió consigo mismo.

—¿Por qué las has comparado, Gwest? —preguntó con repentino interés.

—Bien, señor —respondió el asistente—, hay entre ellas un singular parecido; las dos escrituras son en muchos aspectos idénticas, sólo difieren en su inclinación.

—Bastante extraño —dijo Utterson.

—Como usted dice, es bastante extraño —repuso Gwest.

—No convendría que se hablara de esta nota, ¿sabe?

—No, señor —dijo el asistente—. Comprendo.

En cuanto Mr. Utterson se quedó a solas esa noche, guardó la nota en su caja fuerte, de donde no salió desde entonces.

—¿Cómo! —pensó—. ¡Henry Jekyll falsifica cartas en favor del asesino! Y la sangre se le heló en las venas.



El notable incidente del Dr. Lanyon

Pasó el tiempo. Se ofrecieron miles de libras de recompensa, pues la muerte de Sir Danvers fue sentida como una afrenta pública. Pero Mr. Hyde había desaparecido de la vista de la policía, como si jamás hubiera existido. Cierto que se había desenterrado gran parte de su pasado, en todo deshonroso. Circularon relatos acerca de la crueldad de aquel hombre, insensible y violento a la vez, de su vil existencia, de sus extraños compañeros, del odio que parecía haber rodeado su carrera, pero sobre su paradero, ni un susurro. Desde el momento en que abandonó la casa de Soho tras la noche del crimen, tan sólo se había evaporado; gradualmente, con el paso del tiempo, Mr. Utterson comenzaba a recuperarse de su ardiente perturbación y se sentía más tranquilo. La muerte de Sir Danvers estaba más que saldada, a su modo de ver, con la desaparición de Mr. Hyde. Ahora que tan maligna influencia se había alejado, una nueva vida comenzó para el Dr. Jekyll. Salió de su encierro, reanudó las relaciones con sus amigos y volvió a ser, una vez más, el huésped y anfitrión habitual. Y si bien siempre se lo había conocido por su caridad, ahora no se distinguía menos por su devoción. Se ocupaba de su trabajo, pasaba mucho tiempo al aire libre, hacía lo que le sentaba bien. Su rostro parecía abrirse e iluminarse, como poseído por una íntima conciencia de ser útil; y, por más de dos meses, el doctor vivió en paz.

El 8 de enero, Utterson había cenado en lo del doctor con algunos amigos; Lanyon estaba allí, y la mirada del anfitrión se paseaba de uno a otro como en los viejos tiempos, cuando eran un trío de inseparables amigos. El día 12, y de nuevo el día 14, la puerta se cerró en la nariz del abogado. El doctor estaba recluso en su casa, le dijo Poole, y no veía a nadie. El día 15 volvió a intentarlo y se le negó otra vez la entrada; y como se había acostumbrado durante los dos últimos meses a ver a su amigo casi a diario, este retorno de la soledad le pesó en el alma. A la quinta noche, fue a cenar a lo de Guest; y a la sexta, se dirigió a lo del Dr. Lanyon.

Allí, al menos, no se le negó la entrada; pero cuando ingresó, se impresionó ante el cambio que había tenido lugar en el aspecto del doctor. Llevaba escrita en el rostro, con toda legibilidad, su sentencia de muerte. El hombre rozagante se había vuelto pálido; su cuerpo estaba derrumbado; se hallaba visiblemente más calvo y más viejo. Y sin embargo, no eran tanto esos síntomas de precipitada decadencia física los que llamaron la atención del abogado, sino cierto modo de mirar y una forma de comportarse que parecían dar cuenta de algún profundo terror fijado en su mente. Era poco probable que el doctor temiera a la muerte; así y todo, eso era lo que Mr. Utterson sospechó.

—Sí—pensó—. Es médico, debe conocer su propia situación, saber que tiene los días contados, y esta certeza es más de lo que puede soportar.

Y cuando Utterson hizo una observación sobre su mal aspecto, Lanyon, dando prueba de una gran firmeza, declaró que se tenía por desahuciado.

—He sufrido un golpe—dijo—, y jamás me recuperaré. Es cuestión de semanas. Bueno, la vida ha sido agradable; la disfruté. Sí, señor, la disfruté plenamente. A veces pienso que si supiéramos todo, estaríamos más felices de partir.

—Jekyll está enfermo también—observó Utterson—. ¿Lo has visto? Pero con el rostro demudado, Lanyon alzó una mano temblorosa.

—No quiero ver ni escuchar nada más del Dr. Jekyll—dijo, con una voz débil y vacilante—. No tengo nada más que ver con esa persona, y te ruego que me evites toda alusión a alguien que, para mí, está muerto.

—¡Vaya!—dijo Mr. Utterson, y luego agregó, tras una pausa considerable—: ¿Puedo hacer algo? Los tres somos muy viejos amigos, Lanyon, no viviremos para hacer otros.

—No se puede hacer nada—contestó Lanyon—. Pregúntale a él mismo.

—No desea verme—dijo el abogado.

—Eso no me sorprende—fue la respuesta—. Algún día, Utterson, después de mi muerte, tal vez llegues a saber las razones de esto. No puedo decírtelo. Y mientras tanto, si puedes sentarte y conversar conmigo de otras cosas, por el amor de Dios, quédate y hazlo; pero si

Adentro había otro sobre, igualmente sellado, en cuya cubierta estaba escrito que "no debe abrirse hasta la muerte o desaparición del Dr. Henry Jekyll". Utterson no podía dar crédito a sus ojos. Sí, decía "desaparición"; otra vez aquí, como en el loco testamento que había devuelto hacía tiempo a su autor, otra vez aquí, se encontraban unidos la idea de desaparición y el nombre de Henry Jekyll. Pero en el testamento, la idea había nacido por la siniestra sugerión del tal Hyde, presentada con un propósito evidente y horrible. Escrita por la mano de Lanyon, ¿qué podía significar? Una gran curiosidad se apoderó del abogado por desoir la prohibición y penetrar de una vez por todas en el fondo de esos misterios. Pero el honor profesional y la lealtad a su amigo muerto eran obligaciones rígorosas, y el paquete pasó la noche en el más recóndito rincón de la caja fuerte.

Una cosa es mortificar la curiosidad y otra, vencerla; y es de dudarse si después de ese día Utterson desedó la compañía de su amigo sobreviviente con la misma impaciencia. Pensaba en él con cariño, pero sus pensamientos estaban cargados de sobresaltos y temores. Fue a visitarlo, pero se sintió tal vez aliviado cuando le negaron la entrada; quizás, en el fondo de su corazón, deseara hablar con Poole en el umbral, rodeado del aire y los sonidos de la ciudad, antes que entrar en aquella casa de clausura voluntaria, y sentarse a hablar con su inescrutable recluso. Poole, desde luego, no tenía muy buenas noticias para comunicarle. El doctor, aparentemente, estaba confiado ahora más que nunca en su gabinete del laboratorio, donde incluso a veces dormía. Estaba desanimado, se había vuelto muy silencioso, no leta; parecía estar obsesionado con algo. Utterson se acostumbró tanto al carácter invariable de esos reportes, que disminuyó, poco a poco, la frecuencia de sus visitas.

no puedes librarle de ese maldito asunto, entonces, por Dios, vete, porque no puedo soportarlo.

Tan pronto como estuvo en casa, Utterson se sentó y le escribió a Jekyll para quejarse de su exclusión y preguntarle la causa de su triste ruptura con Lanyon. Y el día siguiente le trajo una larga respuesta, plagada de expresiones patéticas y, por momentos, oscuramente misteriosas y equívocas. La desavenencia con Lanyon no tenía remedio. "No culpo a nuestro amigo", escribió Jekyll, "pero comparto su decisión de no vernos más. Tengo la intención, en lo sucesivo, de llevar una vida de total reclusión; no debes sorprenderme, ni debes dudar de mi amistad, si mi puerta está cerrada incluso para ti. Debes tolerar que tome solo mi oscuro camino. He atraido sobre mí un castigo y un peligro a los que no puedo dar nombre. Si soy el primero entre los pecadores, soy también el primero entre los que sufren. No pude imaginar que esta tierra tuviera un lugar para sufrimientos y terrores tan devastadores; y no puedes sino hacer una cosa, Utterson, para aliviar este destino, y es respetar mi silencio". Utterson se quedó estupefacto. La sombra influencia de Hyde se había retirado, el doctor había vuelto a sus antiguas tareas y amistades; una semana atrás, la perspectiva de una vez placentera y honorable le había sonreído con cada promesa. Y ahora, en un instante, la amistad, la paz del espíritu y el curso completo de su vida naufragaban. Un cambio tan grande y repentino tenía visos de locura pero, según la actitud y las palabras de Lanyon, debía residir en alguna causa más profunda.

Una semana más tarde, el doctor Lanyon yacía en su cama, y en menos de quince días, murió. La noche después del funeral, durante el cual se había sentido tristemente afectado, Utterson cerró con llave la puerta de su escritorio y, sentado a la luz de una melancólica vela, sacó y puso ante sí un sobre escrito y sellado por su difunto amigo. "Privado: Para entregar a J. G. UTTERSON solamente, y en caso de que muera antes que yo, debe ser destruido sin ser leído". Así estaba, enfáticamente sobrescrito; y el abogado sintió terror ante la idea de mirar su contenido.

"He enterado a un amigo", pensaba "¿Me costará otro esto?"

Y luego juzgó su temor como una deslealtad y rompió el sello.

El incidente en la ventana

Sucedió que un domingo en que Mr. Utterson daba su paseo habitual con Mr. Enfield, el recorrido los condujo una vez más hacia la callejuela; y al llegar frente a la puerta, ambos se detuvieron para observarla.

—Bueno —dijo Enfield—, esta historia por fin se terminó. No volveremos a ver a Mr. Hyde.

—Espero que no —dijo Utterson—. ¿Te he contado que una vez lo vi y tuve el mismo sentimiento de repulsión que tú?

—Era imposible lo uno sin lo otro —contestó Enfield—. Y a propósito, debiste de haber pensado que soy un tonto, ¡porque no me había dado cuenta de que esta era la puerta trasera de la casa del Dr. Jekyll! Fue, en parte, por tu culpa como lo descubrí, cuando me pude dar cuenta.

—¿Así que lo descubriste? —preguntó Utterson—. Siendo así, podemos entrar hasta el patio y echar una mirada a las ventanas. Para decirte la verdad, estoy preocupado por el pobre Jekyll; y aun desde afuera creo que la presencia de un amigo podría hacerle bien.

El patio estaba muy frío y húmedo, sumergido en las luces del ocaso, aunque el cielo, sobre sus cabezas, todavía brillaba con el atardecer. De las tres ventanas, la del medio estaba entreabierta, y sentado junto a ella, tomando aire con cara de infinita tristeza, como un prisionero desconsolado, Utterson vio al Dr. Jekyll.

—¡Eh, Jekyll! —gritó—. Espero que te encuentres mejor.

—Estoy muy abatido, Utterson —contestó el doctor, melancólicamente—, muy abatido. No durará mucho, gracias a Dios.

—Pasas demasiado tiempo encerrado —dijo el abogado—. Deberías salir a estimular la circulación, como Mr. Enfield y yo. (Este es mi primo: Mr. Enfield, Dr. Jekyll). Vamos, toma tu sombrero y ven a dar una vuelta con nosotros.

—Eres muy bueno —respondió el otro, suspirando—. Me gustaría mucho, pero no, no, no, es absolutamente imposible; no me atrevo.

Pero por cierto, Utterson, estoy muy contento de verte: es en verdad un gran placer. Los invitaría a subir, pero realmente el lugar no se encuentra en condiciones.

—Pues entonces —dijo el abogado—, lo mejor que podemos hacer es quedarnos aquí abajo y conversar contigo desde donde estás.

—Era justamente lo que estaba a punto de proponerles —respondió el doctor con una sonrisa. Pero apenas había pronunciado estas palabras, la sonrisa se transformó en una mueca, a la que siguió tal expresión de terror abyecto y desesperación, que les heló la sangre a los dos hombres de abajo. Fue una visión fugaz, pues la ventana se había cerrado instantáneamente, pero eso les había bastado. Se dieron vuelta y abandonaron el patio sin una palabra. En silencio, atravesaron la calle, y no fue sino cuando llegaron a una calle vecina, donde incluso los domingos había algún movimiento, que Mr. Utterson por fin se volvió y miró a su compañero. Ambos estaban pálidos, y había una certera mirada de horror en sus ojos.

—Que Dios nos ayude, que Dios nos ayude —dijo Utterson.

Mr. Enfield sólo inclinó la cabeza con gravedad y siguió caminando en silencio.

Mr. Utterson estaba sentado junto al fuego una noche, después de cenar, cuando lo sorprendió la visita de Poole.

—¡Caramba, Poole! ¿Qué te trae por aquí?—exclamó, y luego, mirándolo bien, agregó: ¿Qué te ocurre? El doctor está enfermo?

—Mr. Utterson —dijo el hombre—, hay algo que anda mal.

—Toma asiento, y aquí tienes una copa de vino —dijo el abogado—. Ahora, tómate el tiempo que necesites y cuéntame abiertamente lo que quieras.

—Usted sabe cómo es el doctor, señor —contestó Poole—, y cómo se encierra en sí mismo. Bien, se ha vuelto a recluir en su gabinete, y no me gusta nada, señor, cualquier cosa antes que eso. Tengo miedo, Mr. Utterson.

—Ahora bien, buen hombre —dijo el abogado—, sé más explícito. ¿De qué tienes miedo?

—Tengo miedo desde hace casi una semana —respondió Poole con obsesión, pasando por alto la pregunta—, y ya no puedo soportarlo. El aspecto del hombre corroboraba ampliamente sus palabras, su comportamiento estaba alterado y, salvo en el momento en que declaró su terror, no volvió a mirar al abogado a la cara. Se sentó con el vaso de vino intacto sobre las rodillas, y sus ojos apuntaron a un rincón del suelo.

—Ya no puedo soportarlo.

—Vamos —dijo el abogado—, veo que tienes buenas razones, Poole, veo que se trata de algo seriamente delicado. Intenta decirme qué es.

—Creo que allí ha habido algo sucio —dijo Poole, con voz ronca.

—¡Algo sucio! —exclamó el abogado, muy asustado y con cierta irritación—. ¿Qué cosa sucia? ¿Qué quieres decir?

—No me atrevo a decirlo, señor —fue la respuesta—, pero quiere vernir conmigo y verlo con sus propios ojos?

Por toda respuesta, Mr. Utterson se levantó y agarró su sombrero y su abrigo; pero observó con asombro la expresión de alivio que se

dibujó en el rostro del mayordomo y, quizás con no menor asombro, la copa de vino intacta que dejó para seguirlo.

Era una noche borrascosa y fría, típica de marzo, con una luna pálida, recostada sobre sus espaldas, como si el viento la hubiera volcado, y una neblina flotante de la más diáfana y tersa textura. El viento difí-cultaba la conversación y enrojecía los rostros. Parecía, además, haber barrido las calles raramente vacías de transeúntes, porque Mr. Utterson pensó que nunca había visto esa parte de Londres tan desierta. Hubiera deseado que no fuera así, nunca en su vida había sentido un deseo tan intenso de ver y tocar a sus semejantes, pues, por más que luchara, pesaba en su mente un agobiante presentimiento de desgracia. La plaza, cuando llegaron, estaba invadida por el viento y el polvo, y los delgados árboles del jardín se sacudían a lo largo de la reja. Poole, que se había mantenido durante todo el camino un paso o dos por delante, se detuvo ahora en el medio de la acera, y a pesar del frío penetrante, se sacó el sombrero y se enjugó la frente con un pañuelo rojo. Pero a pesar del apuro de la caminata, no se secaba las gotas que brotaban por el esfuerzo, sino el sudor de una angustia asfixiante. Su rostro estaba blanco, y su voz, cuando habló, áspera y quebrada.

—Bien, señor —dijo—, aquí estamos, y quiera Dios que no haya pasado nada malo.

—Que así sea, Poole —dijo el abogado.

Con esto, el sirviente golpeó a la puerta de un modo muy cuidadoso; la puerta se abrió trabada por la cadena, y una voz preguntó desde adentro:

—¿Eres tú, Poole?

—Sí, soy yo —respondió Poole—. Abreme la puerta.

Cuando entraron, el salón estaba brillantemente iluminado, el fuego ardía con altas llamas y, alrededor de la chimenea, toda la servidumbre, hombres y mujeres, se encontraba agrupada como un rebano de ovejas. Al ver a Mr. Utterson, la doncella rompió en un lloriqueo histérico, y la cocinera corrió hacia él como si quisiera abrazarlo, gritando:



—¡Gracias a Dios! Es Mr. Utterson.
—¿Qué pasa? ¿Qué hacen todos aquí? —preguntó el abogado, de malhumor—. Muy inadecuado, muy impropio. Su amo va a disgustarse mucho.

—Tienen miedo —dijo Poole.
Siguió un silencio total, nadie protestó; sólo la doncella alzó la voz y se puso a llorar a gritos.

—¡Cierra la boca! —le dijo Poole, con un tono feroz que revelaba sus nervios crispados; y lo cierto es que cuando la muchacha elevó tan súbitamente el tono de su lamentación, todos se movieron y dieron la vuelta hacia la puerta del fondo con rostros de terrorífica ansiedad.

—Y, ahora —continuó el mayordomo, dirigiéndose al ayudante de cocina—, alcánzame una vela, que tomaremos el toro por las astas.

Luego le pidió a Mr. Utterson que lo siguiera y enfiló hacia el jardín de atrás.

—Ahora, señor —dijo—, camine lo más silenciosamente posible. Quiero que usted escuche, pero no que lo escuchen a usted. Y mire, señor, si por casualidad le piden que pase, no lo haga.

Los nervios de Mr. Utterson, ante esa inesperada conclusión, dieron un salto que casi le hizo perder el equilibrio. Pero juntó coraje y siguió al mayordomo al laboratorio, donde atravesaron la sala de disección, con su amontonamiento de embalajes y botellas, hasta el pie de la escalera. Una vez allí, Poole le indicó con un gesto que se quedara a un lado y escuchara, mientras él, tras apoyar la vela en el piso y armarse de valor, subía uno a uno los escalones y golpeaba con una mano insegura sobre el paño rojo del gabinete del doctor.

—Mr. Utterson desea verlo, señor —anunció y al mismo tiempo hacía señas más marcadas al abogado para que escuchara.

Una voz quejosa respondió desde el interior:

—Dígale que no puedo ver a nadie.

—Gracias, señor —dijo Poole, con un tono de cierto triunfo en la voz, y levantando su vela, condujo a Mr. Utterson de vuelta a través

del patio hasta la gran cocina, donde el fuego estaba apagado y las cucarachas corrían por el piso.

—Señor —dijo, mirando a Mr. Utterson a los ojos—, ¿esa era la voz de mi amo?

—Parece muy cambiada —contestó el abogado, muy pálido, pero sosteniendo la mirada.

—¿Cambiada? Sí, claro, ya lo creo —dijo el mayordomo—. ¿He pasado veinte años en la casa de este hombre para confundirme su voz? No, señor, a mi amo se lo llevaron; se lo llevaron hace ocho días, cuando lo oímos gritar invocando el nombre de Dios. ¡Y quién está allí en vez de él, y por qué permanece allí, es algo que clama al cielo, Mr. Utterson!

—Es una historia muy extraña, Poole. O más bien parece una historia sin pies ni cabeza —dijo Mr. Utterson, mordiéndose el dedo—. Supongamos que es como tú dices, admitiendo que el Dr. Jekyll ha sido... bueno, asesinado, ¿qué llevaría al asesino a quedarse? Esto no se sostiene, no es razonable.

—Bien, Mr. Utterson, es usted un hombre difícil de convencer, pero lo haré ya mismo —dijo Poole—. Durante esta última semana (debe saberlo), él, o eso, o quienquiera que viva en ese gabinete, ha estado gritando día y noche por una medicina que no pudimos encontrar tal como él desea. A veces acostumbraba —me refiero a mi amo— a escribir sus órdenes en hojas de papel y a arrojarlas por la escalera. No tuvimos nada más la semana pasada; nada, sino papeles, y una puerta cerrada, y las comidas que dejábamos allí para que él pudiera meterlas adentro cuando nadie estuviera mirando. Bueno, señor, cada día, ay, y dos y tres veces en el día, había órdenes y quejas, y yo iba volando a cuanta droguería existe en Londres. Cada vez que traía la droga, había otro papel diciendo que la devolviera, porque no era pura, y una nueva orden para ir a una botica diferente. Necesita esa droga con urgencia, ¡Dios sabrá para qué!

—¿Tienes alguno de esos papeles?

Poole palpó su bolsillo y sacó una nota arrugada que el abogado, acercándose a la vela, examinó cuidadosamente. Su contenido decía:

"El Dr. Jekyll saluda a los señores Maw. Les asegura que su última remesa es impura e inutilizable para su actual propósito. En 18..., el Dr. J. compró una gran cantidad a los señores M. Les ruega ahora que busquen con el cuidado más diligente, por si quedara algo de la misma calidad, y se la envíen de inmediato, sin reparar en gastos. La importancia de esto para el Dr. Jekyll difícilmente podría exagerarse". Hasta aquí la carta estaba bastante bien redactada, pero luego, con un súbito garabato de la pluma, las emociones del escritor se habían desatado. "¡Por el amor de Dios!", agregó, "consíganme algo de la primera remesa".

—Es una nota extraña —dijo Mr. Utterson. Y luego preguntó, inquisitivo—: ¿Cómo es que la tenías abierta?

—El vendedor de lo de Maw se enfureció, señor, y me la tiró como si fuera basura —respondió Poole.

—No cabe duda de que es la letra del doctor, ¿sabes? —continuó el abogado.

—Creo que se parece —dijo el sirviente, algo molesto; y luego, con otra voz, agregó—: ¡Pero qué importa la letra, yo lo he visto!

—¿Lo has visto? —repitió Utterson—. ¿Y bien?

—Así es —dijo Poole—. Ocurrió lo siguiente. Entré de repente a la sala de disección desde el jardín. Parece que él había salido rápidamente a buscar su droga o lo que fuera, pues la puerta del gabinete estaba abierta, y él se encontraba allí al fondo de la habitación hurgando entre los cestos. Alzó la mirada cuando entré, dio algo así como un grito, y se lanzó escaleras arriba hacia el gabinete. No lo vi sino por un minuto, pero se me erizó el pelo. Señor, si ese era mi amo, ¿por qué llevaba una máscara sobre el rostro? Si ese era mi amo, ¿por qué chilló como una rara y escapó de mí? He estado a su servicio durante mucho tiempo. Y entonces...

El hombre hizo una pausa y se pasó la mano por el rostro.

—Todos estos son hechos muy extraños —dijo Mr. Utterson—, pero creo que empiezo a ver un poco más claro. Tu amo, Poole, evidentemente padece una de esas enfermedades que torturan y deforman al que las sufre; de ahí, por lo que sé, la alteración de su voz; de ahí, la



máscara y la prevención de no ver a sus amigos; de ahí, la impaciencia por encontrar esa droga, por medio de la cual su pobre alma conserva alguna esperanza de recuperación final... ¡Dios quiera que no se esté engañando! Esta es mi explicación. Es muy triste, Poole, ay, y pensar lo causa consternación, pero es evidente y natural, se ajusta a los hechos, y nos libera de toda alarima excesiva.

—Señor —dijo el mayordomo, cobrando una palidez de mármol—, esa cosa no era mi amo, y esa es la verdad. Mi amo —comenzó a susurrar, mirando a su alrededor— es un hombre alto, de silueta fina, y eso era más bien un enano.

Utterson quiso intervenir.

—¡Oh, señor! —exclamó Poole—. Piensa que no conozco a mi amo después de veinte años? Piensa que no sé dónde le llega la cabeza en la puerta del gabinete, donde lo vi cada mañana de mi vida? No, señor, esa cosa de la máscara no fue nunca el doctor Jekyll. Dios sabrá qué es, pero no fue nunca el doctor Jekyll. Y tengo la razonada de que aquí se ha cometido un crimen.

—Poole —respondió el abogado—, si afirmas eso, es mi deber asegurarme. Por más que desee respetar los sentimientos de tu amo, por más desconcertado que esté por esa nota, que parece probar que él todavía está vivo, considero que mi deber es tirar abajo esa puerta.

—¡Ah, Mr. Utterson, eso es hablar! —exclamó el mayordomo. —Y ahora, viene la segunda cuestión —dijo Utterson—. ¿Quién va a hacerlo?

—¿Cómo? Usted y yo —fue la intrepida respuesta.

—¡Muy bien dicho! —contestó el abogado—. Y pase lo que pase, yo me encargaré de que tú no salgas perdiendo.

—Hay un hacha en la sala de disección —continuó Poole—, y usted podría tomar el atizador¹⁷.

El abogado tomó aquel rudo pero pesado instrumento en sus manos y lo balanceó.

¹⁷ El atizador es un utensilio de hierro de punta aguda que se emplea para avivar el fuego en las chimeneas.



—¿Sabes, Poole —dijo, levantando la mirada—, que tú y yo estamos a punto de ponernos en una situación de cierto peligro?

—Seguro, señor, claro —respondió el mayordomo.

—Sería bueno, entonces, que seamos francos —dijo el otro—. Ambos pensamos más de lo que hemos dicho, confesemos todo. Esa figura enmascarada que viste, ¿la has reconocido?

—Bueno, señor, fue todo tan rápido y la criatura estaba tan doblada sobre sí misma, que difícilmente podría asegurarlo —fue la respuesta—. Pero si lo que intenta preguntarme es si era Mr. Hyde, bien, sí, ¡creo que era él! Sabe, tenía mucho de su tamaño, y tenía el mismo modo rápido y ligero de andar. Y aparte, ¿quién más habría podido entrar por la puerta del laboratorio? Usted no debe haber olvidado, señor, que en el momento del asesinato él todavía tenía la llave. Pero eso no es todo. No sé, Mr. Utterson, si usted se encontró en alguna ocasión con ese Mr. Hyde.

—Sí —dijo el abogado—, hablé con él una vez.

—Entonces, debe saber tan bien como todos nosotros que había algo raro en ese caballero, algo perturbador, no sé exactamente cómo decirlo, señor, sino así: se sentía en la médula algo frío y punzante.

—Yo mismo sentí algo como lo que describes —dijo Mr. Utterson.

—Así es, señor —continuó Poole—. Bueno, cuando esa cosa enmascarada saltó por entre los aparatos de química y se deslizó dentro del gabinete, sentí como hielo en los huesos. Oh, sé que no es una evidencia, Mr. Utterson; soy bastante ignorante, pero un hombre tiene sus sentimientos, ¡y le juro por la Biblia que era Mr. Hyde!

—Ay, ay —dijo el abogado—. Mis temores se inclinan hacia el mismo punto. El mal, que tarde o temprano iba a llegar, me temo, está en el origen de este vínculo. Ay, en verdad te creo, creo que el pobre Henry ha sido asesinado, y creo que su asesino (con qué propósito, sólo Dios puede decirlo) todavía está oculto en la habitación de su víctima. Bien, seamos sus vengadores. Llama a Bradshaw.

El criado acudió al llamado, blanco y nervioso.

—Domínate, Bradshaw —dijo el abogado—. Sé que este suspenso está sugestionando a todos ustedes, pero ahora tenemos la intención de

acabar con esto. Poole, aquí, y yo, vamos a entrar en el gabinete por la fuerza. Si todo está bien allí dentro, yo me haré responsable. Mientras tanto, por si algo sale realmente mal, o algún malhechor intenta escapar por atrás, tú y el muchacho deben ir a la vuelta de la esquina con un par de buenos palos y apostarse en la puerta del laboratorio. Les damos diez minutos para llegar a su puesto.

Cuando Bradshaw se fue, el abogado miró su reloj.

—Y ahora, Poole, a lo nuestro —dijo.

Y tomando el atizador bajo el brazo, se dirigió hacia el patio. La neblina se había acumulado sobre la luna, y la oscuridad era completa. El viento, que apenas soplaba en ráfagas y se colaba dentro de ese profundo pozo del edificio, agitaba la luz de la vela al paso de los hombres, hasta que estuvieron al resguardo en la sala de disección, donde se sentaron a esperar en silencio. Londres murmuraba solemnemente a su alrededor, pero muy cerca de ellos, la tranquilidad solo se interrumpía por el ruido de pasos que iban y venían a lo largo del piso del gabinete.

—Así camina todo el día, señor —susurró Poole—, ay, y la mayor parte de la noche. Sólo cuando una nueva muestra llega de lo del químico se produce una pausa. ¡Ah, qué conciencia perversa debe de tener un enemigo así para quedarse! ¡Ah, señor, hay sangre vilmente derramada en cada uno de sus pasos! Pero preste atención nuevamente, un poco más cerca..., escuche con el corazón, Mr. Utterson, y dígame, ¿estos son los pasos del doctor?

Las pisadas se marcaban de un modo ligero y extraño, con cierto ímpetu, a pesar de que anduvieran tan lentamente; eran en verdad diferentes del paso firme y seguro de Henry Jekyll. Utterson suspiró.

—¿Hay algo más? —preguntó.

Poole asintió con la cabeza.

—Una vez —dijo—. ¡Una vez lo escuché llorar!

—¿Llorar? ¿Cómo? —preguntó el abogado, sintiendo un súbito estremecimiento de horror.

—Llorar como una mujer o un alma perdida—dijo el mayordomo—. Me fui con ese peso en el corazón, hasta tal punto que también yo me

habría puesto a llorar.
Pero entonces los diez minutos llegaron a su fin. Poole desenterró el hacha de debajo de un montón de paja; colocaron la vela encima de la mesa más próxima para que los iluminara durante el ataque y, contentiendo la respiración, se acercaron al lugar donde los tenaces pasos seguían yendo y viniendo, yendo y viniendo, en la quietud de la noche.

—Jekyll—exclamó Utterson, alzando la voz—, quiero verte.

Se detuvo un momento, pero no obtuvo respuesta.

—Te hago una advertencia leal. Se han despertado nuestras sospechas, debo verte y te veré—concluyó—. Si no es por las buenas, será por las malas. ¡Si no es con tu consentimiento, será entonces por la fuerza!

—Utterson—dijo la voz—; ¡por el amor de Dios, ten compasión!

—¡Ah, esa no es la voz de Jekyll, es la de Hyde!—gritó Utterson—.

!Abajo con la puerta, Poole!

Poole blandió el hacha sobre su hombro. El golpe sacudió el edificio, y la puerta tapizada de rojo saltó sobre sus goznes. Un alarido desconsoledado, como de puro terror animal, resonó desde el gabinete.

Volvió a alzarse el hacha, y otra vez los paneles se hicieron pedazos y el marco dio un salto. Cuatro veces golpeó el hacha, pero la madera era resistente y los herrajes, de excelente fragua; y no fue sino hasta el quinto golpe que la puerta se partió en dos, y uno de los pedazos cayó del lado de adentro, sobre la alfombra.

Los sitiadores, asustados por su propio estrepito y por la calma que siguió, retrocedieron un poco y fijaron la mirada en el interior. Allí estaba el gabinete ante sus ojos bajo la quicera luz de la lámpara, un buen fuego arda y crepitaba en la chimenea, la tetera cantaba su suave acorde, había un cajón o dos abiertos, papeles prolijamente dispuestos sobre el escritorio y, cerca del fuego, la mesa puesta para el té. Se hubiera dicho que era una habitación de lo más tranquila y salvo por aquella vitrina repleta de productos químicos, parecía el lugar más normal esa noche en Londres.

Justo en el medio yacía el cuerpo de un hombre, dolorosamente contraído, que todavía se sacudía. Se acercaron en puntas de pie, lo dieron vuelta y vieron el rostro de Edward Hyde. Estaba vestido con ropa demasiado grande para él, ropa del talle del doctor; los músculos de su cara aún se movían con una apariencia de vida, pero la vida ya lo había dejado; y por el frasco que tenía apretado en la mano y el fuerte olor a almidón que colgaba del aire, Utterson supo que estaba viendo el cuerpo de un suicida.

—Hemos llegado demasiado tarde—dijo con firmeza—, para salvar o castigar. Hyde se ha ido por su propia cuenta, y sólo nos queda encontrar el cuerpo de tu amo.

La mayor parte del edificio estaba ocupada por la sala de disección, que llenaba casi la totalidad de la planta baja y estaba iluminada desde arriba y, el resto, por el gabinete, que formaba una segunda planta al fondo y tenía vista al patio. Un corredor unía la sala con la puerta del callejón, con el que a su vez el gabinete estaba comunicado independientemente por un segundo tramo de escaleras. Había además algunos cuartos oscuros y un espacioso sótano, que registraron minuciosamente. Para cada cuarto bastó una mirada, pues todos estaban vacíos, y, por el polvo que cayó de las puertas, habían permanecido mucho tiempo cerrados. El sótano, sin embargo, estaba lleno de insólitos trastos viejos, la mayor parte de la época del cirujano predecesor de Jekyll; pero en cuanto abrieron la puerta y vieron caer una perfecta telaraña, que había sellado la entrada durante años, se convencieron de lo inútil que era seguir buscando. No había ningún rastro de Henry Jekyll, ni muerto ni vivo.

Poole golpeó con el pie las baldosas del corredor.

—Debe de estar enterrado aquí—dijo, escuchando atentamente el sonido.

—O pudo haber escapado—dijo Utterson y fue a examinar la puerta del callejón. Estaba cerrada y, tirada cerca de allí, sobre las baldosas, encontraron la llave ya oxidada.

—Esto no parece que pueda usarse—observó el abogado.

—¡Usarse! —repitió Poole—. ¿No ve que está rota, como si un hombre la hubiera pisado?

—Ay —continuó Utterson—, y los bordes también están oxidados. Los dos hombres se miraron fijamente.

—Esto me supera, Poole —dijo el abogado—. Regresemos al gabinete. Subieron la escalera en silencio y, lanzando una que otra mirada cargada de espanto al cadáver, procedieron a examinar con mayor detalle los contenidos del gabinete. En una mesa, había restos de sustancias químicas, varias medidas de una especie de sal blanca puestas en platillos de cristal, como para un experimento durante el cual el desgraciado hombre habría sido interrumpido.

—Esta es la misma droga que yo siempre le traía —dijo Poole, mientras el agua que hervía en la tetera se derramaba con un ruido alarmante.

Esto los llevó a la chimenea, donde el sillón estaba arrimado al fuego y el servicio de té, dispuesto al alcance de quien se sentara ante él, con el azúcar en la taza. Había varios libros sobre el estante y uno, abierto, junto al servicio de té, que Utterson reconoció, no sin asombro, como el ejemplar de una obra piadosa por la que Jekyll había expresado, en muchas ocasiones, una gran estima, y que ahora tenía anotaciones de su propia mano terriblemente blasfemas.

Luego, en el curso del registro de la habitación, los investigadores llegaron al espejo de cuerpo entero, cuyo abismo miraron con involuntario horror. Pero estaba inclinado de modo tal que no reflejaba sino el rosado resplandor que jugaba en el cielo raso, el fuego que refulgía en cientos de repeticiones a lo largo de los cristales de los armarios, y sus propios rostros, pálidos y temerosos, que se detenían para mirarse en él.

—Este espejo ha visto cosas extrañas, señor —murmuró Poole.

—Y seguramente ninguna más extraña que él mismo —dijo el abogado en el mismo tono—. ¿Para qué Jekyll... —se detuvo ante esta palabra con un sobresalto y luego, venciendo su debilidad, continuó— ... para qué podía quererlo?

—¡Tiene razón!

Luego, volvieron al escritorio. Allí, entre los papeles prolijamente ordenados, se destacaba un gran sobre, en el que se leía, con letra del doctor, el nombre de Mr. Utterson. El abogado lo abrió, y varios pliegos cayeron al suelo. El primero era un testamento, escrito en los mismos términos excéntricos de aquel que él le había devuelto seis meses atrás, para que sirviera en caso de muerte y como acta de donación en caso de desaparición. Pero en lugar del nombre de Edward Hyde, el abogado, con indescriptible asombro, leyó el nombre de Gabriel John Utterson. Miró a Poole, luego al papel, y por último al malhechor muerto tendido sobre la alfombra.

—La cabeza me da vueltas —dijo—. Él ha pasado todos estos días como amo y señor; no tiene motivos para quererme; se debe de haber enfurecido al verse desplazado, y no ha destruido este documento.

Tomó el siguiente papel; era una nota breve escrita con la letra del doctor y fechada arriba.

—¡Oh, Poole! —exclamó el abogado—. Hoy estaba vivo y aquí. ¡No pueden haberlo hecho desaparecer en tan poco tiempo, aún debe de estar vivo, debe de haber escapado! Y entonces, ¿por qué escapado? ¿Y cómo? Y en tal caso, ¿podemos aventurarnos a afirmar que esto sea un suicidio? Oh, debemos ser prudentes. Me temo que estemos por involucrar a tu amo en una catástrofe fatal.

—¿Por qué no la lee, señor? —preguntó Poole.

—Porque tengo miedo —respondió el abogado con gravedad—. ¡Quiera Dios que no tenga motivos para ello! Y luego acercó el papel a sus ojos y leyó lo que sigue:

El relato del Dr. Lanyon

El 9 de enero, hoy hace cuatro días, recibí con el correo de la tarde un sobre certificado de mi colega y viejo compañero de estudios, Henry Jekyll. Fue una gran sorpresa para mí, pues no teníamos en absoluto la costumbre de escribirnos; yo lo había visto, y hasta había cenado con él la noche anterior. No podía imaginar nada desde entonces que justificara la formalidad de la correspondencia certificada. Sus contenidos acrecentaron mi asombro, pues la carta decía así:

10 de diciembre de 18...

Querido Lanyon:

Eres uno de mis más viejos amigos, y aunque en ocasiones hemos disentido sobre cuestiones científicas, no puedo recordar, al menos de mi parte, ningún quiebre en nuestro afecto. No ha habido día en que, si me hubieras dicho "Jekyll, mi vida, mi honor, mi razón dependen de ti", no hubiera sacrificado todo para ayudarte. Lanyon, mi vida, mi honor, mi razón, están a tu merced; si me fallas esta noche, estoy perdido. Debes de suponer, después de esta introducción, que voy a pedirte algo deshonroso de conceder. Juzgalo por ti mismo. Quiero que postergues cualquier otro compromiso para esta noche, ay, incluso si te llamaran al lecho de un emperador, que tomes esta carta en la mano para consultar, te dirijas a mi casa, y que con un coche, a menos que el tuyo esté en la puerta de tu casa, y que con mayor dorno, ha recibido órdenes: lo encontrarás esperando tu llegada con un cerrajero. La puerta de mi gabinete debe ser forzada, y luego entrarás solo. Quiero que abras la vitrina de la izquierda (letra F), rompiendo la cerradura de ser necesario, y saca, con todo su contenido tal cual está, el cuarto cajón contando desde arriba o (lo que es igual) el tercero desde abajo. En la extrema angustia de mi mente, siento el morbido temor de estar dándote indicaciones equivocadas; pero si llegara a caer en un error, puedes reconocer el cajón correcto

Mi querido Utterson:
Cuando esto caiga en tus manos, yo habré desaparecido, en que circunstancias no puedo preverlo; pero mi instinto y todas las eventualidades de mi infame situación me señalan que el fin es seguro y debe ser pronto. Vé entonces, y lee primero el relato que Lanyon me advirtió haber puesto en tus manos; y si quieres saber más, sigue con la confesión de tu indigno y desgraciado amigo,

Henry Jekyll.

—Había otro pliego? —preguntó Utterson.
—Aquí está, señor —dijo Poole, y le entregó un considerable paquete sellado en varios lados.
El abogado se lo guardó en el bolsillo.
—No diré nada acerca de este papel. Si tu amo ha desaparecido o está muerto, podemos al menos salvar su nombre. Ahora son las diez; debo ir a casa y leer estos documentos en paz. Pero regresaré antes de la medianoche, y entonces avisaremos a la policía.
Salieron y cerraron con llave la puerta del laboratorio; y Utterson, tras dejar una vez más a los sirvientes reunidos junto a la chimenea del salón, caminó penosamente hasta su oficina para leer los dos relatos con los cuales este misterio habría de ser explicado.

por sus contenidos, unos polvos, un frasco y un cuaderno. Te ruego que te lleves ese cajón a Cavendish Square exactamente como está.

Esta es la primera parte del favor; ahora paso a la segunda. Estarás de regreso, si saliste inmediatamente después de haber recibido esta carta, mucho antes de la medianoche. Pero te dejaré un amplio margen de tiempo, no sólo por temor a alguno de esos obstáculos que no se pueden evitar ni prever, sino porque es preferible para lo que debes hacer que sea una hora en que tus sirvientes estén en la cama. A medianoche entonces, debo pedirte que estés a solas en tu consultorio para recibir personalmente a un hombre que se presentará de mi parte y que le entregues el cajón que habrás traído de mi gabinete. Entonces habrás cumplido tu parte y ganado mi completa gratitud. Cinco minutos más tarde, si insistes en tener una explicación, habrás comprendido que esas medidas eran de capital importancia y que con el olvido de alguna de ellas, por más fantasiosas que puedan parecer, tu conciencia podría haber cargado con el peso de mi muerte o de la pérdida de mi razón.

Aunque confío en que no tomarás a broma esta súplica, se me abisma el corazón y me tiembla la mano ante la idea de tal posibilidad. Piensa en mí a esta hora, en un lugar extraño, pensando en la oscuridad de una angustia imposible de superar, con la plena conciencia de que, si acudes puntualmente, mis desgracias quedarán atrás como una historia que se ha contado. Ayúdame, mi querido Lanyon, y salva a

Tu amigo,
H. J.

Posdata: Ya había cerrado el sobre cuando un nuevo terror se apoderó de mi alma. Es posible que el correo se retrase, y que esta carta no llegue a tus manos hasta mañana a la mañana. En ese caso, querido Lanyon, lleva a cabo mi pedido cuando resulte más conveniente para ti en el curso del día, y espera una vez más a mi mensajero de medianoche. Puede que sea entonces demasiado tarde, y si esa noche transcurre sin novedades, sabrás que habrás sido el último en ver a Henry Jekyll.

Tras la lectura de esta carta, me convencí de que mi colega estaba loco, pero hasta que eso se probara con evidencia, me sentí obligado a hacer todo tal como me lo pedía. Cuanto menos entendía de su farrago¹⁸, menos capaz me sentía de juzgar su importancia, y un llamado en tales términos no podía dejarse de lado sin una grave responsabilidad. Por lo tanto, me levanté de la mesa, subí a un coche y me dirigí a lo de Jekyll. El mayordomo estaba esperando mi llegada; había recibido con el mismo correo que yo una carta certificada con instrucciones y había mandado a llamar al cerrajero y al carpintero. Ambos llegaron mientras estábamos hablando, y fuimos como un solo hombre al viejo quirófano del Dr. Denman, desde el cual se entra, como sin duda sabes, en el gabinete privado de Jekyll. La puerta era muy resistente, y la cerradura, excelente; el carpintero aseguró que le iba a ser difícil y que, de emplear la fuerza, haría un gran destrozo, y el cerrajero se encontraba al borde de la desesperación. Pero este último era un tipo hábil, y después de dos horas de trabajo, la puerta estaba abierta. La vitrina marcada con la E no estaba cerrada con llave; abrí el cajón, lo rellené con paja, lo envolví en una manta y regresé con él a Cavendish Square.

Allí procedí a examinar su contenido. Los polvos estaban envueltos cuidadosamente, pero no con la prolijidad de los boticarios, por lo cual era evidente que habían sido preparados por Jekyll; y cuando abrí uno de los sobrecitos, me encontré con lo que parecía ser una sal simple y cristalina de color blanco. El frasco, al que luego presté atención, estaba a medio llenar de un líquido color rojo sangre, que era muy acre al olfato, y que parecía contener fósforo y algún éter volátil. No pude saber si tenía otros ingredientes. El cuaderno era común, y no contenía sino series de fechas. Estas cubrían un período de varios años, pero observé que habían dejado de anotarse hacía aproximadamente un año y de manera abrupta. Aquí y allá había breves anotaciones junto a las fechas, la mayoría de no más de una palabra: "doble" aparecía quizás seis veces en un total de varios cientos de anotaciones; y una vez, casi al comienzo de la lista y entre varios signos de exclamación, "¡¡¡Fracaso total!!!". Todo esto,

¹⁸ Un farrago es un conjunto de ideas desordenadas e inconexas.

profundo de la naturaleza del hombre, y para sentirme movido más por resortes nobles que por el principio del odio.

Esa persona (que desde el momento en que entró me había provocado lo que sólo puedo describir como curiosidad repulsiva) estaba vestida de una manera que en una persona normal habría dado risa; su ropa, hay que reconocerlo, aunque de confección elegante y de buena tela, era desproporcionadamente grande para él: el pantalón le colgaba sobre las piernas entrollado para que no tocara el piso, la cintura del saco le llegaba hasta abajo de las caderas, y las solapas se extendían hasta los hombros. Por extraño que sea al contactarlo, este absurdo atavío estaba lejos de hacerme reír. Más bien, como había algo anormal y espurto en la esencia de la criatura que ahora me miraba—algo sobrecogedor, asombroso y repulsivo—, esa insolita disparidad no parecía sino complementarlo y ponerlo de relieve, de modo tal que a mi interés por la naturaleza y el carácter del hombre, se sumó cierta curiosidad por sus orígenes, su vida, su fortuna y su posición en el mundo.

Estas observaciones, que me llevaron tanto tiempo escribir, duraron apenas unos segundos. Mi visitante ardía de sombría excitación.

—¿Lo tiene?—gritó—. ¿Lo tiene?

Y tan viva era su impaciencia que me llegó a tomar del brazo y trató de sacudirme.

Lo rechazé, sintiendo en su contacto una punzada de hielo en la sangre.

—Venga, señor —le dije—. Olvida usted que no tengo aún el placer de conocerlo. Síntese, por favor.

Y le di el ejemplo, sentándome en mi sillón habitual, con la idea de que una imitación de mi actitud normal frente a un paciente, en la medida de lo posible a esa hora tardía, dada la naturaleza de mis preocupaciones y el horror que sentía frente a mi visitante, me permitiría cobrar ánimo.

—Discúlpeme, Dr. Lanyon—respondió, con cierta cortesía—. Tiene razón en lo que dice, y mi impaciencia se ha adelantado a mi educación. Vengo a instancias de su colega el Dr. Henry Jekyll por un asunto de

aunque azuzaba mi curiosidad, me decía poco en concreto. Aquí había un frasco con cierta solución, un papel con determinada sal, y el registro de las investigaciones de Jekyll) a ningún fin de utilidad práctica.

¿Cómo podría la presencia de esos objetos en mi casa afectar el honor, la cordura o la vida de mi alocado colega? Si su mensajero podía ir a un lugar, ¿por qué no podía ir a otro? Y aun teniendo en cuenta algún impedimento, ¿por qué debía yo recibir a ese caballero en secreto? Cuanto más reflexionaba, más me convenía de que me hallaba frente a un caso de enfermedad mental; y aunque mandé a mis sirvientes a la cama, cargué un viejo revólver que me podía servir en caso de defensa propia.

Apenas habían sonado las doce en todo Londres, cuando el alda-bón sonó muy suavemente en la puerta. Fui yo mismo a abrir, y me encontré con un hombre pequeño agazapado contra los pilares del pórtico.

—¿Viene usted de parte del Dr. Jekyll? —le pregunté.

Me respondió "sí" con un gesto forzado; y cuando le pedí que entrara, no me obedeció sin antes lanzar una mirada escrutadora por la oscuridad del parque. Había un policía que se acercaba con su linterna y, al verlo, me pareció que mi visitante se agitó y se apuró a entrar.

Confieso que estas rarezas me impresionaron de un modo desagradable y, mientras lo seguía bajo la luz del consultorio, mantuve mi mano lista sobre el arma. Aquí, por fin, tuve la posibilidad de verlo claramente. Jamás lo había visto, de eso estaba muy seguro. Era pequeño, como dije; me impresionaba también la chocante expresión de su rostro, con esa notable combinación de actividad muscular y aparente debilidad de constitución, además de una rara (pero no menos importante) perturbación interior causada por su presencia. Provocaba algo semejante a un rigor incipiente, acompañado de una marcada disminución del pulso. En ese momento, lo atribuí a una aversión idiosincrásica, personal, y me sentí simplemente extrañado por la agudeza de los síntomas.

Pero después tuve razones para creer que la causa reposaba en lo más



cierta importancia, y tengo entendido que... —se detuvo y se llevó la mano a la garganta, y pude ver que a pesar de su actitud sosegada, estaba luchando contra un acceso de histeria.

—Tengo entendido que se trata de un cajón...

· Pero entonces me apiadé de la angustia de mi visitante y, acaso también, de mi creciente curiosidad.

—Aquí está —dije, señalando el cajón, que estaba en el suelo, detrás de la mesa, todavía cubierto con la manta.

Se precipitó hacia él, luego se detuvo y se llevó la mano al corazón; pude oír cómo sus dientes rechinaban con el convulsivo movimiento de sus mandíbulas, y era tal la lividez de su rostro, que me sentí alarmado tanto por su vida como por su razón.

—Cálmese —le dije.

Me dirigió una sonrisa terrible y, con la decisión de un desesperado, corrió de un tirón la manta. Al ver lo que contenía, dejó escapar un sollozo de tan inmenso alivio, que me senté petrificado. Un momento después, con voz totalmente controlada, me preguntó:

—¿Tiene un vaso graduado?

Me levanté de mi lugar con cierto esfuerzo, y le di lo que pedía.

Me agradeció con una sonriente inclinación de cabeza, midió unas gotas de la solución roja y le agregó uno de los polvos. La mezcla, que al principio era de un tinte rojizo, a medida que se disolvían los cristales, comenzó a brillar en color, a entrar en efervescencia y a lanzar pequeñas nubes de vapor. De repente, y al mismo tiempo, la ebullición cesó y el líquido cambió a un púrpura oscuro, que palideció poco a poco hasta un verde agua. Mi visitante, que había contemplado esas metamorfosis con una mirada ansiosa, sonrió, apoyó el vaso sobre la mesa, y luego se dio vuelta y me consideró con ojos escrutadores.

—Y ahora —dijo—, hay que ponerse de acuerdo con lo que sigue. ¿Desea ser informado? ¿Desea ser guiado? ¿Permitirá usted que yo tome este vaso y me vaya de su casa sin una palabra más? ¿O su voraz curiosidad puede más que usted? Piense antes de responder, porque se

hará lo que usted decida. Si decide que me vaya, usted quedará como antes, ni más rico ni más sabio, a no ser en el sentido de que la ayuda dada a un hombre en desgracia mortal pueda contarse entre las riquezas del alma. Ahora bien, si prefiere la otra opción, un nuevo campo del conocimiento y nuevos caminos a la fama y al poder quedarán abiertos ante usted, aquí, en esta habitación, instantáneamente, y sus ojos serán deslumbrados por un prodigio capaz de asombrar al incrédulo Sarán.

—Señor —dije, afectando un aplomo que estaba muy lejos de sentir—, usted habla de enigmas y tal vez no se sorprenda de que yo lo oiga sin una gran impresión de credulidad. Pero he llegado muy lejos en esta serie de favores inexplicables como para detenerme antes de ver el final.

—Está bien —contestó mi visitante—. Lanyon, recuerdas tu promesa: lo que sigue debe quedar bajo el secreto de nuestra profesión. Y ahora, tú, que te has limitado a los puntos de vista más estrechos y materiales, tú, que has negado la virtud de la medicina trascendental, tú, que te has burlado de tus superiores... ¡mira!

Llevó el vaso a sus labios y se lo bebió de un trago. Siguió un grito; dio vueltas, tambaleó, se aferró a la mesa y se mantuvo agarrado de ella, con los ojos fijos e inyectados, jadeando con la boca abierta; y, mientras lo miraba, se produjo, creo, un cambio. Parecía que se hinchaba; su cara se puso negra de repente, y sus rasgos parecieron disolverse y alterarse, y un instante después di un salto y retrocedí hasta la pared, con el brazo alzado para resguardarme de semejante prodigio y la mente sumergida en el terror.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —grité una y otra vez, porque delante de mis ojos, pálido y tembloroso, medio inconsciente y tanteando el aire con las manos, como un hombre que vuelve de la muerte, se encontraba Henry Jekyll.

Lo que me dijo durante la hora siguiente, no me siento ya con fuerzas para volcarlo por escrito. Vi lo que vi, escuché lo que escuché, y mi alma se perturbó con eso; y aún ahora, cuando esa visión se ha



El relato completo del caso por Henry Jekyll

Nací en el año 18..., heredero de una gran fortuna, favorecido

además con excelentes dotes, inclinado por naturaleza al trabajo, sensible al respeto de los más sabios y buenos entre mis semejantes, y por lo tanto, como habría podido suponerse, con todas las garantías de un futuro distinguido y honorable. Y seguramente el peor de mis defectos fue cierta disposición impaciente y alegre, que ha hecho la felicidad de muchos, pero que para mí resultó difícil de conciliar con el imperioso deseo de destacar me y mostrar ante el público algo más que una com- postura común y corriente. Por esto sucedió que oculté mis placeres, y cuando llegué a la edad de la reflexión, y comencé a mirar a mi alrededor y a evaluar mi progreso y mi posición en el mundo, ya estaba entregado a una profunda duplicidad de vida. Muchos hombres se hubieran jactado de las irregularidades de las que yo era culpable; pero desde las altas miras que me había propuesto, las consideraba y las es- conda con un sentimiento casi mórbido de vergüenza. Fue entonces la naturalidad exigente de mis aspiraciones, más que alguna degradación particular de mis defectos, lo que hizo de mí lo que era, y, aunque con una brecha más profunda que en la mayoría de los hombres, separó en mí aquellas regiones del bien y el mal que dividen y componen la naturaleza dual del hombre. En aquella situación fui llevado a reflexionar profunda e inveteradamente sobre esa dura ley de la vida, que se encuentra en la raíz de la religión y constituye una de las fuentes más abundantes de angustia.

A pesar de este comportamiento profundamente doble, yo no era de ningún modo un hipócrita; mis dos partes obraban con toda seriedad; no era menos yo cuando hacía a un lado las restricciones y me hundía en la vergüenza, que cuando trabajaba, a la luz del día, en el progreso del conocimiento o el alivio de la pena y el sufrimiento. Y ocurrió que la dirección de mis estudios científicos, encaminados por completo hacia lo místico y lo trascendental, dio un vuelco e iluminó esta conciencia de lucha permanente entre mis partes. Día a día, y



desvanecido de mis ojos, me pregunto si creo en ello, y no puedo res- ponder. Mi vida se ha sacudido de raíz; el sueño me ha abandonado; me acompaña durante todas las horas del día y de la noche el más mortal de los terrores. Siento que mis días están contados y que debo morir, y así y todo moriré incédulo. Pues la degradación moral que este hombre reveló ante mis ojos, aunque fuera con lágrimas de penitencia, no puedo sentirla ni siquiera en la memoria, sin un movimiento de horror. Te diré sólo una cosa, Utterson, y esto (si puedes creerlo) será más que suficiente. La criatura que entró cautelosamente en mi casa aque- lla noche era, según la confesión del propio Jekyll, conocida por el nombre de Hyde, y es perseguida por todos los rincones de la tierra co- mo el asesino de Carew.

Hasie Lanyon

desde ambos lados de mi inteligencia, el moral y el intelectual, avanzaba con firmeza hacia esa verdad, cuyo descubrimiento parcial me condenaba a tan penoso naufragio: que el hombre no es verdaderamente uno, sino dos. Digo dos, porque el estado de mis propios conocimientos no fue más allá de ese punto. Otros seguirán, otros me superarán en esa misma línea, y me atrevo a suponer que el hombre será finalmente conocido como una mera comunidad de habitantes múltiples, incongruentes e independientes. Yo, por mi parte, como lo dictaba la naturaleza de mi vida, avancé infaliblemente hacia una dirección y sólo hacia una. Fue en mi lado moral, y en mi propia persona, donde aprendí a reconocer la cabal y primitiva dualidad del hombre; observé que, si estaba apto para cualquiera de las dos naturalezas que contendían en el campo de mi conciencia, sólo se debía a que yo era radicalmente ambas; y desde fecha muy temprana, incluso antes de que el curso de mis descubrimientos científicos comenzaran a sugerir la pura posibilidad de tal milagro, aprendí a dar mayor cabida, como un sueño que se acaricia, a la idea de separar estos elementos. Si cada uno, me decía, pudiera alojarse en una identidad separada, la vida se aliviaría de todo lo insoportable; el injusto podría tomar su camino, liberado de las aspiraciones y los remordimientos de su probo doble, y el justo podría caminar recto y seguro por su senda, haciendo las buenas obras en las que encuentra solaz, sin estar ya expuesto a la desgracia y la penitencia por las manos de un mal extraño. La maldición de la humanidad era que estos haces incompatibles estaban ligados, que, en el seno atormentado de la conciencia, estos polos gemelos lucharían continuamente. ¿Cómo, entonces, disociarlos?

Hasta aquí habían llegado mis reflexiones cuando, como dije, una luz lateral comenzó a iluminar el asunto desde la mesa del laboratorio. Comencé a percibir más profundamente de lo que jamás se había hecho hasta entonces la temblorosa inmaterialidad, la vaporosa transportabilidad de este cuerpo aparentemente tan sólido con el que andamos vestidos. Encontré ciertos agentes que tenían el poder de sacudir y remover esa vestimenta de carne, así como el viento

puede hacer volar por los aires las cortinas de los ventanales. Por dos buenas razones, no voy a ahondar en este tramo científico de mi confesión. Primero, porque he aprendido que el destino y la carga de nuestra vida pesan sobre las espaldas del hombre y que, cuando hacemos el intento de sacárnoslos de encima, retornan hacia nosotros con una presión más siniestra y atroz. Segundo, porque, como mi relato hará demasiado evidente, mis descubrimientos fueron incompletos. Baste decir, entonces, que no sólo reconocí mi cuerpo natural como una simple aura y emanación de ciertos poderes de mi espíritu, sino que conseguí preparar una droga con la cual esos poderes serían destronados de su supremacía, y sustituidos por una segunda forma y aspecto, no menos naturales para mí porque eran la expresión, y llevaban el sello de los más bajos elementos de mi alma.

Vacilé durante mucho tiempo antes de experimentar esta teoría en la práctica. Sabía muy bien que corría el riesgo de morir, pues cualquier droga que controlara y sacudiera tan potentemente la fortaleza de la identidad podía, por una simple medida de más en la dosis o la menor inadecuación en el momento apropiado de experimentación, borrar por completo ese tabernáculo inmaterial que yo intentaba cambiar. Pero la tentación de un descubrimiento tan singular y profundo venció las sugerencias de alarma. Hacía largo tiempo que tenía la solución preparada, había comprado enseguida en una botica de venta al por mayor una gran cantidad de una sal particular que era, como sabía por mis experimentos, el último ingrediente requerido, y, a altas horas de una maldita noche, mezclé los elementos, los miré bullir y humear juntos en la probeta, y cuando la ebullición se detuvo, me armé de coraje y bebí la poción.

A esto siguió el más agobiante de los tormentos: un rechinar en los huesos, náuseas mortales y un horror del espíritu que no puede ser superado al de la hora del nacimiento o de la muerte. Luego esas agonías comenzaron a ceder repentinamente, y volví en mí como si saliera de una grave enfermedad. Había algo extraño en mis sensaciones, algo indescriptiblemente nuevo y, por su novedad misma, increíblemente

rostro del otro. El mal (que aún hoy creo que es la parte letal del hombre), además, había dejado en ese cuerpo una impronta de deformidad y decadencia. Y, sin embargo, cuando miré en el espejo a ese horrible ídolo, no sentí repugnancia, sino más bien un ímpetu de bienvenida. Ese también era yo. Parecía natural y humano. Tenía ante mis ojos una imagen más vívaz del espíritu; parecía más resuelto y simple que el imperfecto y divino semblante que hasta entonces acostumbraba a llamar mío. Y en eso, sin lugar a dudas, no me equivocaba. He observado que cuando revestía la apariencia de Edward Hyde, nadie podía acercarse a mí por primera vez sin un visible recelo físico. Esto, según pensé, era porque todos los seres humanos, tal como los vemos, son un compuesto del bien y del mal; y Edward Hyde, solo en las filas de la humanidad, era puro mal.

No me quedé sino un instante frente al espejo: el segundo y decisivo experimento debía ser intentado ahora; faltaba ver si había perdido mi identidad más allá de la redención y debía huir antes del amanecer de una casa que ya no sería mía. Regresé de prisa a mi gabinete, preparé y bebí una vez más la copa, sufrí una vez más los tormentos de la disolución, y volví en mí una vez más con el carácter, la estatura y el rostro de Henry Jekyll.

Esa noche llegué a la encrucijada fatal. Si hubiera abordado mi descubrimiento con un espíritu más noble, si me hubiera sometido al experimento con el dominio de aspiraciones generosas o piadosas, todo hubiera sucedido de otro modo, y de esas agonías de muerte y nacimiento, yo hubiera aparecido como ángel y no como demonio. La droga no tenía ninguna acción discriminatória, no era diabólica ni divina; sólo golpeó a las puertas del edificio que servía de cárcel a mis inclinaciones, que, como los cautivos de Filippi, esperaban dispuestas a evadirse. En ese momento, mi virtud se adormeció; mi maldad, mantenida en vigilia por la ambición, estaba alerta y era rápida para la ocasión; y la cosa que se proyectaba era Edward Hyde. De allí en más, aunque tuviera dos caracteres así como dos apariencias, uno era completamente malvado y el otro seguía siendo el viejo Henry Jekyll, ese compuesto incongruente de cuya refoirma y mejora

placentero, Me sentía más joven, más liviano, más feliz físicamente; sentía por dentro una embriagante temeridad, una corriente de desordenadas imágenes sensoriales que se precipitaban en mi cabeza como el agua del saetín¹⁹ de un molino, una disolución de las araduras de la obligación, una desconocida, aunque no inocente, libertad del alma. Me di cuenta, al primer aliento de mi nueva vida, de que era más perverso, diez veces más perverso, vendido como esclavo a mi maldad original; y tal idea, en ese momento, me dio vigor y me deleitó como el vino. Estiré los brazos, exultante en la frescura de esas sensaciones y entonces advertí que había disminuido de estatura.

No había espejo entonces en mi habitación; el que está junto a mí, mientras escribo, lo traje después, hacia el fin de esas transformaciones. La noche en tanto se estaba convirtiendo en madrugada, negra madrugada que estaba casi dispuesta a concebir el día. Los criados de mi casa se hallaban sumergidos en las horas más figuradas del sueño y determiné, embriagado como estaba por la esperanza y el triunfo, aventurarme con mi nueva forma hasta mi dormitorio. Atravesé el patio, donde las constelaciones miraron con asombro, pensé, a la primera criatura de esa clase, que su vigilancia permanente les estaba revelando en ese instante. Me deslicé a través de los corredores, extraña en mi propia casa, y, al llegar a mi dormitorio, vi por primera vez la imagen de Edward Hyde.

Aquí debo hablar sólo en teoría y no decir lo que sé, sino lo que supongo como más probable. El lado malvado de mi naturaleza, al que entonces había transferido la eficacia de una imagen, era menos robusto y estaba menos desarrollado que el lado bueno, que acababa de deponer. En el curso de mi vida, que ha sido, después de todo, en sus nueve décimas partes, una vida de esfuerzo, virtud y control, había sido mucho menos ejercitado y mucho menos desgastado.

Y de ahí, me parece, resultó que Edward Hyde fuera mucho más perverso, más ágil y más joven que Henry Jekyll. Así como el bien brillaba en el semblante de uno, el mal estaba escrito clara y evidentemente en el

¹⁹ El saetín es el canal angosto por donde cae el agua que hace girar las aspas del molino.

ya había aprendido a desistir. El movimiento se realizó, por lo tanto, hacia lo peor.

Por entonces, no había vencido mi aversión por la aridez de una vida de estudio. Estaba alegremente dispuesto por momentos, y como mis placeres eran (por lo menos) indignos, y no sólo era muy conocido y bien considerado, sino que estaba también alcanzando la edad madura, esta incoherencia de mi vida se volvía día a día más inoportuna. Fue en este sentido como mi nuevo poder me tentó hasta hacerme caer en la esclavitud. No tenía más que beber la copa para librarme de pronto del cuerpo del notable profesor y vestir, como un grueso sobretodo, el de Edward Hyde. Sonreía ante esta idea, me parecía entonces que había algo humorístico, y realicé mis preparativos con el cuidado más atento, Alquilé y amueblé esa casa en el Soho, donde la policía siguió la pista de Hyde, y contraté como ama de llaves a una persona que yo tenía por callada y sin escrúpulos. Por otro lado, anuncié a mis sirvientes que un tal Mr. Hyde (al que describí) tenía entera libertad y poder en mi casa de Square. Y para evitar contratiempos, hice de mí una presencia familiar con la forma de mi segunda personalidad. Luego redacté aquel testamento que tanto me has objetado, de modo tal que si algo me sucedía en la persona del Dr. Jekyll, podía entrar en la de Edward Hyde sin pérdidas pecuniarias. Y así fortificado, como suponía, por todos los flancos, comencé a disfrutar de los extraños privilegios de mi posición.

Los hombres han pagado desde siempre a matones para cometer sus crímenes, mientras su propia persona y reputación quedaban resguardadas. Yo era el primero en hacer eso por placer. Yo era el primero que podía caminar ante la mirada pública con el peso de un respeto genial y, en un instante, como un colegial, podía sacarme esa carga de encima y arrojarme de cabeza al mar de la libertad. Pero para mí, en mi impenetrable anonimato, la seguridad era completa. Piensa en esto: ¡ni siquiera existía! Déjame alcanzar la puerta de mi laboratorio, dame uno o dos segundos para mezclar y tragar la poción que tengo siempre lista y, no importa qué haya hecho, Edward Hyde habrá desaparecido

como un vaho de aliento en el espejo. Y allí, en su lugar, tranquilamente en su casa, graduando la lámpara de su estudio, estaría Henry Jekyll, un hombre que puede permitirse ignorar cualquier sospecha.

Los placeres que me precipitaba a buscar bajo mi disfraz eran, como dije, indignos. Difícilmente encontraría un término más justo. Pero en las manos de Edward Hyde, pronto comenzaron a dirigirse hacia lo monstruoso. Cuando regresaba de esas excursiones, me encontraba a menudo sumergido en una especie de asombro ante mi vicaria depravación. Aquel pariente que había hecho salir de mi propia alma y mandado a satisfacer sus grandes placeres era un ser inherentemente maligno y villano; cada uno de sus actos y de sus pensamientos se centraban en sí mismo, bebía el placer con bestial avidez en todos los grados posibles de la tortura de otros, implacable como un hombre de piedra. Henry Jekyll se horrorizaba por momentos ante los actos de Edward Hyde, pero la situación estaba al margen de las leyes ordinarias, y la acción de la conciencia se relajaba insidiosamente. Era Hyde, después de todo, y sólo Hyde, el culpable; Jekyll no era peor. Despertaba de nuevo a sus cualidades aparentemente intactas, y hasta se hubiera apurado, en lo posible, para remediar el mal hecho por Hyde. Y así su conciencia se fue adormeciendo.

No tengo intenciones de entrar en los detalles de la infamia de la que fui cómplice (pues ni siquiera hoy puedo admitir que yo las haya cometido). Sólo trato de señalar las advertencias y los pasos sucesivos con que mi castigo se aproximaba. Tuve un accidente que, como no trajo consecuencias, no haré más que mencionar. Un acto de crueldad hacia una chica despertó contra mí la ira de un transeúnte, a quien reconocí el otro día en la persona de un pariente tuyo; el doctor y la familia de la chica se unieron a él. Hubo momentos en que temí por mi vida y, finalmente, con el objetivo de aplacar su justificada indignación, Edward Hyde tuvo que conducirlos hasta la puerta y pagarles con un cheque a nombre de Henry Jekyll. Pero este peligro fue rápidamente eliminado en lo sucesivo abriendo una cuenta en otro banco a nombre del mismo Edward Hyde; y cuando, inclinando mi propia

error. Quedaba por cierto la posibilidad de cubrirme el rostro, pero ¿de qué serviría si era incapaz de disimular la alteración de mi estatura? Y luego, con un irresistible y apacible alivio, me di cuenta de que los sirvientes ya estaban acostumbrados a las idas y venidas de mi otro yo. Me vestí de inmediato, lo mejor que pude, con ropa de mi propio tamaño, y atravesé la casa, donde Bradshaw se echó atrás con asombro al ver a Mr. Hyde a esa hora con tan rara vestimenta. Diez minutos más tarde, el Dr. Jekyll había vuelto a su forma y estaba sentado con sombra en presión, para fingir que tomaba el desayuno.

Mi apetito era, por cierto, escaso. Ese accidente inexplicable, ese revés de mi experiencia previa parecía deletrear, como el dedo sobre el muro de Babilonia²⁰, mi sentencia, y comencé a reflexionar con mayor seriedad que nunca acerca de las consecuencias y las posibilidades de mi doble existencia. Aquella parte de mí, que yo tenía el poder de proyectar, se había ido ejercitando y alimentando últimamente. Me llegó a parecer, incluso, que el cuerpo de Edward Hyde había aumentado de estatura, y sentía (cuando revestía esa forma) que el flujo de mi sangre era más generoso. Comencé a enterever el peligro, si esto se prolongaba mucho, de que la balanza de mi naturaleza se volcara de manera permanente, el poder de cambio voluntario se perdiera, y la personalidad de Edward Hyde se volviera irrevocablemente mía. El poder de la droga no se había revelado siempre del mismo modo. Una vez, en los inicios de mi carrera, me había fallado totalmente; desde entonces, me vi obligado en más de una ocasión a duplicar, y una vez incluso, cortiendo un infinito riesgo de muerte, a triplicar la cantidad. Y tales incertidumbres habían sido hasta entonces las únicas sombras en mi satisfacción. Ahora, sin embargo, a la luz del accidente de la mañana, me vi forzado a observar que, si bien en un principio la dificultad había sido deshacerse del cuerpo de Jekyll, luego, gradualmente pero de modo decisivo, esta se había transferido a la otra parte. Todo, por lo tanto, parecía



mano hacia atrás, proveí a mi doble de una firma, pensé que quedaba fuera del alcance del destino.

Unos dos meses antes del asesinato de Sir Danvers, había salido a una de mis aventuras y regresado muy tarde, y me desperté a la mañana siguiente en la cama con sensaciones algo extrañas. Miré en vano a mi alrededor; vi en vano la elegante decoración y las grandes proporciones de mi dormitorio, y fue también en vano como reconocí el motivo de las cortinas y la talla de caoba del dosel de mi cama. Porque algo insistía en hacerme sentir que no estaba donde estaba, que no me había despertado allí, donde me parecía estar, sino en la pequeña habitación de Soho donde acostumbraba dormir en el cuerpo de Edward Hyde. Sonrei para mí y, en ese estado psicológico, comencé vagamente a inquirir en los elementos de esa ilusión, como a veces solía hacerlo, volviendo a acostumbrarme al confortable sopor de la mañana. En eso estaba cuando, en uno de mis momentos más lúcidos, me vi las manos. La mano de Henry Jekyll (como habrías notado muchas veces) era la mano de un profesional en forma y en tamaño: grande, firme, blanca y proporcionada. Pero la mano que vi entonces, descansando a medio cerrar sobre la colcha, era descarnada, tensa, nudosa, de una cenicienta palidez y sombreada de un vello espeso y abundante. Era la mano de Edward Hyde.

Debí quedarme mirándola cerca de medio minuto, sumido en la simple estupidez del asombro, antes de que el temor se despertara en mi pecho súbito y alarmante como el golpe de unos timbales, y saltando de la cama, me precipité hacia el espejo. Ante la visión que se presentó a mis ojos, la sangre se me transformó en algo exquisitamente agudo y helado. Sí, me había ido a la cama Henry Jekyll, me desperté Edward Hyde. ¿Cómo podía explicarse esto?; me pregunté, y después, con otro sobresalto de terror, volví a preguntarme: ¿cómo puede remediarse? Era ya bien entrada la mañana; mis sirvientes estaban levantados; todas mis drogas estaban en el gabinete. Debía realizar un largo recorrido, bajar dos tramos de escalera, atravesar el pasillo trasero, cruzar el patio y la sala de disección, recorrido que desde donde estaba me paralizaba de

²⁰ Referencia al episodio bíblico, contado en Daniel 5, en el que el rey de los caldeos, Baltasar, tiene durante un banquete la visión de una mano que escribe en la pared las palabras *mené, mene, tequel, ufarzín*, que profetizan su muerte y la destrucción de su reino.

apuntar a esto: que estaba perdiendo lentamente el control sobre mi yo original, el mejor, y que estaba siendo incorporado de a poco al de mi segundo y peor yo.

Sentía entonces que tenía que elegir entre los dos. Mis dos naturalezas tenían una memoria en común, pero compartían sus otras facultades de modo desigual. Jekyll (que era compuesto) ya con las más sensibles aprensiones, ya con un ávido deleite, se proyectaba y compartía los placeres y las aventuras de Hyde; pero Hyde era indiferente a Jekyll, o lo recordaba como el bandido de montaña recuerda la cueva donde se esconde cuando lo persiguen. Jekyll tenía más que un interés de padre; Hyde tenía más que una indiferencia de hijo. Unir mi suerte a Jekyll era el fin de aquellos apetitos que yo había permitido en secreto y que más tarde comencé a consentir. Unir mi suerte a Hyde era el fin de miles de intereses y aspiraciones, y era volverme, de una vez y para siempre, despreciable y solitario. La elección podía parecer despareja, pero quedaba otra consideración en las escalas, pues mientras Jekyll sufriría dolorosamente en el ardor de la abstinencia, Hyde ni siquiera sería consciente de todo lo que había perdido. Por más extrañas que fueran estas circunstancias, los términos de este debate eran tan viejos y comunes como el hombre. Tentaciones y alarmas semejantes deciden la suerte de cada pecador tentado y temeroso; y sucedió conmigo, como sucede con la mayoría de mis prójimos, que elegí la mejor parte y no tuve la fuerza para llevarlo a cabo.

Sí, preferí al doctor mayor e insatisfecho, rodeado de amigos, que abrigaba honestas esperanzas, y me despedí resueltamente de la libertad, de mi otra juventud, de los pasos ligeros, de los impulsos violentos y de los placeres secretos que había disfrutado bajo el disfraz de Hyde. Hice esa elección, tal vez, con una reserva inconsciente, pues no renuncié a la casa en Soho ni destruí la ropa de Edward Hyde, que todavía estaba colgada en mi gabinete. Durante dos meses, sin embargo, fui sincero en mi determinación; durante dos meses, llevé una vida de una severidad que jamás había alcanzado antes, y disfruté de la compensación de una conciencia que me aprobaba. Pero, al final, el tiempo comenzó a corroer la

frescura de mi alarma; los elogios de mi conciencia comenzaron a volverse moneda corriente; comencé a atormentarme con angustias y ansias, como si Hyde peleara por su libertad. Y, por último, en un momento de debilidad moral, preparé y tragué de nuevo la poción transformadora.

Supongo que, cuando el borracho razona consigo mismo sobre su vicio, ni una vez entre mil se ve afectado por los peligros que corre con su brutal insensibilidad física; tampoco yo, por mucho que considerara mi posición, tomaba demasiado en cuenta la completa insensibilidad moral y la insensata disposición al mal, que eran las principales características de Edward Hyde. Sin embargo, yo era castigado por ellas. Mi demonio, que había pasado demasiado tiempo enjaulado, se revelaba rugiendo. Sentí, al tomar la poción, una propensión al mal más irrefrenable y furiosa. Debe de haber sido esto, supongo, lo que despertó en mi alma aquella tempestad de impaciencia con que escuchaba las palabras corteses de mi desgraciada víctima y, al menos, declaro ante Dios que ningún hombre en su sano juicio podría haber cometido aquel crimen movido por una provocación tan inocente, y que golpeé en un estado no más razonable que el de un chico enfermo que rompe un juguete. Pero yo me había desprendido voluntariamente de todos esos instintos de equilibrio, por los cuales incluso lo peor de nosotros sigue funcionando con cierto grado de estabilidad entre las tentaciones. Y en mi caso, tentarse, aunque fuera ligeramente, era caer.

De inmediato, se despertó en mí un espíritu infernal, embravecido. Con un transporte de júbilo, apaleé el cuerpo inerme, deleitándome con cada golpe; y no fue sino cuando el cansancio se apoderó de mí, en el colmo del delirio, como sentí de repente un escalofrío de terror atravesarme el corazón. La niebla se disipó; vi mi vida perdida y huí de la escena de aquellos excesos, regocijado y tembloroso a la vez, con mi ansia del mal gratificada y estimulada y mi amor por la vida intensificado en su más alto grado. Corrí hasta la casa de Soho y (para poner mi seguridad a buen recaudo) destruí mis papeles; de allí salí a recorrer las calles iluminadas por las lámparas de gas, en el mismo estado de éxtasis divino, sintiendo un placer maligno por mi crimen, divisando en el aturdimiento los que

por aliviar sufrimientos; sabes que hice mucho por los demás, y que los días transcurrieron en calma, casi felices, para mí. Sinceramente no puedo decir que me cansara de esa vida benéfica e inocente; creo, en cambio, que día a día la disfrutaba más. Pero seguía angustiado por la dualidad de mis propósitos y, cuando el primer impulso de mi penitencia se agotó, mi lado más bajo, tanto tiempo tolerado, tan recientemente encadenado, comenzó a bramarse por licencia. No es que yo soñara con resucitar a Hyde, esta simple idea me hubiera asustado hasta la locura; no, fue en mi propia persona donde fui tentado a jugar con mi conciencia y, como cualquier pecador secreto, finalmente cedí a los asaltos de la tentación.

Todo tiene un fin. La medida más grande se colma, y esa breve condescendencia a mi mal terminó de destruir el equilibrio de mi alma. Y aun así, no estaba alarmado; la calma parecía natural, como una vuelta a los días anteriores a mi descubrimiento. Era un hermoso y claro día de enero, húmedo bajo las pisadas en la escarcha derretida, pero sin nubes en el cielo. El Regent's Park estaba lleno de pájaros invernales y sumergido en los olores de la primavera. Me senté en un banco al sol; el animal que llevo adentro se relamía con los recuerdos; el lado espiritual, un poco adormecido, prometía penitencia, pero no parecía dispuesto a comenzarla. Después de todo, pensé, era igual a mis semejantes; y luego sonreí al compararme a mí mismo con otros hombres, al comparar mi bondad activa con la vaga crueldad de su negligencia. Y en el instante mismo de esta vanagloria, me sobrevinieron un desasosiego, una horrible náusea y espasmos mortales. Todo esto pasó y me dejó desmayado; y luego, cuando todavía no me había recuperado del desmayo, comencé a advertir un cambio en el temperamento de mis ideas, un arrojamiento mayor, un desprecio del peligro, una disolución de las ataduras del deber. Miré hacia abajo; mi ropa colgaba sin forma sobre mis miembros disminuidos; la mano sobre mi rodilla era nuda y sa y velluda. Era, una vez más, Edward Hyde. Un momento antes me encontraba protegido por el respeto de todos los hombres, era rico, querido —el mantel estaba puesto en el comedor de mi casa—; y ahora

vendrían y, al mismo tiempo, apresurándome y escuchando alertas los pasos del vengador. Hyde canturreaba mientras preparaba la poción y, cuando la bebí, brindó por el hombre muerto. Los tormentos de la transformación aún no lo habían desgarrado cuando Henry Jekyll, con abundantes lágrimas de gratitud y remordimiento, cayó de rodillas y alzó sus manos entrelazadas a Dios. El velo de la autocomplacencia se había rasgado de pies a cabeza y vi mi vida como un todo; la seguí después de los días de la niñez, cuando caminaba de la mano de mi padre, y a través de las renuncias y el trabajo de mi vida profesional, hasta llegar una y otra vez, con la misma sensación de irrealidad, a los malditos horizontes de esa noche.

Necesitaba gritar; intenté contener con lágrimas y oraciones la multitud de imágenes y sonidos horribles que mi memoria hacía desfilarse ante mí; pero aun entre las súplicas, el espantoso rostro de mi iniquidad penetraba mi alma con su mirada. Cuando la agudeza de este remordimiento comenzó a atenuarse, le siguió una sensación de alegría. El problema de mi conducta estaba resuelto. Hyde era, de allí en más, imposible; fuera como fuese, estaba ahora confinado en la mejor parte de mi existencia, ¡y cómo me regocijaba pensando esto!, ¡con qué espontánea humildad abracé nuevamente las restricciones de la vida natural!, ¡con qué sincera renuncia cerré la puerta por la cual tantas veces había ido y venido, y aplasté la llave con el pie!

Al día siguiente, llegó la noticia de que el crimen había sido descubierto, que la culpabilidad de Hyde era parente para todos, y que la víctima era un hombre de alta estima. No había sido sólo un crimen, había sido una trágica locura. Creo que me alegró saberlo; creo que me alegró haber protegido y resguardado mis mejores impulsos del terror del cadalso. Jekyll era ahora mi ciudad de refugiado; bastaba con que Hyde se asomara tan sólo por un instante para que las manos de todos los hombres se alzaran para agarrarlo y matarlo.

Decidí redimir el pasado con mi conducta futura; y puedo decir con franqueza que mi resolución dio algunos frutos. Tú mismo sabes con cuánto empeño trabajé durante los últimos meses del año pasado

era la presa común de la humanidad, perseguido, sin refugio, un conocido asesino condenado a la horca.

Mi razón vacilaba, pero no me abandonó por completo. Había observado más de una vez que, en mi segunda personalidad, mis facultades parecían agudizarse y mis condiciones se tensaban con mayor elasticidad. De ahí que donde Jekyll tal vez se hubiera abatido, Hyde estaba a la altura de las circunstancias. Mis drogas se encontraban en uno de los armarios de mi gabinete; ¿cómo llegaría hasta ellas? Este era el problema que, apretando las sienes con las manos, me propuse resolver. Yo había cerrado la puerta del laboratorio. Si intentaba entrar por la casa, mis propios sirvientes me entregarían a la horca. Pensé que debía contar con otra cosa, y pensé en Lanyon. ¿Cómo podía llegar a él? ¿Cómo convencerlo? Suponiendo que yo escapara de la captura en la calle, ¿cómo presentarme ante él? ¿Y cómo podía yo, un visitante desconocido y desagradable, convencer a un famoso médico de saquear el estudio de su colega, el Dr. Jekyll? Luego recordé que conservaba una parte de mi personalidad original; podía escribir con mi propia letra, y una vez que concebí esa chispa de luz, el camino por seguir se iluminó de punta a punta.

Así pues, arreglé mi ropa lo mejor que pude, tomé un coche que pasaba por allí, y me dirigí a un hotel de Portland Street, cuyo nombre recordaba por casualidad. Al ver mi aspecto (que era, en verdad, bastante cómico, por más trágico que fuera el destino que esa ropa cubría), el cochero no pudo disimular su risa. Hice crujir mis dientes en un arrebató de furia demoníaca y la sonrisa se borró de su rostro, para su felicidad, aunque también para la mía, pues en otro momento lo hubiera arrojado del pescante. Al entrar en el hotel, miré a mi alrededor con tan sombría actitud que hice temblar a los empleados; ni siquiera intercambiaron una mirada en mi presencia, sino que recibieron obsequiosamente mis órdenes, me acompañaron a una habitación y me trajeron todo lo necesario para escribir. Hyde, en peligro de muerte, era una criatura nueva para mí, sacudido por una cólera desordenada, tenso hasta el punto de volverse un asesino, gozoso de infligir

sufrimiento. Sin embargo, la criatura era astuta, dominó su furia con un gran esfuerzo de voluntad y redactó dos largas cartas, una para Lanyon y otra para Poole, y, para asegurarse de que habían sido enviadas, ordenó que fueran certificadas.

A partir de ese momento, se quedó sentado todo el día junto al fuego en la habitación, mordiendo las uñas. Cenó allí mismo, a solas con sus miedos, ante un mozo visiblemente perturbado ante su presencia; luego, cuando ya era completamente de noche, se acomodó en un rincón de un coche cerrado y anduvo sin rumbo por las calles de la ciudad. "Él", digo, no puedo decir "yo". Ese muchacho infernal no tenía nada humano; nada había en él sino miedo y odio. Cuando, por último, pensando que el cochero había comenzado a sospechar, bajó del coche y se aventuró a pie, vestido con aquella ropa que no le sentaba nada bien, un objeto señalado para la observación en medio de los transeúntes de la noche, esas dos pasiones elementales se encolerizaron dentro de él como una tempestad. Caminaba con prisa, acosado por sus miedos, conversando consigo mismo, deslizándose por las callejuelas menos frecuentadas, contando los minutos que lo separaban de la medianoche. En un momento dado le habló una mujer, que le ofrecía, creo, una caja de fósforos. Le pegó en la cara, y ella huyó.

Cuando volví a mí mismo en la casa de Lanyon, el horror de mi viejo amigo quizás me afectó; no lo sé, o al menos era como una gota en el mar de horrores en el que estuve sumergido durante esas horas. Se había producido un cambio. Ya no era el miedo a la horca lo que me atormentaba, sino el horror de ser Hyde. Recibí la condena de Lanyon medio en sueños, y también medio en sueños llegué a mi propia casa y me metí en la cama. Dormí, después del agotamiento del día, con un sueño pesado y profundo que ni siquiera las pesadillas que me torturaban consiguieron romper. Me desperté a la mañana quebrantado y débil, pero renovado. Aún odiaba y temía al bruto que dormía en mí y no había olvidado, por supuesto, los terribles peligros del día anterior; pero estaba de nuevo en casa, en mi propia casa, y cerca de mis drogas, y brillaba con

no era algo solamente infernal, sino también inorgánico. Esto era lo impresionante, que el limo del pantano pareciera articular gritos y voces, que el polvo amorfo gesticulase y pecara, que aquello que estaba muerto y no tenía forma usurpara los atributos de la vida. Y lo que era peor, ese horror insurgente estaba arado a él con más proximidad que una esposa, con más proximidad que un ojo enjaulado en su carne, donde lo oía gemir y lo sentía luchar por nacer; y en cada hora de debilidad, y en la entrega al sueño, prevalecía contra él y lo colocaba fuera de la vida.

El odio de Hyde por Jekyll era de distinta naturaleza. Su error por la hora lo llevaba continuamente a cometer suicidios temporales y regresar a su situación subordinada de ser parte en vez de persona; pero detestaba esa necesidad, detestaba el desaliento en el que Jekyll había caído entonces, y estaba resentido por el desagrado con que él mismo era considerado. De aquí que me hiciera jugadas simiescas, garabateando con mi propia letra blasfemias en las páginas de mis libros, quemando las cartas y destruyendo el retrato de mi padre; y además, de no haber sido por su temor a la muerte, habría artuinado su vida con tal de poder artuinar la mía. Pero su amor por la vida es maravilloso. Dite más: yo, que me enfermo y siento escalofríos al pensar en él, cuando recuerdo la abyección y la pasión de este vínculo, y cuando me doy cuenta de cómo teme el poder que tengo para acabar con el meditante el suicidio, en el fondo de mi corazón siento piedad por él.

Es inútil y, además, me queda muy poco tiempo para prolongar esta descripción; nadie sufrió nunca tales tormentos, y con estos ya es suficiente. Y a pesar de ellos, la costumbre me trajo—no, alivio no—cierta dureza en el alma, cierta aquiescencia de la desesperación; y mi castigo hubiera podido postergarse por años si no fuera por la última calamidad que me ocurrió, y que me despojó, al fin, de mi propio rostro y de mi naturaleza. Mi provisión de sales, que jamás había renovado desde la fecha del primer experimento, comenzó a agotarse. Envió a comprar una nueva remesa y preparé la poción; se produjo la ebullición y el primer cambio de color, pero no el segundo. La bebi y no tuvo eficacia alguna.

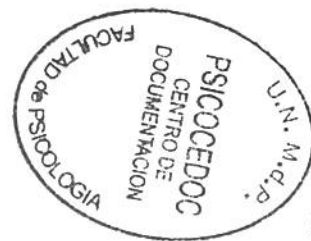
Camínaba tranquilamente por el patio después del desayuno, tomando aire fresco con placer, cuando sufrí de nuevo un ataque de esas indescriptibles sensaciones que anunciaban el cambio. Apenas tuve tiempo de alcanzar el refugio de mi gabinete, antes de succumbir al acceso de rabia y parálisis de las pasiones de Hyde. Necesité en esta ocasión una doble dosis para volver a mí mismo, y ¡ay!, seis horas más tarde, mientras me encontraba sentado mirando el fuego con tristeza, los espasmos retornaron, y tuve que volver a administrarme la droga. En suma, desde ese día parecía que sólo gracias a un gran esfuerzo, casi atlético, y sólo con el estímulo de la droga, yo era capaz de revertir la apariencia de Jekyll. A cualquier hora del día y de la noche, me asaltaba el temblor premonitorio; sobre todo, si dormía o tan sólo dormitaba un momento en mi silla, me despertaba siempre como Hyde. Con la tensión de esta sentencia continua e inminente y por el insomnio al que yo mismo me condenaba, ay, más allá incluso de lo que creía posible para un hombre, me convertí, en mi propia persona, en una criatura carcomida y vaciada por la fiebre, lánguida y débil en cuerpo y mente, y obsesionada por un único pensamiento: el horror de mi otro yo. Pero mientras dormía, o cuando la acción del medicamento se debilitaba, pasaba casi sin transición (pues los espasmos de la transformación se volían día a día menos marcados) a ser presa de una fantasía rebosante de imágenes de terror, un alma hirviente de odios infundados y un cuerpo que no parecía ser lo bastante resistente para contener la rabiosa energía de vida.

Los poderes de Hyde parecían haber crecido con la debilidad de Jekyll. Y ciertamente el odio que entonces los dividía era igual en ambas partes. Para Jekyll, era una cuestión de instinto vital. Había visto la total deformidad de esa criatura que compartía con él algunos de los fenómenos de la conciencia y con quien heredaría la muerte; y más allá de esos lazos comunes, que por sí mismos significaban la parte más dolorosa de su angustia, pensó que Hyde, a pesar de toda su energía vital,



Te enterarás por Poole de cómo revolví todo Londres. Fue en vano. Estoy ahora convencido de que la primera remesa era impura y de que era esa desconocida impureza que otorgaba eficacia a la poción.

Ha pasado casi una semana, y estoy terminando ahora esta confesión bajo los efectos de las últimas sales de la primera remesa. Esta es, entonces, la última vez, a menos que ocurra un milagro, que Henry Jekyll puede pensar sus propios pensamientos o ver su propia cara (¡ahora tan tristemente alterada!) en el espejo. No debo tardar demasiado en poner fin a mi escrito, pues si mi relato ha escapado hasta aquí de la destrucción, fue por una combinación de gran prudencia y de buena suerte. Si los tormentos del cambio me asaltaran en el momento en que escribo esto, Hyde lo haría pedazos; pero si llegara a transcurrir cierto tiempo después de haberlo escrito, su asombroso egoísmo y su limitación al presente probablemente lo salvarían de nuevo de la acción de su simiesco resentimiento. Y por cierto que la sentencia que se cierne sobre ambos lo ha cambiado y abatido. Dentro de media hora, cuando me haya revestido otra vez y para siempre de esa odiosa personalidad, sé que me sentaré tembloroso y llorando en mi silla, o que continuaré escuchando con el éxtasis más violento y cargado de miedo, caminando de un lado a otro de la habitación (mi último refugio terrenal) y prestando el oído a cada sonido amenazador. ¿Morirá Hyde en la horca? ¿O tendrá el coraje de desprenderse de sí mismo a último momento? Dios lo sabe. A mí, me tiene sin cuidado; esta es la verdadera hora de mi muerte y lo que sigue no me concierne a mí, sino a otro. Aquí entonces, cuando deje la pluma y proceda a sellar mi confesión, pongo fin a la vida del desgraciado Henry Jekyll.



N° CLASIFICACION:		
ADQUISICION:	Yate	
N° INVENTARIO:		2226